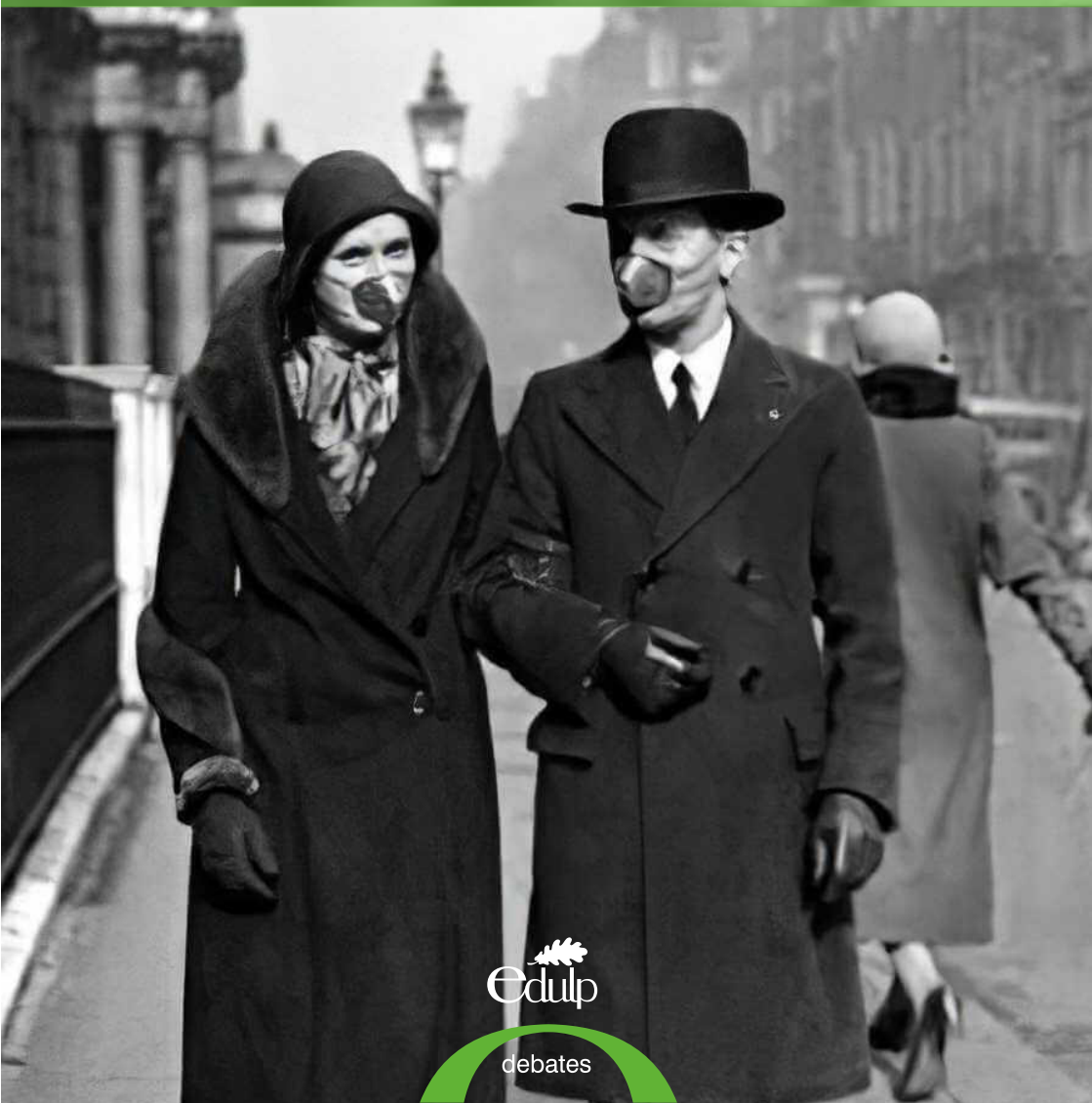


M. CRISTINA DI GREGORI Y FEDERICO E. LÓPEZ

Contagios y contiendas

Hacer ciencia, arte y filosofía en pandemia




EduLP

debates

Contagios y contiendas
Hacer ciencia, arte y filosofía en pandemia

Contagios y contiendas
Hacer ciencia, arte y filosofía en pandemia

MARÍA CRISTINA DI GREGORI
FEDERICO E. LÓPEZ
(coordinadores)



Di Gregori, María Cristina
Contagios y contiendas: hacer ciencia, arte y filosofía en pandemia /
María Cristina Di Gregori; Federico López. - 1a ed. - La Plata: EDULP, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8475-32-5

1. Arte. 2. Filosofía Contemporánea. I. López, Federico II. Título
CDD 190

Contagios y contiendas

Hacer ciencia, arte y filosofía en pandemia

MARÍA CRISTINA DI GREGORI - FEDERICO E. LÓPEZ (coord.)



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 44-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-8475-32-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 2021 - Edulp
Impreso en Argentina

Índice

Introducción	9
Filosofía y Contexto <i>María Cristina Di Gregori y Federico E. López</i>	
CAPÍTULO 1	21
El culto a la irracionalidad como forma de negacionismo. Expresiones públicas en tiempo de pandemia <i>María Cristina Di Gregori y Victoria Paz Sánchez García</i>	
CAPÍTULO 2	37
Ciencia, política y vacunas en pandemia: ¿Un contacto demasiado estrecho? <i>Federico E. López, Livio Mattarollo y Elías Morales</i>	
CAPÍTULO 3	65
La psicoterapia remota. Reflexiones epistemológicas sobre su implantación local durante la pandemia por COVID-19 <i>Maximiliano Azcona</i>	
CAPÍTULO 4	81
Deformación profesional: notas sobre filosofía, pandemia y ansiedad <i>Tatiana Staroselsky</i>	
CAPÍTULO 5	93
De Cottard a House, médicos ficticiales y metáforas epistemológicas <i>Analía Melamed</i>	
CAPÍTULO 6	103
¿Imágenes de la pandemia? Reversiones, narraciones y ausencias <i>Leopoldo Rueda</i>	
CAPÍTULO 7	117
Precariedad y pandemia: estrategias de supervivencia de las artes escénicas platenses <i>Ludmila Hlebovich</i>	
Los autores	131

INTRODUCCIÓN

Filosofía y Contexto

María Cristina Di Gregori y Federico E. López

El 11 de marzo de 2020, apenas dos meses y doce días después de que la Comisión Municipal de Salud de Wuhan (provincia de Hubei, China) informara una serie de casos de neumonía, la Organización Mundial de la Salud decretó la pandemia por coronavirus. Nueve días después, el 20 de marzo de 2020, el Gobierno argentino implementaba el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) en todo el territorio nacional, en un contexto mundial en que la mayoría de los gobiernos tomaban medidas de confinamiento similares. En esos días, aunque las pantallas mostraban imágenes –y sobre todo números– terribles sobre muertos y hospitales colapsados en países del así llamado “primer mundo”, Argentina apenas registraba un total de 225 casos, de los cuales 67 eran casos nuevos confirmados el 20 de marzo. Es decir, las medidas de aislamiento se tomaron de modo preventivo bajo el supuesto de que si los casos crecían exponencialmente como lo habían hecho en otros lugares del mundo, el colapso sanitario sería inevitable. Como consecuencia de ello, en nuestro país como en muchos otros, la primera cara de la pandemia fue, no tanto

la muerte y la enfermedad, sino más bien el aislamiento y la cuarentena, y es por ello que pensar la pandemia es también, en gran medida, pensar el aislamiento y las limitaciones y desafíos que impuso. Estando gran parte de la población mundial recluida en sus propias casas, luego de las primeras semanas de parálisis –y más allá de lo difícil que resultó el ASPO desde el punto de vista económico, y desde el punto de vista de la violencia de género, por mencionar apenas dos problemas– el desafío para una gran parte de la población fue continuar y adaptar la vida y sus ocupaciones a la nueva situación, cuya duración era incierta. Para quienes se ocupaban de la producción científica, artística y/o filosófica, la continuidad de sus tareas y actividades significó enfrentar una gran variedad de obstáculos. Así, lejos de los laboratorios, de las aulas, de los teatros y auditorios, y frente a la inmediatez del presente, científicos, artistas y filósofos debieron hacer frente a los diferentes retos que implicaba continuar con sus propios modos de producción cultural en tiempos de pandemia y cuarentena, que fueron de modo creciente tiempos de *contagios* y *contiendas*. En efecto, mientras crecían los contagios y las cifras de muertos y luego de unas primeras semanas de relativa calma, las contiendas políticas no tardaron en hacerse patente. En efecto, mientras el 19 de marzo de 2020, unos 200 medios de comunicación de todos los signos políticos salían con un mensaje unificado afirmando “Al virus lo frenamos entre todos. Viralicemos responsabilidad”, apenas unas semanas después el aislamiento era presentado por muchos de esos mismos medios como un ataque a la libertad.

Los capítulos que componen este libro son resultado de una serie de discusiones ocurridas durante el VII Coloquio Internacional de Filosofía del Conocimiento (La Plata, agosto de 2021), y contienen una variada muestra de reflexiones acerca de la práctica de la filosofía, la ciencia y el arte en tiempos de pandemia. Hacer filosofía en este contexto resultó ciertamente un desafío, fundamentalmente para la filosofía “profesional” tal como se desarrolla al amparo de las universidades y del sistema de investigación. En efecto, en dichos

ámbitos la filosofía suele seguir una agenda de investigación propia, dictada por el estado de la investigación de las propias especialidades y que es, por tanto, poco sensible al contexto inmediato en el que se desarrolla. Ya en 1931, en un breve pero elocuente artículo titulado “Context and Thought” [“Contexto y Pensamiento”] el filósofo pragmatista John Dewey llamaba la atención sobre la problemática tendencia de la filosofía a desatender o negar el contexto. En su opinión el significado mismo de los términos y oraciones de cualquier lenguaje depende del contexto y es sólo por referencia a ese contexto, muchas veces “dado por sentado”, que puede estimarse el valor de las ideas. El contexto, nos dice Dewey, es el árbitro del valor de lo que decimos y las mismas palabras pronunciadas y referidas a contextos distintos pueden resultar o bien un aporte valioso para lidiar con los problemas que enfrentamos o un simple sin sentido. Esto, que es tan claro para el caso del habla cotidiana, resulta menos patente para las diferentes áreas del saber cuyas producciones suelen tener una cierta pretensión de validez o de aplicación más allá del contexto inmediato de su producción. En efecto, reconoce Dewey “al filosofar rara vez hay un contexto inmediatamente urgente que controle el curso del pensamiento” (1985, p.6)¹. La pandemia, sin embargo, parece ser una de esas raras veces en las que el contexto resulta tan inmediatamente urgente que el habitual olvido del mismo por parte de la filosofía ya no parece posible. Dewey y Walter Benjamin, filósofos pertenecientes a tradiciones bien distintas, sostuvieron cada uno a su modo una idea similar. En su opinión, la imparcialidad, la apariencia de racionalidad, la distancia crítica, en un contexto de crisis urgentes, en un contexto en el que las cosas (y los virus) *arremeten* con fuerza contra nosotros, pueden ser signo de indiferencia, de incompetencia e incluso de irresponsabilidad. Este libro se propone andar el camino señalado por ambos autores para abordar, de un modo situado y apasionado, pero no por eso menos reflexivo, una situación presente,

1 Dewey, J. (1985) “Context and Thought” [1931]. En *The Later Works of John Dewey*, Vol. 6. Carbondale: Southern Illinois University Press.

incierta y problemática en su pura inmediatez cualitativa, la pandemia de COVID-19 que, al menos por el momento, ha cambiado nuestras vidas de un modo completamente insospechado e inimaginable cuando levantamos nuestra copa el primero de enero de 2020, a las 00:00hs para decir ¡Feliz año nuevo!

Por otro lado, la actividad científica se trasladó al centro de la escena y fue depositaria de una gran cantidad de expectativas. Muy pronto se le exigió que ofreciera de modo rápido e incontestable respuestas claras, contundentes y hasta definitivas respecto de las formas de contagio de la nueva enfermedad, de los modos de prevenirla y de sus posibles curas o antídotos. Frente a esta centralidad, diversas formas de negacionismo, de discursos de tono conspirativo e incluso de desconfianza frente a los aportes de la ciencia cobraron nueva vida. En efecto, al calor de los contagios, y luego de unas primeras semanas de relativa calma, las contiendas políticas no tardaron en aparecer y se articularon en torno a “datos” y “evidencias” científicas, de modo que las arenas de la ciencia y la política parecieron fundirse en un mismo espacio de disputa atravesado por intereses y valores de toda índole. En el contexto de un mundo que experimentaba un previo resurgimiento de posiciones de extrema derecha y una polarización política creciente, la lucha por controlar la pandemia tuvo que lidiar con discursos y prácticas que exhibían los rasgos de un verdadero *culto a la irracionalidad*: desde la equiparación de las vacunas con veneno o su descalificación de acuerdo con su país de proveniencia, a la quema de barbijos y la reivindicación de la libertad de contagiarse y morir, fueron múltiples las expresiones que sacudieron a la opinión pública.

La actividad artística se vio, también, fuertemente atravesada por el contexto. Por un lado, las artes gráficas, acaso favorecidas por la producción y el consumo digital masivo de imágenes no tardaron en hacerse eco de la situación y permitieron, muchas veces a través del humor, la elaboración de una experiencia colectiva traumática que parecía, por momentos, tener más que ver con la cuarentena y el en-

cierto que con la pandemia misma. Como se señala en este libro, ello impuso algunos rasgos particulares en el modo de representación de la pandemia, al menos si se lo compara con representaciones anteriores de la enfermedad en la pintura y las artes gráficas. La situación de otro tipo de artes que, como la danza y el teatro, suponen un contacto presencial y sincrónico, especialmente en los circuitos independientes, resultó ciertamente más problemática. Sin embargo, se desplegaron distintas estrategias, algunas de las cuales serán analizadas en este libro, que permitieron una elaboración colectiva de la experiencia compartida.

Los primeros dos capítulos de este libro se proponen reflexionar sobre algunos discursos públicos en torno a la actividad científica. En primer lugar, en el capítulo 1, titulado “El culto a la irracionalidad como forma de negacionismo. Expresiones públicas en tiempo de pandemia”, María Cristina Di Gregori y Victoria Paz Sánchez García nos recuerdan que para quienes habitamos en sociedades democráticas y pluralistas, es saludable tener en cuenta el hecho de que nos caracterizan multitud de diversidades de carácter ideológico, político, económico, religioso, afectivo, valorativo, etc., que se manifiestan claramente en cuestiones tales como las distintas concepciones y abordajes acerca de la existencia de la pobreza y de cómo resolverla, la distribución de la riqueza, del poder, de la condición de las mujeres, las comunidades LGTBIQ+, las comunidades indígenas, las políticas educativas y sanitarias, etc. Nuestra vida en democracia, está inevitablemente signada por el conflicto y las contiendas. La vida en pandemia ha visibilizado con particular énfasis esta situación preexistente. En estos complejos entramados sociales, sostienen, se ha hecho casi un lugar común –sobre todo en los medios– hablar de la existencia de negacionismos que recrudecieron en la actual coyuntura. Uno de los más evocados en el ámbito público es el que se ha denominado negacionismo científico, vinculado con posiciones que cuestionan radicalmente, por ejemplo, las medidas sanitarias de cuidado tales como el uso de barbijos, el aislamiento y la vacunación. Las autoras,

considerando el mencionado carácter plural de nuestras sociedades, cuestionan que toda posición negacionista pueda asociarse a compromisos de carácter irracional o simplemente arbitrarios, como han pretendido ciertas interpretaciones recientes. Sin embargo, proponen que ciertas expresiones públicas difundidas por distintos medios de comunicación constituyen un claro ejemplo de negacionismo en términos de lo que John Dewey caracterizó como el *culto a la irracionalidad*. Expresiones, argumentan, orientadas a impactar y manipular emocionalmente al público para provocar reacciones puramente emocionales, es decir, no racionales. Se trata de procesos deliberada e inteligentemente promovidos, de profundo interés para quienes los activan, pero que, en definitiva, intentan obstaculizar toda posibilidad de reflexión crítica e inteligente en la ciudadanía, constituyendo así una forma de genuino negacionismo de la reflexión misma.

Por otro lado, en “Ciencia, política y vacunas en pandemia: ¿Un contacto demasiado estrecho?”, el segundo capítulo de este libro, Federico López, Livio Mattarollo y Elías Morales reflexionan sobre algunos discursos que, muchas veces sin pretenderlo, fomentaron una cierta desconfianza frente a las vacunas. En un contexto en el que, de modo previo a la pandemia, las posiciones antivacunas experimentan un claro crecimiento, el desarrollo de vacunas contra la COVID-19 se vio sujeto a toda una serie de especulaciones cuyo efecto fue el de generar dudas respecto de su confiabilidad. La desconfianza frente a tales vacunas intentó fundamentarse en una consideración pretendidamente científica sobre los modos de establecer su eficacia y su seguridad, y recurrió a una maniobra retórica que, desde el supuesto de que la ciencia debe estar libre de valores y por tanto de política, postuló injerencias indebidas de la segunda sobre la primera. De este modo, los supuestos previos acerca de la pretendida pureza de la actividad científica junto con el obvio interés político y económico por contar de modo rápido con vacunas, operaron como un factor de desconfianza en la medida en que los tiempos de la ciencia, que no serían otros que los de la biología, se habrían visto violentados por

los tiempos de la política. En este contexto, los autores se proponen analizar las formas de desarrollo de vacunas a efectos de determinar de qué modo los así llamados factores o valores “extraepistémicos” intervinieron en la producción de vacunas. Asumiendo, con Heather Douglas que el ideal de la ciencia libre de valores no sólo es un ideal impracticable sino también indeseable, argumentaron que la intervención de consideraciones extraepistémicas no deben considerarse como un factor distorsivo y que el impacto que tuvieron sobre los tiempos de desarrollo de las vacunas no afectaron de un modo distorsivo los protocolos que permiten contar con información confiable sobre la seguridad y la eficacia de las vacunas.

En el capítulo 3, titulado “La psicoterapia remota, reflexiones epistemológicas sobre su implantación local durante la pandemia por COVID-19”, Maximiliano Azcona refiere a las discusiones sobre la producción de conocimiento en psicología y analiza, desde una perspectiva epistemológica, los cambios ocurridos en el ejercicio de la psicoterapia durante la pandemia por COVID-19 en nuestro ámbito regional. Para ello, se basa en algunos estudios de campo que relevaron las características que adoptó la virtualización masiva de los tratamientos psicoterapéuticos, sus condiciones de posibilidad, obstáculos y beneficios para diversos sectores de usuarios y profesionales. Teniendo en cuenta que la atención psicoterapéutica remota es una práctica existente desde hace varias décadas, con evidencia empírica contundente a su favor, en el trabajo se recorren y analizan críticamente las razones por las que los diversos colectivos profesionales de psicólogos y psiquiatras, independientemente de su orientación teórica y de la localización geográfica, han mantenido significativas reservas para su implementación y promoción. La argumentación del autor se focaliza en el rol de los prejuicios colectivos y en el papel de las experiencias personales para la fijación de creencias teórico-técnicas, a los fines de proponer una reflexión sobre el problema de la brecha existente entre la investigación en psicoterapia y la práctica clínica.

En el capítulo 4, “Deformación profesional: notas sobre filosofía, pandemia y ansiedad”, Tatiana Staroselsky nos propone reflexionar, a partir de algunos textos producidos al calor de la declaración de la pandemia, acerca de los modos que encuentra la filosofía actual para abordar el presente. Así, su trabajo ofrece una lectura de las compilaciones *Sopa de Wuhan* y *La Fiebre*, de la editorial ASPO, como ocasión propicia para reflexionar en torno a la escritura filosófica en situación, haciendo hincapié en algunas de sus estrategias y lo que considera sus carencias más habituales. En el mencionado contexto, explora dos tendencias que reconoce como recurrentes en los textos analizados, a saber, el miedo al presente y el miedo al engaño, perspectivas que analiza más como un ejercicio de la ansiedad por parte de sus autores que como una indagación, una exploración fructífera y necesaria acerca de la ansiedad misma. En tono crítico al quehacer filosófico, a su capacidad de dudar y desconfiar de todo, aunque no de su propia práctica, reconoce en diversos aportes, en particular en los escritos de Walter Benjamin, y en los aportes del feminismo, una perspectiva, una direccionalidad esperanzadora para pensar el presente y el futuro

Los últimos tres capítulos reflexionan sobre la actividad artística y los modos en que lidió con la pandemia y los condicionamientos que implicó. En el capítulo 4, Analía Melamed nos ofrece un trabajo titulado, “De Cottard a House, médicos ficcionales y metáforas epistemológicas”. En el trabajo se estudia y analiza bajo la categoría de *metáfora epistemológica*, tomada de Umberto Eco, a dos personajes de ficciones separadas por casi 100 años: el Dr. Cottard de *En busca del tiempo perdido* y el Dr. House de la serie de televisión homónima (2004-2012). No obstante su distancia, propone Melamed, ambas figuras dialogan en cuanto están ligadas a concepciones sobre el alcance del saber científico, así como a una suerte de ontología de la enfermedad. El Dr. House expone un binarismo epistemológico entre salud y enfermedad que subyace a muchas ficciones de la industria cultural, lo que contrasta con el universo proustiano, en el

que los conceptos de salud y de cura –así como el de normalidad– son inexistentes. Se analizan las posibilidades de ambos sistemas de pensamiento ante una realidad fluida y a menudo híbrida como es la pandemia. En sus consideraciones finales, la autora, señala que la reaparición de una epidemia en el siglo XXI logra mostrarnos hasta qué punto dicha situación no se trata de un hecho del pasado –como sugería Sontag en la década del 60–, sino que regresa mostrando el nexo indisoluble entre individuo y comunidad, y convirtiendo a la enfermedad en un sufrimiento común y despersonalizado. Visibilizando, por otro lado, que una vez más, el contexto de pandemia en todos sus aspectos y matices, muestra la impotencia de los sistemas de pensamiento ordenados en distinciones más o menos fijas y tranquilizadoras, y revelando hasta qué punto funcionan *como una suerte de enmascaramientos que simplifican, con efectos tranquilizadores, una realidad fluida y a menudo informe*. Así los compromisos de los sistemas de pensamiento binario (House), dominantes en muchas ficciones, sin dudas no preparan para lidiar con la complejidad y la hibridez de situaciones extremas. Más bien, propone la autora, el devenir de la pandemia se mueve entre la incertidumbre y la contingencia, generando sentimientos e ideas ambiguas, tal como lo concibe Proust, *para quien creer en la medicina sería una locura suprema, si no fuera una mayor no creerle*.

En el capítulo 6, “¿Imágenes de la pandemia? Reversiones, narraciones y ausencias”, Leopoldo Rueda propone reflexionar acerca de cómo la pandemia y la consecuente cuarentena han afectado nuestras vidas. Esta perspectiva pone el foco en analizar algunas imágenes y producciones audiovisuales con el objetivo de indagar los temas que plantean, el modo en que lo hacen, y los puntos de atención que proponen. Desde dicha direccionalidad el autor formula sus hipótesis relativas a los modos en los que experimentamos estos tiempos. El marco teórico general desde el cual ofrece su análisis refiere a la perspectiva pragmatista cuya pauta metodológica propone considerar las producciones artísticas atendiendo a su vinculación con la expe-

riencia vital humana, lo que implica, siguiendo a Dewey, una doble dimensión de análisis, en tanto se trata de indagar en lo que hace el arte *con* y *en* la experiencia. Por ello todas las producciones se constituyen como reflexiones artísticas acerca de la experiencia misma, y en ese sentido, es que se vuelve interesante volcar una mirada filosófica sobre ellas. Los ejemplos que propone a efectos de su análisis están específicamente enmarcados en productos de la cultura digital –cuestión que pone, además, en escena, a esa misma cultura digital–. Las producciones seleccionadas recurren al humor y al chiste e incluyen tres perspectivas temáticas: reversiones de las imágenes del pasado, prácticas narrativas, y la vinculación con la enfermedad y la muerte. El autor explora, en base a las coordinadas propuestas, qué puede ser visible y qué no acerca de la pandemia, qué puede volverse imagen y humor, y qué parece todavía, quedar por fuera de esta especial configuración artística.

Por último, el capítulo 7, titulado “Precariedad y pandemia: estrategias de supervivencia de las artes escénicas platenses”, Ludmila Hlebovich explora la situación de precariedad en la producción de obras de danza y teatro en el circuito independiente de la Ciudad de La Plata durante la crisis sanitaria y económica exacerbada por la COVID-19. Se trata de un trabajo que propone analizar la problematización de la mencionada precariedad en el marco de dos obras específicamente creadas en ocasión del ASPO, una del campo de la danza, *Cuadernos de cuarentena* (de Agustín Lostra, Constanza Coppello y Mónica Menacho), y otra del teatro, *Mi parte es todo* (con dramaturgia y dirección de Brian Kobla y la actuación de Agustín Recondo, Ana Belén Recabarren, Alejandro Santucci, Denisse Van Der Ploeg, Juan Castiglione, Ilenia María Contin, Manuela Villanueva Fernández, Mariel Santiago y Valentín Prioretti). Ambas obras, señala la autora, exploran modos de presencialidad en tiempos de pandemia sosteniendo así algunas dimensiones de la experiencia escénica pre-pandémica. Hlebovich propone, por otro lado, que la precariedad se encuentra directamente tematizada en estas obras. Uno

de los aspectos más interesantes de su trabajo remite al análisis de distintas perspectivas desde las cuales es necesario abordar la noción misma de precariedad. Así, recurriendo tanto al entramado teórico de Walter Benjamin y a los aportes de del Mármol y Díaz, como a entrevistas realizadas a los autores de las mencionadas obras, Hlebovich concluye exponiendo de modo concreto y preciso, aspectos de las mencionadas perspectivas en las producciones citadas.

El culto a la irracionalidad como forma de negacionismo. Expresiones públicas en tiempo de pandemia

María Cristina Di Gregori y Victoria Paz Sánchez García

Introducción

El tiempo en pandemia es un tiempo de profunda crisis, un tiempo que moviliza todos los aspectos de la vida humana, a nivel individual, social, local y global. Un tiempo que desconcierta, que genera incertidumbres, sufrimiento y pérdidas vitales. Buena parte de la ciudadanía se expresa y confronta desde múltiples perspectivas y utilizando diversos medios. Podría decirse que dichas expresiones involucran, en buena medida, temas y problemas, valores y preferencias preexistentes en nuestra vida en comunidad, ahora enfáticamente visibilizadas en el complejo ámbito de la vida cotidiana. Las redes sociales, las concentraciones y manifestaciones en la calle, los periódicos, los artículos académicos, los discursos políticos recogen buena parte de dichas expresiones al mismo tiempo que ellas mismas son fuente de información para el ámbito de sentido común. Su impacto ha sido y es particularmente decisivo en muchas de las actitudes y decisiones de la ciudadanía en diversas direcciones en la actualidad. En palabras de Nicolás Viotti:

No hay duda de que este tiempo atizó viejas y nuevas sensibilidades. Al fin y al cabo, las personas reaccionan a situaciones nuevas e inesperadas en función de modos de creencias y valores arraigados. Por eso la pandemia funciona como una especie de revelador, de acelerador de sensibilidades que ya actuaban a nuestro alrededor, aunque no siempre las percibiéramos como tales. Sin embargo, esas sensibilidades no son islas o conjuntos de afectos, valores e ideas aisladas, sino tramas que pueden articularse y confluir en una demanda, un reclamo o en puntos de vista comunes. (2021, s/p)

Coincidimos con la lectura de Viotti. Toda comunidad que se pretende democrática convive sosteniendo múltiples y diversas creencias y valores arraigados en diversos grupos, convive con el conflicto y, en el mejor de los casos, lo afronta. Nos caracteriza cierto pluralismo de carácter ideológico, político, cultural, religioso, afectivo, valorativo, etc. que se identifica con distintas representaciones de la vida humana en general. A veces no nos ponemos de acuerdo con relación a qué debemos reconocer como un problema, otras, disentimos en cómo resolverlo. Así, nuestras lecturas acerca de la existencia de la pobreza y cómo resolverla, de la distribución de la riqueza, del poder, de la condición de las mujeres, las comunidades LGTBIQ+, las comunidades indígenas, las políticas educativas y sanitarias, por mencionar sólo algunas cuestiones, nos colocan en situación de disenso. Nuestra vida en pandemia ha visibilizado con particular énfasis, casi con virulencia esta situación, un proceso al que nuestras ciencias y nuestras humanidades deberían prestar particular atención, con miras a pensar el futuro. El pluralismo y el multiculturalismo no son sólo tesis teóricas, ellas dan cuenta de genuinos hechos existentes en el interior de nuestras propias comunidades, de genuina conflictividad.

En estos complejos entramados sociales se ha hecho casi un lugar común, sobre todo en los medios, hablar en estos tiempos, de ne-

gacionismo.¹ Uno de los más citados en el ámbito público es el que se ha denominado negacionismo *científico*, vinculándolo con posiciones que cuestionan radicalmente, por ejemplo, las medidas de cuidado sanitarias tales como el uso de barbijos, el aislamiento y la vacunación. En algunos casos, esta forma de negacionismo se asocia a valores y adhesiones políticas vinculadas a compromisos ideológicos y económicos de carácter neoliberal, del tipo de los adjudicados y sostenidos por Donald Trump o Jair Bolsonaro –para citar ejemplos muy mencionados–. Estos casos, entre otros, han sido tachados de irracionales o arbitrarios. Cuestionamos aquí esta interpretación, es decir cuestionamos que toda posición incluida bajo el paraguas del concepto mismo de negacionismo pueda asociarse a interpretaciones que se resuelvan bajo el mote de la irracionalidad o la arbitrariedad. Pensamos que se trata de una simplificación apresurada. Insistimos en afirmar que, especialmente en tiempos de crisis como los que vivimos, resulta muy natural que en una sociedad que se pretende plural y democrática los diversos sectores se expresen; y que en tales casos es importante atender y analizar el trasfondo de sus posiciones, convicciones, intereses de diversos tipos, independientemente de las críticas o aprobaciones que nos merezcan cada una de ellas como ciudadanos disidentes o no. La manifestación de las disidencias y el conflicto son parte crucial del mencionado modo de vida democrático y hay que afrontarlas democráticamente (aunque no siempre sea de esa mane-

1 Tenemos muy presente que el concepto de negación reviste suma importancia a efectos de dar cuenta de algunos fenómenos y hechos humanos sobre todo en el campo científico. Advertimos que no cuestionamos dichos usos, sino que intentamos distinguirlos del uso que se hace de dicho concepto en el contexto que trabajamos aquí. Es sabido que el término negar es central en el campo del psicoanálisis, como señalan, por ejemplo, Bornhauser y Rosales: “La negación es un concepto relevante para el psicoanálisis. Suele pensarse como una reacción defensiva frente a aquello que surge desde el inconsciente y amenaza la estructura simbólica que rige sobre la consciencia. Sin embargo, la negación puede ser concebida como una operación compleja, que obedece no sólo a uno, sino a múltiples territorios simbólicos. Una lectura transversal permite conjeturar que la negación puede ser pensada no sólo como condición de emergencia para lo reprimido, sino también como puntapié inicial para la producción subjetiva en sí.” (2015, s/p).

ra). El pluralismo, las disidencias y oposiciones no pueden ser en sí mismos evaluados o descartados en términos de pura arbitrariedad o irracionalismo, tampoco generalizados en términos negacionistas.

Dicho esto, exploraremos en este capítulo las razones que nos llevan a identificar al menos un tipo de negacionismo específico, que sí revela a nuestro juicio, compromisos vinculados a procesos irracionales y que es necesario hacer objeto de estudio y crítica.

El ámbito de lo no racional y las emociones extraordinarias

Para empezar, diremos que, si hablamos del ámbito de lo no racional, siguiendo a John Dewey, debemos aceptar no sólo que efectivamente ese ámbito forma parte de la condición humana misma, sino que además es necesario reconocer su valor positivo. Recordemos que, tanto para el filósofo pragmatista como para recientes aportes de la neurociencia y diversas líneas de investigación en epistemología, los impulsos, emociones, deseos y sentimientos (que para buena parte de la tradición filosófica resultaban excluidos, opuestos y ajenos al ámbito de lo racional) le son tan propios al ser humano como el ámbito del percibir, caminar y pensar. Ellos constituyen la fuerza motora que empuja al ser humano a actuar fuera del ámbito de la rutina, de los hábitos en uso y la costumbre: es la fuerza motora de la razón misma (Cfr. Dewey, 1918. mw.11.107).

Para nuestro filósofo, no debe resultar sorprendente ni lamentable en sí mismo que estas dimensiones no-rationales de la conducta humana sean particularmente visibles en tiempos de profundas crisis. En efecto, el surgimiento de extraordinarias emociones constituye una suerte de testimonio urgente de la ocurrencia de la desviación de lo habitual, del surgimiento de una crisis, de una situación de peligro (sea cual fuera su grado). Sugiere también que, en grandes crisis, en aquellas que afectan a buena parte del colectivo humano, hay algo saludable en el sentimiento popular que considera que la marcada ausencia de indignación y una excesiva exhibición de juicio equili-

brado son signos de apatía ante una devastadora situación. En tales casos, hay algo sospechoso –afirma– en actitudes que se manifiestan en términos de pura racionalidad inmovible: “Ser conmovido es evidencia de que uno es un participante; ser total y visiblemente razonable es evidencia de que uno es un espectador” (Dewey 1918, mw.11.107).

En definitiva, el surgimiento de reacciones no-racionales de modo espontáneo no sólo opera como identificador de acontecimientos críticos, sino que, además y principalmente, no ocluye la posibilidad de la consecuente reflexión, inteligente y deliberada sobre la cuestión, es decir, no clausura la posibilidad de encauzar, dirigir u orientar el instinto y la pasión con la ayuda de la razón. El asunto o función de la razón, como sostiene Dewey, no es el de reprimir las fuerzas emocionales humanas, sino encauzarlas. El valor de esa direccionalidad dependerá de los fines que alienten sus propósitos.

La no-racionalidad versus el cultivo deliberado de la irracionalidad

Nos interesa ahora formular la distinción que ofrece Dewey entre la no-racionalidad humana como fenómeno espontáneo y lo que llama el culto a la irracionalidad. Una propuesta que estimamos nos permitirá explorar ciertas expresiones de fuerte difusión mediática en la actual coyuntura, calificadas por muchos en términos de *negacionismo* e interpretadas como expresiones arbitrarias e irracionales.

En este contexto y siguiendo a Dewey, no es el surgimiento de lo no-racional como tal lo que debería preocuparnos –ya que, como señalamos más arriba, en la mayoría de los casos queda abierta la posibilidad de usar la inteligencia como directora del instinto y la pasión–, sino que lo que debe preocuparnos es el cultivo deliberado de lo irracional, el culto a lo irracional. Un culto que es intencional, que tiene un propósito y un diseño. En pocas palabras, el cultivo deliberado de lo irracional no refiere a la manifestación de lo espontáneo, natural y saludable sino que es una acción deliberada, reflexiva

e inteligente que consiste en sacar ventaja de ciertos sentimientos y emociones –por lo común de circulación colectiva– buscando exacerbarlas al punto de desligarlas –al menos en apariencia– de todo fin ulterior y de convertirlas en un fin en sí mismo, de modo tal de poder luego sacar ventaja de ellas asociándolas a ciertos propósitos e intereses sectoriales, por lo general velados.

Dewey ejemplifica este proceso con lo ocurrido en tiempos de la Primera Guerra Mundial en su país: todo cuestionamiento que implicara una crítica racional, reflexiva, de corte político, económico y social respecto de la participación o no en la guerra, fue instalada como señal de falta de interés patriótico. Dicho en otras palabras, el hecho de exacerbar el sentimiento de amor a la patria, el patriotismo, actuaba como obstáculo para toda reflexión inteligente acerca del asunto, obstaculizando tal práctica por el hecho de generar en el ámbito público un profundo temor en los grupos o individuos, a ser calificados –y socialmente descalificados– como antipatriotas o traidores a la patria. Una estrategia deliberada (para muchos invisibilizada) para conducir el juego de la emoción y para lograr ciertos fines. Un proceso que claramente en muchos casos desvía de la atención de la mayoría ciertas consideraciones que de haber sido realizadas suscitarían una oposición inteligente al asunto del que se trate. En definitiva, no es lo no-racional en sí mismo el problema (las reacciones espontáneas que son capaces de detectar una crisis), sino su culto sistemático, es decir, la promoción deliberada de un curso de acción que transforma la emoción misma de tal modo que ella deja de ser un medio para constituirse en un fin en sí mismo.

Entendemos que, siguiendo a Dewey, el culto a la irracionalidad puede caracterizarse brevemente en sus consecuencias, en base a los siguientes puntos:

1. Se propone distraer la atención del público respecto del núcleo del problema.
2. Se intenta clausurar la posibilidad de reflexionar o incluso de actuar de manera inteligente y deliberada, promoviendo la sus-

pensión de la crítica y las consecuentes propuestas de solución; es decir, se promueve la sumisión.

3. El poder de la emocionalidad exacerbada y acrítica que se promueve pretende convertir en sospechoso a todo aquel que todavía piensa y habla honestamente, especialmente cuando sus pensamientos van en contra de la pasión inmediata de la agenda del día. El objetivo es generar desconfianza, rechazo y hasta odio por el que piensa y siente distinto. En este sentido, Dewey sostiene que los cultivadores de la irracionalidad nunca pierden de vista que un objetivo imprescindible a lograr es el descrédito de toda influencia intelectual, es decir toda instancia reflexiva; tienen plena conciencia que dicho descrédito debilita de manera creciente la reflexión inteligente, no buscada. Desacredita irreflexivamente todo pensamiento crítico, incluyendo el aporte de científicos/as, educadores e intelectuales de manera palmaria.
4. El culto a la irracionalidad consiste en la manipulación de las emociones; un ámbito que, de paso recordamos, ha resultado minimizado en cuanto a su incidencia, efectos y consecuencias, de modo orgánico e integrado, para la vida humana en buena parte de la filosofía tradicional. Los líderes del culto se esfuerzan por cambiar las emociones, exacerbando aquellas que tienen que ver con sentimientos de odio, miedo y desconfianza, sabiendo bien que, cuando estos sentimientos son excitados, es más fácil encauzarlos a fines particulares, vinculados a quienes instigan el culto.
5. Estas actitudes, por último, generan además una rebeldía irracional, particularmente en aquellas/os que no se pliegan a la estrategia del culto. Una rebeldía que puede ser tan dañina como la sumisión misma. La irracionalidad se va de cauce cuando logra exacerbar a los opositores a tales prácticas que, muchas veces, terminan actuando también irracionalmente. La sumisión irracional, entonces, ni siquiera es el menor de los males.

Expresiones públicas en tiempos de pandemia. El negacionismo como culto a la irracionalidad

En este particular contexto de crisis –y en consonancia con lo que describe Dewey– está claro que diversas emociones de las más intensas se han manifestado desde el inicio de la pandemia por COVID-19: padecemos miedo, incertidumbre, desconfianza, desesperación, incredulidad, enojo, tristeza, dolor, angustia. Cada una de estas emociones y sentimientos consecuentes, son reacciones esperables y sanas frente a un grave problema sanitario de orden mundial para el cual no se contaba con respuestas ni soluciones claras. Aún hoy, en momentos en los que la pandemia en nuestro país parece comenzar a ceder, sostenemos importantes niveles de incertidumbre y angustia.

Veamos ahora en la presente coyuntura la plausibilidad de aplicar la tesis de Dewey en algunas de las manifestaciones públicas muy difundidas en nuestro país. Ya hemos mencionado más arriba que aun en el trasfondo más crítico que se pudiera pensar respecto de la ciencia, ciertas oposiciones a las recomendaciones de científicos/as resultan sorprendentes. Pero más sorprendente resultan aún ciertas expresiones que, tal como propondremos, incurren en un culto a la irracionalidad en términos deweyanos. No se trata de formulaciones basadas en ordenados y sistemáticos argumentos que fundamentarían una legítima actitud de oposición a los resultados científicos, sino en expresiones de fuerte poder activador de emociones a nivel público, por ejemplo, en oposición a la cuarentena y a la vacunación.

Una de las declaraciones más llamativas al respecto fue formulada inicialmente por una dirigente política de amplio reconocimiento nacional. Entendemos que más allá de los dichos literales de la figura en cuestión y de las interpretaciones que se realizaron a nivel de distintas redes sociales y medios de comunicación, se deslizó y generalizó la idea de un posible envenenamiento de quienes se aplicaran la vacuna Sputnik V, elaborada por un laboratorio de origen ruso (El Centro Nacional de Investigación de Epidemiología y Mi-

crobiología Gamaleya, de la Federación Rusa).² Si bien nos parece claro que el contexto de la manifestación está representado por la lucha entre diversas posiciones políticas –en particular, opositoras a nivel del gobierno nacional– en ese conflicto la actividad científica queda comprometida, al menos, en términos de su pretendido descrédito. En ocasión de formularse estas expresiones, insistimos en que no se dan argumentos precisos contra la gestión de la pandemia que realiza el partido gobernante, ni contra los procedimientos de la investigación científica. La estrategia consiste o funciona, por el contrario, en términos de una apelación exacerbada a la emocionalidad ciudadana, provocando sentimientos de desconfianza, rechazo y temor. En efecto, impactar y difundir masivamente esas aseveraciones según las cuales una de las primeras vacunas que surge a nivel mundial es una sustancia que podría atentar contra la salud pública –o, dicho más rotundamente, que se trata de un veneno– no pueden considerarse en términos de un hecho trivial, casual. Tampoco resulta fácil considerarlas arbitrarias, pues son expresiones sostenidas por personalidades de amplia y reconocida actividad, y experiencia política. Los efectos de sus manifestaciones tienen amplia probabilidad de impactar en el ánimo social en una dirección determinada y no pueden ser desestimados ni borrados fácilmente del imaginario. Y esto a pesar de otras informaciones más alentadoras y seriamente evaluadas en la actualidad.³

A nuestro modo de ver, dichas aseveraciones representan un culto a la irracionalidad tal como lo plantea Dewey en la medida en que no proponen recursos, herramientas o información que podrían ser insumos de un pensamiento crítico y autónomo, sino que suscitan un determinado estado emocional como es el descontento general, el miedo y la desconfianza, para instalarlos como un fin en sí mismo. En esta medida, y según los fines propios de quienes los propagan, son aptos para operar como un genuino negacionismo de lo que sea, en

2 Cfr. por ejemplo, Corral (2021).

3 Cfr. Gonzalez Lopez Ledesma *et al.* (2021) y Costa (2021).

este caso de las actividades científicas (que resultan desacreditadas) y como un instrumento, a su vez, para sostener oposiciones políticas e ideológicas.

Otro caso ejemplificador de lo que estamos señalando es una carta impulsada por una investigadora del Conicet y firmada por 300 científicas/os, intelectuales y periodistas que se titula “La democracia está en peligro”⁴ (una cuestión emocionalmente sensible, en especial para las/os argentinas/os, evocando su historia y sus consecuencias aún dolorosas) en la que se sostiene, por ejemplo, que como consecuencia del aislamiento obligatorio se vive en la Argentina una “infectadura”. Los dichos de esta carta circularon abundantemente por distintos programas multimediales acompañados de comentarios como “gobiernan los infectólogos”, “al Gobierno le encanta el encierro y el control social”, “quieren instalar una dictadura con la excusa del coronavirus” o “hay un clima Malvinero”. El punto central de la carta y de lo que se retoma luego en sus réplicas por los medios de comunicación no refiere a consideraciones críticas basadas en hechos o razones por las cuales existe o existió disidencia respecto de las medidas sanitarias tomadas por el gobierno, sino que alude claramente a una cuestión política según la cual la democracia como forma de gobierno y de vida en la Argentina está en peligro porque estamos frente a una nueva forma de dictadura, a saber, la infectadura, o sea la dictadura de los infectólogos. El propósito de estas expresiones no puede ser otro que el de promover emociones vinculadas a sentimientos de miedo, rechazo, represión y sospecha, sentimientos que nos evocan, entre otros, la experiencia conocida en tiempos de la dictadura militar. La idea de una dictadura (esta vez en tiempos de pandemia y bajo el yugo de infectólogos), inhibe para muchos toda posibilidad de reflexión inteligente y argumentativa acerca de la gestión actual de la pandemia misma, aunque en la misma carta, luego de impactar al

4 Cfr. por ejemplo, *La Nación* (2020).

público con los dichos mencionados, se ofrezcan críticas concretas a las políticas sanitaristas del gobierno nacional.

Este uso de lo emocional, en términos de Dewey, se propone obstaculizar críticas y reflexiones inteligentes, y devolvernos y mantenernos en los sentimientos negativos vinculados al encierro, la pérdida de libertad y de dignidad, así como a la posibilidad de la muerte misma. Dicho brevemente: se exacerbaban emociones radicales de gran sensibilidad para la comunidad toda con consecuencias no deseables, en nuestra coyuntura, afectando a la razonable credibilidad en la ciencia (que no debería excluir críticas razonables y fundadas) y orientando, además, voluntades políticas de la ciudadanía.

A la luz de los cinco puntos que, según señalamos más arriba, caracterizan lo que Dewey denomina el culto a la irracionalidad, podría decirse entonces que:

1. Se desvía la atención del verdadero problema que padece la ciudadanía y su búsqueda de soluciones. Pensando en nuestro presente, podría decirse que nos distrae respecto de cuestiones relativas a cuál sería el mejor modo de atender sanitaria, social, económica y políticamente la situación de pandemia y por qué (sin promover mayor angustia e incertidumbre).
2. Como consecuencia de lo mencionado anteriormente, se obstaculiza una discusión crítica y racional en base a argumentos e información confiable y se tiende a incitar al miedo y la preocupación ya sea frente a una vacuna potencialmente dañina para la salud, a la pérdida de un modo de vida democrático o incitándonos a pensar que la legítima participación de los infectólogos/as y científicos/as en el asunto de la pandemia va camino a convertirse en una nueva forma de dictadura. Puede decirse que no sólo se intenta horadar la esperanza de la continuidad de un modo de vida democrático, sino que se genera una desconfianza acrítica hacia la actividad científica misma, un rechazo y profundo temor a cierto subrepticio compromiso

de tipo ideológico en el que la ciencia y los/as científicos/as mismos quedarían involucrados/as.⁵

3. A esta desconfianza generalizada en quienes se supone que tienen los medios y el conocimiento para arbitrar una situación de crisis como la pandemia, al menos desde el punto de vista sanitario, se le suma el constante descrédito de científicos/as, intelectuales, educadores/as y comunicadores/as que intentan o intentaron ofrecer una lectura diferente y reflexiva. El descrédito y desprestigio que sufrieron sistemáticamente las/os científicas/os que asesoraron al gobierno –por ejemplo, el Dr. Pedro Cahn– es una prueba de ello.⁶
4. En los casos mencionados más arriba, sostenemos que se pone de manifiesto muy claramente la intención de manipular el estado emocional general, sembrando y promoviendo sentimientos de odio, miedo y desconfianza, tanto como de un tipo de sumisión no deseable.
5. Finalmente, una consecuencia que no es menor, y que resulta igual de peligrosa que la sumisión acrítica, es la radicalización que suscita en quienes piensan distinto a lo promovido por dichas prácticas o que cuentan con un cierto acervo de conocimiento o información que les permite formar una opinión

5 Al respecto tomamos como ejemplo lo expresado por Nadia Luna, “Esto no es un paso hacia el comunismo”. La aclaración la hizo el jefe de Gabinete bonaerense Carlos Bianco el 3 de noviembre, durante el informe semanal sobre la situación epidemiológica de la provincia. El día anterior, una noticia había acaparado los titulares de los medios argentinos: el presidente Alberto Fernández anunció la compra de 25 millones de dosis de la vacuna Sputnik V. O como le dicen todos, la vacuna rusa. Las redes estallaron en prejuicios y fake news. Que te inyecta ideología. Que te inyecta el virus del comunismo. Que #YoNoMeVacuno. Y aunque el muro de Berlín se cayó hace 31 años, hubo que salir a aclarar. ‘No es que le estamos comprando la vacuna a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Es la Federación Rusa. Un país capitalista’” (2021, s/p).

6 Entre otras cosas, el Dr. Cahn ha manifestado que “Nos acusaron de ser la infectadura; escuché decir a políticos y panelistas en programas de televisión que gobiernan los infectólogos y que nos tenían que despedir, cuando en realidad desde el Poder Ejecutivo nos consultan y nosotros lo que hacemos es decir, dar opiniones y sugerencias acerca de cómo habría que habilitar o no determinadas actividades en las jurisdicciones, pero no somos los que tomamos las decisiones” (La Voz, 2020, s/p).

propia y crítica de la situación. Pareciera que en estos casos la manifiesta manipulación emocional y lo grotesco de los medios con que se la lleva adelante propician en quienes disienten, respuestas y reacciones tan emocionales como las promovidas y por supuesto polarizadas. Se genera entonces, una suerte de círculo vicioso que no deja de apelar a la emocionalidad en el contexto de la diversidad de posiciones y que tampoco termina –justamente por ello– de encauzarse más allá, hacia un fin racional que le dé legitimidad y fructividad a la polémica. Así, Dewey sostiene que “(...) cada incidente que indica que esta docilidad está siendo usada a favor de intereses privados engendrará un malhumor que es tan extremo y dañino como la represión que lo genera” (Dewey, 1918, mw.11.111). Es decir, a la par de una sumisión irracional, el culto a la irracionalidad genera una no menos dañina y peligrosa “rebeldía irracional” que hace que el propio culto, en palabras de Dewey, termine saliéndose fácilmente de control.

Conclusiones

Entendemos que la promoción de ciertas posiciones que consideramos negacionistas por parte de dirigentes, funcionarios/as o referentes políticos que incitan e intensifican emociones negativas y radicales como la desconfianza, el miedo, el enojo o el odio en el estado de ánimo general de la sociedad, constituyen una forma patente de culto a la irracionalidad. Ellas no propician ni invitan a una reflexión cuidadosa del asunto y son resultado del cultivo deliberado, diseñado e intencional que, en general, responde a intereses de grupos o individuos que lo propician, de intereses de tipo político-partidarios, económicos, etc.

Es común entre quienes comentan el mencionado tipo de cuestiones, preguntarse acerca del porqué de estas formas de intervenir en la opinión pública; intervenciones que, ante una primera mirada, son descritas por muchos en términos de meramente arbitrarias, ca-

suales o espontáneas. Con base en unas primeras exploraciones en el tema, pretendemos defender aquí una interpretación en contrario, esto es, que no son cuestiones arbitrarias ni espontáneas –mucho menos cuando estas manifestaciones se ofrecen en medios de difusión masivos–. El culto a la irracionalidad, tal como lo definiera Dewey, es un proceso generado de modo inteligente y deliberado que advierte claramente el valor y la incidencia notoria del impacto emocional en el público cuando los sentimientos que se evocan son de particular sensibilidad para él; se trata de un instrumento para instalar reacciones emocionales espontáneas y acríicas acerca de cuestiones que constituyen la finalidad del proceso mismo y, por supuesto, de aquellos que lo promueven.

Insistimos, no se trata de llamar irracional a las genuinas diferencias conflictivas que se producen en el ámbito social y político, en especial en la medida en que la ciudadanía procede a su consideración y discusión informada y deliberada independientemente de los grados de acuerdos y desacuerdos que se logren a partir de los mismos. Pertenece a una sociedad democrática plural, conflictiva y en proceso de necesarios cambios, que requiere de la clara e inteligente consideración de sus problemas. El llamado culto a la irracionalidad tal como lo expresamos representa, por el contrario, un procedimiento capaz de promover situaciones cercanas a alguna forma de fanatismo, una sumisión con arreglo a fines inexpressados y manipulatorios.

En este contexto, la epistemología reciente tanto como las diversas ciencias ocupadas en la revaloración del estudio de la vida emocional humana integrada al uso de la razón, representa un importante aporte para identificar su condición y relevancia para la vida. Entre otros muchos beneficios, confiamos en que dicho reconocimiento resulte muy adecuado para advertir con mayor claridad las nefastas consecuencias de la invisibilizada manipulación de nuestro ámbito afectivo emocional. El culto a la irracionalidad es nada menos que un proceso oportunista y también negacionista con relación a la reflexión infor-

mada y crítica. Reflexión que requiere de una perspectiva que resulte integradora de nuestra natural condición de seres emocionales tanto como racionales.

Referencias bibliográficas

Si bien en la bibliografía se indica la fecha original de la publicación de las obras de Dewey, las citas incluidas en este trabajo refieren a la publicación de las mismas en *The Collected Works of John Dewey*, 1882-1953, Electronic Edition. Editada por Jo Ann Boydston. Publicada por el Center for Dewey Studies at the University of Southern Illinois at Carbondale. Southern Illinois University Press, 1972-1985. 37 volúmenes divididos en: early works (ew), middle works (mw), and later works (lw).

Bornhauser N. y Rosales P. (18 de marzo de 2015). “Lugares de la negación en la obra freudiana”. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*. <https://doi.org/10.1590/1415-4714.2015v18n1p33.3>

Corral I. (25 de junio del 2021). “Si bien no lo dijo públicamente, la denuncia de Carrió por Sputnik V contra el Gobierno habla de “envenenamiento”. *Chequeado*. <https://chequeado.com/el-explicador/si-bien-no-lo-dijo-publicamente-la-denuncia-de-carrio-por-la-sputnik-v-contra-el-gobierno-habla-de-envenenamiento/>

Costa J.M. (25 de agosto de 2021) “Sputnik V: según un estudio bonaerense, los anticuerpos neutralizantes del Covid-19 crecen tras seis meses de la vacunación”. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/sputnik-v-segun-un-estudio-bonaerense-los-anticuerpos-neutralizantes-de-la-covid-19-crecen-tras-seis-nid25082021/>

Dewey J. (1922). *Human Nature and Conduct. An introduction to social psychology*, Henry Holt and Company, New York.

Dewey J. (1918) “The Cult of Irrationality”, *New Republic* 17 (1918): 34-35. Publicado en Obras Completas, mw.11.107.

- Gonzalez Lopez Ledesma, M. M. *et al.* (2021). “Temporal Increase in Neutralization Potency of SARS-CoV-2 Antibodies and Reduced Viral Variant Escape after Sputnik V Vaccination”. *medRxiv* preprint doi: <https://doi.org/10.1101/2021.08.22.21262186>.
- La Nación* (29 de mayo de 2020). “Coronavirus: la Argentina vive una ‘infectadura’, la dura carta de científicos e intelectuales”. Diario *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/politica/la-argentina-vive-infectadura-dura-carta-cientificos-nid2371426/>
- La Voz* (20 de octubre de 2020). “Pedro Cahn: Nos acusaron de ser la infectadura, pero no somos los que tomamos las decisiones”. *La Voz*. <https://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/pedro-cahn-nos-acusaron-de-ser-infectadura-pero-no-somos-que-tomamos-decisiones/>
- Luna N. (23 de septiembre de 2021). “La peor vacuna es la que no se aplica”. *Revista Anfibia*. <https://www.revistaanfibia.com/cronica/la-peor-vacuna-la-no-se-aplica/>
- Viotti, N. (23 de septiembre de 2021). “Desconfío. El negacionismo científico en la pandemia”. *Revista Anfibia*. <http://revistaanfibia.com/ensayo/negacionismo-cientifico-desconfio/>

Ciencia, política y vacunas en pandemia: ¿Un contacto demasiado estrecho?

Federico E. López, Livio Mattarollo y Elías Morales

Introducción

Este trabajo tematiza las relaciones entre ciencia y política a la luz de la crisis, de escala planetaria, provocada por la pandemia de COVID-19. Desde la creación de la bomba atómica o la carrera espacial en tiempos de Guerra Fría, no ha habido ningún otro evento que pusiera de manifiesto de modo tan transparente las insoslayables, íntimas y omnipresentes relaciones entre ciencia y política. En efecto, este vínculo se evidencia en el hecho de que los gobiernos en sus diferentes estamentos y jurisdicciones apelaron a las opiniones de expertos, a la “evidencia” y a los “datos” para legitimar de cara a la sociedad las distintas medidas que proponían. La comunidad científica, por su parte, desplegó una fuerte actividad que le permitió no sólo hacerse de recursos para desarrollar sus investigaciones sino también erigirse como un actor político de relevancia. Las científicas y los científicos no sólo se convirtieron en asesores privilegiados, sino que a través de los medios de comunicación y las redes sociales ocuparon un lu-

gar destacado en el debate público. Tal vez el ejemplo más llamativo en este sentido sea el hecho de que *The Lancet Publishing Group* fue erigido públicamente, al menos en Argentina, como árbitro final en la legitimación de las diferentes vacunas, incluso por encima de los organismos estatales encargados de su aprobación.

Ahora bien, las miradas que la comunidad científica, la clase política y el público en general tienen sobre la relación entre ciencia y política suelen estar atravesadas por una fuerte oposición entre ellas. Por un lado, la actividad científica y sus resultados suelen ser tratados como algo indiscutible, como un recurso epistémico o argumentativo que permite poner fin a cualquier debate: si la evidencia muestra tal o cual cosa, entonces ya no hay nada que hacer más que someterse respetuosamente a su peso. A su vez, el carácter indiscutible de los resultados de la ciencia sería una consecuencia de su rigor demostrativo, que permitiría “saber lo que realmente pasa”. El acceso a un conocimiento “objetivo” por parte de la ciencia estaría garantizado por su pretendido carácter puro, es decir, no contaminado por el tipo de sórdidos intereses de la política y la economía. En otros términos, mientras la política es vista como el ámbito de los intereses, los caprichos y el beneficio privado, la ciencia se presenta como el ámbito de la razón y la verdad, y ambos, la ciencia y la política, son vistos como mutuamente excluyentes. Estas viejas ideas, a la vez que sacralizan a la ciencia, operan como fundamento de la desconfianza que se diseña sobre su propia práctica. En efecto, la ideal pureza de la ciencia, su carácter sagrado por así decirlo, contrasta con su práctica real en la que se halla indefectiblemente atravesada por consideraciones y valores sociales, políticos y económicos. Por ejemplo, la existencia de diferentes versiones, todas ellas provisionales, sobre el modo en que se transmitía el virus o sobre la utilidad del uso del barbijo, e incluso los cambios en las recomendaciones de la OMS al respecto durante los primeros meses de la pandemia fueron tomados por muchas personas no como una consecuencia del carácter falible, y perfectible si se quiere, de la investigación científica, sino como una muestra de su

completa desorientación resultado de las pujas políticas y económicas a que se veía sometida. De modo similar, y este es el punto sobre el que nos centraremos aquí, el proceso (relativamente) veloz, que permitió contar con vacunas contra la COVID-19, fue visto como un factor de alarma: los tiempos de la política habrían arrastrado a la ciencia, cuyos tiempos son –o deberían ser– los tiempos de la biología, y habrían llevado a ofrecer una “solución” que más se parece a una trampa o directamente a un “veneno”. Así, el contacto entre ciencia y política se presentaba en este caso, para muchos y muchas, como un contacto *demasiado* estrecho.

En este trabajo argumentamos que no hay razones para pensar que se trata de un contacto demasiado estrecho, a la vez que cuestionamos algunos de los supuestos que están a la base del discurso de desconfianza frente a las vacunas contra la COVID-19. Para ello, en primer lugar, situaremos dicho discurso en el contexto del discurso general antivacunas a efectos de identificar algunas de sus peculiaridades. En segundo lugar, nos detendremos sobre el así llamado *ideal de ciencia libre de valores*, base de las estrategias discursivas aludidas. Por último, ofreceremos una acercamiento a las prácticas mismas de testeo de vacunas, antes de la pandemia y durante ella, a efectos de mostrar por qué en este caso la injerencia de lo político y lo económico no puede ser considerado un factor distorsivo.

Discurso antivacunas y “duda vacunal”

El movimiento antivacunas hunde sus raíces en las reacciones ante las primerísimas prácticas de inoculación, antecesoras de las vacunas tal y como las conocemos en la actualidad. Ya hacia principios del 1800, y a partir de los experimentos de Edward Anthony Jenner para inocular con linfa de viruela vacuna de pacientes previamente infectados, comenzaron las primeras controversias de orden netamente político. En efecto, el *Vaccination Act* de 1849 declarado en Gran Bretaña ha sido interpretado como una violación a las libertades civiles clásicas, fundamento para la creación de la *Anti-Vaccination League* en

Londres (1853) y de la *Anti-Compulsary Vaccination League* (1867), a las que se sumaron la aparición de periódicos y libros antivacunas e inmensas movilizaciones en respaldo del movimiento. Para el caso de Estados Unidos el movimiento encuentra orígenes a fines del siglo XIX. Ante la decisión de varios estados de llevar adelante campañas de vacunación masivas y obligatorias contra la viruela, movimientos antivacunas inspirados en el británico William Tebb fundaron la *Anti-Vaccination Society of America* (1879), la *New-England Anti-Compulsory Vaccination League* (1882) y la *Anti-Vaccination League of New York* (1885), con el objetivo –muchas veces logrado– de hacer retroceder las leyes de vacunación obligatoria. (Cf. Hussain, A., Ali, S., Ahmed, M. & Hussain, S., 2018; Wolfe, R. M. & Sharp, L. K., 2002).

Ya en el siglo XX el movimiento tiene dos impulsos muy concretos con la publicación de sendos artículos científicos que registraron efectos adversos de dos vacunas de gran cobertura. El primero es “Neurological Complications of Pertussis Inoculation” (Kulenkampff, Schwartzman y Wilson, 1974). Allí se registran 36 reacciones neurológicas presuntamente atribuibles a la vacunación contra la tos convulsa. El segundo es “Ileal-lymphoid-nodular hyperplasia, non-specific colitis, and pervasive developmental disorder in children” (Wakefield, A. J., Murch, S. H., Anthony, A., Linnell, J., Casson, D. M., Malik, M. *et al.*, 1998). Allí se postula una relación causal entre la vacunación triple viral contra el sarampión, las paperas y la rubéola en menores y el posterior desarrollo de autismo. Si bien esta publicación estuvo disponible desde 1998 hasta 2010, resulta curioso que adquiriera trascendencia pública en el momento en que la propia revista decidió retirarla por haberse constatado la manipulación de datos para sostener una conclusión previamente establecida y por haberse constatado, también, que Wakefield tenía un profundo conflicto de intereses, pues estaba siendo financiado por un asesor legal para investigar esa posible relación causal en el marco de un juicio de una familia al Estado. El punto es que la propia decisión de retirar el artículo instaló suspicacias y especulaciones rápidamente propa-

gadas por las redes sociales, suspicacias que alimentaron un sentido de desconfianza general acerca de la legitimidad y credibilidad en la investigación científico-médica.

Teniendo en cuenta el impacto de los movimientos antivacunas en general y la incidencia específica del planteo antivacuna COVID-19 en particular, resulta necesario hacer algunas distinciones. En efecto, esta última línea podría caracterizarse como *duda vacunal* antes que como posición antivacunas sin más. La definición de duda vacunal acuñada por la OMS, entendida como una tardanza en aceptar la vacunación o el rechazo a las vacunas, pese a la disponibilidad de los servicios de vacunación, ha sido últimamente reformulada por la Comisión Europea en términos de desconfianza en la ciencia. Según Consuegra-Fernández (2021), esta posición no es equivalente al rechazo generalizado a las vacunas pues este último responde a una heterogeneidad de razones que no siempre son de orden epistemológico sino, por ejemplo, de orden político, filosófico-religioso, moral o educativo. Por tanto, a diferencia de estos últimos casos, la “duda vacunal” se sostiene en razones pretendidamente científicas pues considera que la aplicación es una práctica peligrosa que atenta contra la salud, especialmente dados los posibles efectos adversos a mediano y largo plazo.

Un somero análisis de este recorrido histórico permite ver algunas ideas comunes en torno a la ciencia. Por un lado, se presupone que la investigación arroja resultados verdaderos o falsos “a todo o nada”: apenas se constatan efectos adversos de alguna vacuna, se la descarta por peligrosa, ineficaz y un largo etcétera. En ese sentido, no se comprende que la investigación es falible, acumulativa y autocorrectiva. Por otro lado, se asume como ideal el carácter puro de la ciencia en cuyo nombre, por ejemplo, se fundan las sospechas de manipulación explicadas por la intromisión de algún interés oculto. En este marco, pues, resulta importante avanzar en algunas consideraciones sobre este ideal y sobre la legítima inclusión de valores tradicionalmente denominados extraepistémicos en la investigación. A ello nos dedicaremos en la próxima sección.

Ciencia, valores y política

Una de las imágenes más frecuentes y arraigadas de la práctica científica es aquella que vincula objetividad con neutralidad valorativa. Dicho en otras palabras, se considera a la ciencia como una actividad que debería estar al margen de preferencias o intereses “meramente” personales e incluso de valores sociales, morales, políticos o económicos, so pena de ver cuestionada su fuente de éxito y confiabilidad. Esta caracterización, aun cuando sea muy vaga, recupera el núcleo del ideal de ciencia libre de valores, ampliamente discutido en la contemporaneidad. En términos generales, el ideal considera que las afirmaciones científicas son verdaderas o falsas y que esa atribución depende de la evidencia disponible y de una correcta derivación lógica, sin referencia a las perspectivas de quien investiga ni al contexto en el que se produce la investigación. En este sentido, la tarea de la ciencia se remitiría a los hechos, un dominio autónomo y totalmente independiente del plano de los valores o preferencias (Kincaid *et. al.*, 2007, p.4).

De acuerdo con Heather Douglas (2009, 2016) y también con George Reisch (2009), la formulación contemporánea del ideal de ciencia libre de valores se origina durante la Guerra Fría debido a la presión anticomunista y antiolecionista ejercida por Joseph McCarthy en favor de elaborar una legitimación filosófica de las pretensiones científico-militares del gobierno de Estados Unidos, esto es, en un contexto –como el actual– de evidenciación de la estrecha relación entre ciencia y política. Como sostiene Dominique Pestre, la idea de ciencia autocontenida y ajena a los valores

contribuyó a legitimar a los “sabios” e “intelectuales”, haciendo de ellos personajes más allá del bien y del mal, personajes dedicados sólo al conocimiento y al bien público, personajes “desinteresados”, y eso en el momento mismo en el que su inserción en el mundo de los negocios y de las industrias basadas en el conocimiento cobraba nuevo vuelo y nueva forma. (2005, p.28)

Ya para la década de 1980 y luego de la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn, “ciencia libre de valores” era equivalente a ciencia libre de valores *no epistémicos*.¹ Más aún, la reformulación progresiva de la distinción entre contextos de justificación/descubrimiento y la elaboración de una visión más precisa de lo que implica la práctica científica generó que los límites del ideal de ciencia libre de valores se volvieran más definidos pues si bien se reconoció ampliamente que la ciencia apela a valores no epistémicos en su dimensión “externa”, se restringió aún más su fortaleza “interna”. Dicho de otra forma, el ideal de ciencia libre de valores se expresa en términos de valores aceptados y no aceptados en la actividad científica, especialmente en el contexto de justificación y en la elección entre teorías alternativas o rivales. Así, los valores aceptados son los valores epistémicos mientras que los no aceptados quedan referenciados como extra o no-epistémicos (v.g. valores sociales, morales, etc.).

Desde el punto de vista teórico, la referida Douglas considera que este ideal es inalcanzable, insostenible e incluso un mal ideal que en ciertos casos conduce a una visión inaceptable de la ciencia. Además, afirma que en muchos casos los valores no-epistémicos son necesarios para un buen razonamiento en ciencia (Douglas, 2007, pp.121-122). Más aún, sostiene que “[...] expandiendo lo que consideramos como riesgo inductivo relevante, el rol potencial de los valores no epistémicos también se expande” (Douglas, 2000, p.565). El punto crucial es que cuando la ponderación del riesgo inductivo requiere la consideración de las consecuencias no epistémicas de la investigación, dicha ponderación incluye legítimamente valores no-epistémicos en función de determinar los riesgos que se asumen o las decisio-

1 En este sentido se puede afirmar que aun cuando la obra de Kuhn es considerada como uno de los pilares del surgimiento de los estudios sociales de la ciencia puede verse como reforzando la tesis de la autonomía de la ciencia frente a la política, aliviando “la ansiedad de los responsables de las decisiones políticas y de los académicos alienados, enseñándoles que todos ellos podían sacar provecho de ocuparse de sus rompecabezas particulares” (Fuller, 1998, p.113).

nes que se toman. Luego, la inclusión de los valores no-epistémicos debe ser parte de la definición normativa de ciencia:

[...] los valores no epistémicos son una parte necesaria de los aspectos internos del razonamiento científico para casos en los que el riesgo inductivo incluye el riesgo de consecuencias no epistémicas. En estos casos, la ciencia libre de valores es una ciencia inadecuada; el razonamiento es defectuoso e incompleto. Por lo tanto, el estándar normativo debe ser reconsiderado. Para la ciencia que tiene claros impactos no epistémicos, ser “libre de valores” no es un objetivo loable. (Douglas, 2000, pp. 559-560)

El rechazo al ideal torna necesaria la elaboración de un nuevo criterio de análisis. Douglas propone dejar de referir al tipo de valores aceptados en la práctica científica y distinguir el rol que juegan en las distintas instancias de la investigación, sea directo o indirecto. Así, en su rol directo, los valores actúan como razones que determinan por sí mismos las decisiones en el curso de la investigación. Instancias típicas de incidencia directa de valores es la definición de la agenda de investigación o de algunos aspectos de la metodología (por ejemplo, experimentar con animales o seres humanos) En su rol indirecto, los valores actúan para sopesar la importancia de la incertidumbre con relación a la afirmación que se analiza o a la decisión que se toma, pero no determinan la decisión por sí mismos. En este sentido, las instancias que admiten la incidencia de valores en su rol indirecto son la caracterización y evaluación de la suficiencia de la evidencia, siempre en vistas de las consecuencias del error, toda vez que de esa caracterización y evaluación se siguen determinados niveles de significancia estadística para establecer el balance entre falsos positivos y negativos, y se siguen, también, regulaciones con mayor o menor nivel de exigencia (por ejemplo, tener cierto margen de tolerancia para caracterizar a una célula como cancerígena implica considerar que

las dioxinas no son potencialmente cancerígenas e implica proponer regulaciones más flexibles sobre la calidad del agua potable).

Más allá de las críticas que pudieran presentarse a la posición de Douglas (Elliott, 2011 y 2013; Steel & Whyte, 2012), su marco de análisis resulta especialmente promisorio para abordar investigaciones en el campo de la salud porque pone de relieve la consideración de las consecuencias del error, elemento crucial a la hora de reflexionar en torno a dichas investigaciones. De hecho, la gran mayoría de los ejemplos trabajados por la canadiense corresponden a ese tipo de tareas. Como veremos, el caso de la investigación por la vacuna contra la COVID-19 cabe bajo estas consideraciones generales y no puede ser analizado sin contemplar el vínculo entre ciencia, valores y política como constitutivo no sólo de toda investigación sino también de toda *buena* investigación. Sin embargo, antes de adentrarnos en ese análisis proponemos una consideración de las razones específicas que alentaron directa o circunstancialmente la duda vacunal para la vacuna contra la COVID-19.

Ciencia, política y coronavirus

Aunque las representaciones sociales sobre las vacunas, su seguridad, su eficacia y las preferencias y rechazos que derivan de ellas son un fenómeno complejo y multicausal², hay un aspecto que resulta particularmente interesante si se considera a la luz de las relaciones entre ciencia y política. En el caso que nos ocupa, la “nacionalidad” de las vacunas operó como un factor muy importante en los discursos de desconfianza selectiva, por así decirlo. Mientras que la vacuna Sputnik V fue mencionada muchas veces como la “vacuna rusa” y las vacunas Sinovac y Sinopharm son referidas como las “vacunas chinas”

2 Una interesante muestra de ello puede verse en el informe del Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (LEDA/Lectura Mundi) y del Grupo de Estudios Críticos sobre Ideología y Democracia (GECID-IIGG/UBA), que refleja un estudio que pone en relación los “discursos de odio” con los rechazos y preferencias en relación con las vacunas (Cf. Ipar, Cuesta, Wegelin & Villarreal, 2021).

–tratándolas como si fueran lo mismo–, las vacunas Pfizer o Moderna no son en general presentadas como “vacunas estadounidenses” y la vacuna AstraZeneca es presentada como la “vacuna de Oxford”. Esta asimetría o doble vara, parece responder a una *maniobra estratégica* más general que apunta a lo político cuando se quiere generar desconfianza o rechazo frente a algo, mientras que en los casos que se consideran “exitosos” lo político desaparece: las vacunas malas son las desarrolladas por Estados, supuestamente comunistas, pero las buenas fueron desarrolladas por laboratorios con intereses científicos o a lo sumo comerciales y por Universidades de histórico prestigio.

Esta maniobra se replica en las advertencias sobre la efectividad y la seguridad de las vacunas que resultan de la consideración de la velocidad con la que se pudo disponer de ellas. En los inicios de la pandemia se generó una importante especulación respecto del tiempo en que sería posible contar con alguna vacuna. Tanto en medios de comunicación como en cursos de y para personal de salud, se insistió en que el desarrollo de una vacuna contra la COVID-19 llevaría años, dado que el desarrollo de vacunas había requerido típicamente 10 o 15 años. Este dato, matizado por algunas particularidades en lo que refiere a la pandemia actual, llevó a los más optimistas a sostener que no contaríamos con una vacuna sino hasta 2022 o con suerte hacia fines de 2021 (Thompson, 2020). Sobre la base de estas expectativas, la rapidez con las que se dispuso de vacunas constituyó para muchas personas una señal de alarma más que de alivio. El hecho de que las vacunas se apuraran por razones “políticas” y/o “económicas” parecía ser una buena razón para dudar de ellas. Incluso si se concedía que la velocidad no atentaba contra la eficacia, parecía que no podía sino resultar en una pobre investigación sobre su seguridad, al menos en lo que respecta a los efectos adversos de largo plazo. En efecto, si bien el proceso de desarrollo de esta vacuna resultó veloz por los desarrollos tecnológicos previos y con otros fines³ y por la inexistencia de obs-

3 Por ejemplo, como informa el CDC (Centers for Disease Control and Prevention) de EE.UU., la tecnología de vectores virales utilizada por AstraZeneca y Gamaleya

táculos financieros para desarrollar los procesos de investigación, la impresionante celeridad del caso, frente al prudente lapso de 10 o 15 años, se presentaba como una razón para desconfiar de las vacunas y para negarse, en consecuencia, a aplicárselas.

Así, nos encontramos con argumentos que reconocen el impacto de lo político o lo económico en el proceso de investigación científica, pero parecen pensar la relación, en línea con el ideal de ciencia libre de valores, en términos de una intromisión de un factor “externo” que puede distorsionar, falsear el proceso “puro” de investigación científica. Nótese además que en este contexto, mientras que la supuesta “aceleración” de los tiempos en el caso de la vacuna contra la COVID-19 es visto como un resultado de la intervención de un factor social, la no-aceleración en otros casos no es pensada como un fenómeno bajo influencia social. O, mejor dicho, sólo cuando el impacto de lo social se lee en clave negativa o distorsiva, la no-aceleración es vista como una “demora” que se explica en clave política o económica, como es el caso de la investigación sobre fármacos contra el mal de Chagas, por mencionar un ejemplo (Kreimer y Zabala, 2006). Ello es así, creemos, porque las supuestas “aceleraciones” o “demoras” parecen ser medidas con una vara de tiempos de investigación “normales” libres de toda injerencia social, política y económica, con la vara de los “tiempos de la biología”, o más generalmente, de los tiempos de “La Ciencia”. Este modo de abordar la cuestión constituye una nueva forma de la vieja sociología del error que admite la participación de factores sociales en ciencia sólo para explicar las creencias erradas o los procesos de investigación desviados, y que explica las creencias que se consideran verdaderas o los procesos correctos de investigación por una lógica o metodología objetiva, pura, no contaminada por lo extraepistémico (Bloor, 1976).

se comenzó a desarrollar en la década de 1970 y fue utilizada como vacunas para el control de brotes de Ébola (Centers for Disease Control and Prevention, 2021).

El desarrollo de vacunas antes y durante la pandemia

El dato acerca del tiempo requerido para la producción de vacunas aparece en el clásico libro de texto *Plotkin's Vaccines* (Plotkin *et al.* 2018). En efecto, en el capítulo 4, “The Vaccine Industry”, R. Gordon Douglas y Vijay B. Samant afirman que el tiempo total para el desarrollo de una vacuna es de 10 a 15 años. Aunque el texto no contiene una justificación clara respecto de los fundamentos para la elaboración de ese número, se ofrecen algunos “datos” que pretenden explicarlo. Por un lado, ofrecen un cuadro en el que consignan algunas vacunas y los tiempos que habría llevado su desarrollo, y por otro, en el momento de reconstrucción de las diferentes fases de desarrollo de las vacunas, los autores mencionan una duración estimada de un año para la Fase 1, de dos años para la Fase 2, de cinco años para la Fase 3, y de un año y medio o dos para la etapa de obtención de la licencia de aplicación. Ello da un total de unos diez años, y es plausible que allí esté el origen del número de 10 a 15 años, construido como se ve de un modo muy impreciso.⁴

Ahora bien, el intento mismo de “descubrir” una suerte de ley histórica del tiempo de producción de vacunas supone una cierta (in) comprensión de la actividad científica, que desconoce su carácter de actividad humana o social atravesada por una multiplicidad de factores tan complejos como diversos que hacen a la búsqueda de esa ley una tarea sin sentido. A nadie se le ocurriría ya, por ejemplo, buscar la duración estimada que podría llevar un fenómeno social como una revolución o una revuelta popular, o pretender que un promedio histórico de ello tenga algún valor predictivo. La pretensión de que ello tenga algún sentido para el caso de las vacunas descansa, creemos, en la idea de que la actividad científica, y tanto más cuanto se trata

4 R. Gordon Douglas y Vijay B. Samant señalan que la vacuna contra la varicela demoró 20-25 años para su aprobación; contra la influenza, 25-30 años; contra el papilomavirus humano, 14-16 años; contra el rotavirus, 14-16 años; y la combinación pediátrica de vacunas, 10-12 años (Plotkin *et. al.*, 2018, p.43). Promediando los tiempos de los casos presentados, el desarrollo llevaría entre 17 y 20 años, bastante más que el estimado que proponen.

de una ciencia natural, no es una actividad humana como cualquier otra, sino que responde (casi) exclusivamente a factores objetivos puros, no-humanos, susceptibles de ser cuantificados y a una lógica autónoma de descubrimiento e investigación que tiene tiempos propios bien establecidos. Más allá de esta cuestión, resulta interesante analizar cómo es el proceso habitual de desarrollo de vacunas a efectos de analizar y valorar los cambios que pudieran haber existido en relación con las vacunas contra la COVID-19.

El primer paso en el desarrollo de una vacuna es la etapa preclínica. En este momento se identifica el compuesto potencial, se realiza investigación *in vitro* y se evalúan los efectos adversos del preparado inmunobiológico en animales de experimentación, primero pequeños, como roedores, y luego más grandes. Los tiempos de esta primera etapa son muy difíciles de establecer dado que en gran parte dependen del conocimiento previo que se tenga, por ejemplo, del virus que genera la enfermedad. En el caso del coronavirus el proceso se vio favorecido por la secuenciación y publicación temprana del genoma del virus por parte de China.

La etapa clínica es la que más nos interesa porque es cuando se prueban las vacunas en seres humanos, cuya “aceleración” es lo que ha generado mayor desconfianza. Esta etapa suele dividirse en cuatro fases cuyas características son las siguientes:

- Fase 1: Permite detectar solamente los efectos adversos más comunes, así como establecer los datos iniciales de inmunogenicidad de la vacuna en ensayo e incluye en general menos de 100 voluntarios, adultos sanos. Luego, se analizan los resultados y sobre su base se solicita autorización para proceder a los estudios de fase 2. Además, se hace un seguimiento por un período entre uno y dos años.
- Fase 2: Incluye entre 50 y 100 personas, adultos sanos y otros grupos de edad, con diferentes concentraciones de antígeno comparados con dosis de placebo u otra vacuna ya estudiada.

Estos resultados permiten seleccionar la dosis óptima, la inmunogenicidad y describir las características de los efectos adversos. Esta fase suele desarrollarse durante uno o dos años.

- Fase 3: Es el estudio más amplio para evaluar seguridad y eficacia de la vacuna candidata. Se requieren como mínimo 15.000 voluntarios en cada rama (ej.: vacuna versus otra vacuna no incluida en el Calendario Nacional del país en el que se realiza el ensayo). El período de observación mínimo es de un año, aunque habitualmente se estudian durante períodos más prolongados. Los datos obtenidos de la vigilancia durante dos años son los presentados a la Autoridad Regulatoria con los de las otras fases para obtener la licencia de uso. Las regulaciones actuales desaconsejan el uso de placebo.
- Fase 4: Una vez aprobada y cuando la vacuna se ha comenzado a comercializar o a aplicar a mayor escala, se continúa con la investigación, con el objetivo principal de identificar efectos adversos infrecuentes, raros y muy raros –que por la menor frecuencia en su incidencia no pueden detectarse en las fases anteriores– así como también evaluar la administración simultánea con otras vacunas. Desde la aplicación de la vacuna se calculan unas seis semanas de seguimiento para evaluar la aparición de enfermedades (por ej. enfermedades neuronales graves como el síndrome de Guillain-Barré).

¿Qué cambios hubo en relación con el esquema de etapas y fases en el caso de las vacunas contra la COVID-19? En condiciones “normales” el proceso de investigación de vacunas llevaría, de acuerdo a los protocolos establecidos, entre 3 y 5 años, aunque como mencionamos en la práctica se han observado variaciones muy amplias. Hasta la pandemia actual, la vacuna que se había desarrollado más rápidamente era la vacuna contra la poliomielitis y la más lenta la vacuna tetravalente contra el dengue, cuya investigación duró unos 40 años, aunque los estudios de fase 3 se desarrollaron en menos de un

año y fue aprobada en 2019 por la FDA (Biswal, Borja-Tabora, Martínez Vargas *et al.*, 2020). En el caso del VIH, el virus fue descubierto en 1983 y se sigue trabajando en la vacuna, que recientemente ha ingresado en estudios de fase 3 (Janssen Vaccines & Prevention B.V., 2019). Ahora, si nos detenemos en la Fase 3 de la etapa clínica, los tiempos de estudio son significativamente menores. Por ejemplo, en el caso de la vacuna de Salk contra la Poliomielitis los estudios de fase 3 comenzaron el 23 de abril de 1954 y sus resultados se informaron apenas un año después, el 12 de abril de 1955, siendo inmediatamente autorizada y aplicada. Resulta importante mencionar que en ese contexto varios países atravesaban el brote más importante de polio que se haya registrado, por lo cual el anuncio de la efectividad de la vacuna despertó un descomunal entusiasmo en todo el mundo. El estudio involucró nada menos que 650.000 niños y niñas a los que se inoculó o bien la vacuna de Salk o bien un placebo, más un millón doscientos mil niños y niñas que conformaron un grupo de control a los que no se les aplicó ningún tratamiento. En el caso del Dengue, la vacuna DENGVAXIA fue aprobada recién en 2019 por las autoridades de Estados Unidos, país en cuyo territorio el Dengue no es endémico. En la carta de aprobación se consignan cuatro ensayos, uno de fase 2 realizado entre febrero de 2009 y febrero de 2014, y tres de fase 3, el primero de ellos comenzado en octubre de 2010 y finalizado en febrero de 2013, y los otros comenzados en junio de 2011 y finalizados en noviembre de 2017 y en abril de 2018 (U.S. Food and Drug Administration, 2018).

Para el caso de las vacunas contra la COVID-19, los tiempos fueron de hecho claramente menores. Son múltiples las razones que explican esta rapidez y que se suman a la obvia cuestión de la disponibilidad de recursos y a la utilización de desarrollos previos. En primer lugar, las fases 1, 2 y 3 fueron superpuestas o solapadas, es decir que las fases subsiguientes se fueron habilitando sin que estuvieran los resultados finales de las anteriores, aunque sí se contaban con resultados preliminares que permitían satisfacer los estándares

mínimos de eficacia y seguridad para avanzar con las siguientes etapas (BioNTech, 2020). Por ejemplo, esta superposición no implicó una reducción de la cantidad de voluntarios incluidos en cada una de ellas. De hecho, los estudios de las vacunas en general han incluido más cantidad de voluntarios que el mínimo recomendado, y dado que las vacunas fueron autorizadas para un uso de emergencia, una gran cantidad de estudios se siguieron realizando en todo el planeta.

Tabla 1

Vacuna	Voluntarios con vacuna	Voluntarios con placebo / grupo de control
Sputnik V	14.964	4.902
Pfizer	21.720	21.728
AstraZeneca	23.848	11.636 (Men ACWY y placebo)

Fuente tabla 1: Logunov, D. Y. et. al. (2021), Pollack, F. P. et. al. (2020) y Voysey, M. et. al. (2021).

Otro punto que generó desconfianza en las vacunas fue la eficacia de las vacunas contra la COVID-19. Con respecto a la eficacia debe considerarse el protocolo de inclusión de vacunas para uso de emergencia de la OMS. En el contexto de la pandemia de COVID-19 se cumplen todos los requisitos para la inclusión en ese listado: (i) que la enfermedad pueda causar un brote, una epidemia o una pandemia; (ii) que no haya productos disponibles que permitan erradicar o prevenir la enfermedad; (iii) que los productos se fabriquen respetando las buenas prácticas de producción; y (iv) que el solicitante de la autorización se comprometa a completar el desarrollo del producto y a solicitar la precalificación una vez obtenida la autorización. Además, la misma OMS ha determinado en sus “Consideraciones para la evaluación de vacunas COVID-19” publicadas el 25 de noviembre de 2020 que la eficacia primaria, para un test con grupo de control con placebo, debe ser al menos del 50% (Cf. OMS, 2020). En este punto se

aprecia una baja en relación, por ejemplo, al nivel de eficacia mínimo que componen las vacunas del Calendario Nacional, estipulado en un 73% para el caso de la vacuna BCG –aunque en promedio ese nivel es de aproximadamente el 85% (Ministerio de Salud de la Nación Argentina, 2008) –. Sin embargo, en casi todos los casos los porcentajes de eficacia de las vacunas que se están aplicando están muy por encima de ese mínimo exigible. Los reportes de eficacia de algunas de las vacunas contra la COVID-19 son los siguientes:

Tabla 2

Vacuna / Laboratorio	Eficacia
Sputnik V	91.6%
Pfizer	95%
AstraZeneca	70.4%
Moderna	94.1%
Sinopharm	79% vs. infección y 79% vs. hospitalización, 14 o más días después de la segunda dosis
Sinovac	51% vs. infección sintomática; 100% vs. infección severa y 100% vs. hospitalización, 14 o más días después de la segunda dosis
Janssen	85.4% vs. infección severa; 93.1 % vs. hospitalización

Fuente tabla 2: Organización Mundial de la Salud (OMS, 2021 a-f)

Llegamos así al que es quizás el punto que más desconfianza ha generado, a saber, la cuestión de los efectos adversos y fundamentalmente los de largo plazo. El nombre técnico es *evento supuestamente atribuible a la vacunación o inmunización* (ESAVI).⁵ Como ha recordado en manifestaciones públicas el inmunobiólogo Andrew L.

5 Los ESAVI por su frecuencia se clasifican en - Muy frecuentes o comunes: 1/10, - Frecuentes o comunes: 1/100 - Infrecuentes: > 1/100 - 1/1.000 - Raros: >1/1.000 – 1/10.000 - Muy raros: >1/10.000

Croxford, es necesario llamar la atención sobre una primera distinción. Se trata de la distinción entre los eventos adversos y su estudio en el caso de drogas o tratamientos que se diseñan para un uso crónico, como por ejemplo los medicamentos para tratar la hipertensión, y por otro lado en el caso de una práctica que se realizará unas pocas veces, como es el caso de las vacunas que se aplican un esquemas de una o dos dosis y refuerzos cada una cierta cantidad de tiempo. En el caso de los primeros se evalúan aspectos como la cancerogenicidad, la teratogenicidad (capacidad de causar daños congénitos) o la genotoxicidad (capacidad de causar daño en el material genético), y los datos sobre su seguridad se van acumulando a lo largo del tiempo.

En el caso de las vacunas, los eventos adversos o ESAVI, se pueden deber, en primer lugar, a los componentes de las vacunas, que son sustancias ya conocidas y que están presentes en muchos alimentos que consumimos a diario. Se trata en este caso de eventos adversos *extrínsecos*. Por otro lado, los eventos adversos intrínsecos son respuestas al proceso mismo de inmunización que se desencadena en el cuerpo humano luego de la inoculación del antígeno. Así, las reacciones adversas provocadas por los componentes de las vacunas son en general las que se producen al poco tiempo de la aplicación de las vacunas, como por ejemplo las reacciones alérgicas o las reacciones locales como dolor, hinchazón o enrojecimiento. Por otro lado, los efectos adversos generados por el proceso de inmunización pueden ser más complejas y las primeras conclusiones respecto de la frecuencia de aparición de tales eventos se obtienen a los seis meses de la aplicación de la vacuna. Ello es así porque la respuesta inmune del organismo frente a la vacuna se despliega durante algunos meses hasta que se estabiliza y comienza un lento retroceso de anticuerpos y de células T. Es por ello que los efectos adversos de este tipo, que son en general respuestas inadecuadas, por así decirlo, del sistema inmune se evalúan en las primeras semanas o meses luego de la inoculación. Más allá de ese tiempo el establecimiento de una correlación entre vacunación y desarrollo de efectos adversos se hace muy difícil,

y es por eso que el seguimiento clínico de las personas que participan en los ensayos clínicos suele ser, y no sólo en el caso de la COVID-19, de entre seis y doce meses.⁶ En efecto, y como puede verse en la tabla más abajo presentada en el documento de Recomendación sobre vacunas de la SADI, los efectos adversos graves de las vacunas del Calendario Nacional de vacunación suelen presentarse a los pocos días o semanas de la inoculación. En el caso de las vacunas contra la COVID-19, ninguna fue aprobada, siquiera en modalidad de emergencia, antes de los seis meses de comenzados los estudios de fase 3.

Tabla 3

Vacuna	Efecto adverso	Tiempo de presentación	Frecuencia / 1.000.000 dosis
BCG	Linfadenitis supurada Osteítis Diseminación	2 – 6 meses 1 – 12 meses 1 – 12 meses	100 - 1.000 1 – 700 2
HB	Anafilaxia	≤1 hora	1 – 2
Triple / Doble Viral	Convulsión febril Trombocitopenia Anafilaxia Meningoencefalitis a líquido cefalorraquídeo claro	5 – 12 días 15 – 35 días ≤1 hora > 5 días	333 33 1 - 50 0,002 – 1.160 dependiendo de la cepa de virus parotiditis
Sabin oral	Poliomielitis paralítica asociada a la vacuna	4 – 40 días	<1 – 3, 4 con primera dosis
dT	Neuritis del plexo braquial Absceso estéril Anafilaxia	2 – 28 días 1 – 6 semanas < 1 hora	5 – 10 6 – 10 1 – 6

6 La información acerca de los diferentes tiempos en el control de los efectos adversos, para una gran cantidad de estudios clínicos puede consultarse en el sitio <https://www.clinicaltrials.gov/> que contiene una base de datos de estudios públicos y privados de todo el mundo.

DPT	Llanto persistente > 3 horas	0 – 24 horas	1.000 – 60.000
	Convulsión febril	0 – 2 días	570 con las primeras dosis
	Síndrome de hiporrespuesta	0 – 24 horas	570
	Anafilaxia	< 1 hora	20
	Encefalopatía	0 – 3 días	0 – 1
Fiebre amarilla	Encefalitis	7 – 21 días	5 – 20
	Anafilaxia	< 1 hora	1 – 4
	Viscerotrópico	1 – 7 días	

Fuente: Recomendaciones sobre vacunas, actualización 2019. Comisión de Vacunas, SADI. (Bonvehí & Vázquez, 2019).

Lo dicho hasta aquí permite observar que las particularidades del proceso de desarrollo de vacunas contra la COVID-19 no pueden ser vistas como un caso de intromisión disruptiva de lo político o lo económico en la investigación científica. Antes bien, los resultados obtenidos muestran que las vacunas resultaron eficaces y seguras por lo que la obvia intervención de factores sociales en este caso debe considerarse como una intervención virtuosa que ha permitido un mejor control de la pandemia y que ha salvado incontables vidas.

Consideraciones finales

En este trabajo hemos sostenido que, independientemente de las fuertes motivaciones políticas, e incluso de las pujas geopolíticas que promueven una desconfianza, muchas veces selectiva, contra las diferentes vacunas disponibles para controlar la pandemia, más allá de todo ello, la desconfianza frente a las vacunas floreció en un terreno abonado con ideas epistemológicas comprometidas con algún modo de ideal de ciencia libre de política, por así decirlo. Esta desconfianza, articulada muchas veces en forma de argumentos pretendidamente científicos, se vincula con una maniobra más general de identificación de “lo político” con algo negativo y distorsivo, y se ha nutrido de

toda una serie de fantasías sobre los procesos de desarrollo y testeo de vacunas, sobre cuyo modo de realización hemos llamado la atención.

Como hemos afirmado, siguiendo a Douglas, el ideal de ciencia libre de valores es en efecto un mal ideal y contribuye incluso a socavar a la propia actividad científica en la medida en que, cuando se evidencian los siempre existentes vínculos entre ciencia y valores, ello no se convierte en una razón para revisar críticamente cuáles son los valores concretos que operan en ese caso, sino para desconfiar de la ciencia, generalmente mediante argumentos y comparaciones abstractas que alimentan y se alimentan de todo tipo de teorías conspirativas que refieren a entidades no del todo identificables como La Ciencia o Las Farmacéuticas, más que a *esta* investigación o a *aquella* empresa en particular. Tales comparaciones “en abstracto” subestiman y a veces desestiman algunos aspectos cruciales como, por ejemplo, y en relación con la pandemia actual, el carácter de emergencia sanitaria y la consecuente inversión de recursos económicos pero también intelectuales en la investigación de la vacuna contra la COVID-19, las enormes diferencias de tecnología empleadas en la investigación y producción para un caso y otro o la posibilidad de contar con plataformas de producción previamente existentes.

Uno de los aspectos en los que se han producido cambios en tales protocolos por razones valorativas es, como hemos visto, la cuestión de la eficacia mínima requerida por la OMS para recomendar una vacuna. Como hemos indicado, la OMS define que en emergencia las vacunas deben tener al menos 50% de eficacia. Esta decisión puede comprenderse a la luz del planteo de Douglas, que se ve en algún sentido “reflejado” en los considerandos de la propia OMS para dicho listado de emergencia. Es claro que la investigación para la producción de vacunas contra la COVID-19 tiene consecuencias que trascienden el campo estrictamente científico (podríamos preguntarnos si alguna investigación se exime de esta característica) y que la excepcionalidad del contexto impone sus condiciones. La efectiva incidencia de valores morales, sociales, políticos o económicos, esto es,

de aquellos valores que nos permiten ponderar el desastre sanitario, la irreparable pérdida de vidas, la pauperización de las condiciones de vida de un amplísimo sector de la sociedad producto de la baja en la actividad económica, la oportunidad de negocios de empresas farmacéuticas, de posicionamiento geopolítico de distintos países, etc. resulta, creemos, insoslayable. Ahora bien, el análisis del proceso de producción de las vacunas permite afirmar que esa incidencia es, retomando los términos de Douglas, indirecta, pues tales valores intervienen al momento de considerar los niveles de significancia estadística aceptable en relación a su riesgo y a sus consecuencias, pero no alteran significativamente las pautas y los tiempos mínimos requeridos para la investigación, a la vez que esos niveles de significancia estadística aceptable se evalúan siempre en contexto. De este modo, resulta evidente que en efecto pueden identificarse en el caso que nos ha ocupado factores valorativos en el centro de las decisiones científicas, pero ello no ha implicado disminuir la confiabilidad de las vacunas.

Esperamos que este trabajo haya contribuido no sólo a minar ciertas formas de duda vacunal, sino que además constituya un paso en dirección hacia una filosofía política del conocimiento que asuma que toda actividad científica está atravesada por distintos tipos de valores y que ello no necesariamente implica una pérdida de rigor, por así decirlo. Esta visión, creemos, debería tener mayor difusión, sobre todo entre las y los científicos que sostienen, muchas veces nominalmente, posiciones o teorías que sus propias prácticas desmienten. Es tan claro que en algunas circunstancias factores sociales, políticos, económicos pueden conducirnos a malas investigaciones y a malos resultados como que tales factores no están simplemente ausentes cuando las investigaciones son buenas investigaciones y sus resultados son considerados como valiosos. En otros términos, no es el compromiso con valores políticos lo que a veces resulta nocivo, sino el hecho de que muchas veces la investigación científica se guíe por ciertos valores en vez de por otros.

Agradecimientos

Agradecemos a las doctoras Silvia González Ayala y Patricia Mattarollo, docentes de la cátedra de Infectología de la Facultad de Ciencias Médicas (UNLP), por su generosidad y disposición para el intercambio de opiniones y bibliografía utilizada en esta investigación. Además, muchos de los puntos de vista y argumentos discutidos en este trabajo son resultado de conversaciones con Érica Busse Corbalán, a quien agradecemos por ello.

Referencias bibliográficas

- BioNTech (30 de abril 2020 - 21 de agosto 2021). “Study to Describe the Safety, Tolerability, Immunogenicity, and Efficacy of RNA Vaccine Candidates Against COVID-19 in Healthy Individuals. NCT04368728”. <https://clinicaltrials.gov/ct2/show/record/NCT04368728?term=NCT04368728&draw=1&rank=1>
- Biswal S., Borja-Tabora C., Martínez Vargas L., *et al.* (2020). “Efficacy of a tetravalent dengue vaccine in healthy children aged 4–16 years: a randomised, placebo-controlled, phase 3 trial”. *The Lancet*; 395 (10234):1423-1433.
- Bloor, D. (1976). *Knowledge and Social Imagery*. University of Chicago Press.
- Bonvehí, P. & Vázquez, H. (2019). Recomendaciones sobre vacunas. Actualización 2019. Comisión de Vacunas, Sociedad Argentina de Infectología. <https://www.sadi.org.ar/documentos/guias-recomendaciones-y-consensos/item/797-recomendaciones-sobre-vacunas-actualizacion-2019>
- Centers for Disease Control and Prevention (2021). Información sobre cómo actúan las vacunas de vectores virales contra el COVID-19. *Centers for Disease Control and Prevention*. <https://espanol.cdc.gov/coronavirus/2019-ncov/vaccines/different-vaccines/viralvector.html>

- Consuegra-Fernández, M. (2021). “El movimiento antivacunas: un aliado de la COVID-19”. *Revista Internacional De Pensamiento Político*, 15, 127–138. <https://doi.org/10.46661/revintpensampolit.5598>
- Douglas, H. (2000). “Inductive Risk and Values in Science”. *Philosophy of Science*, 67(4), 559-579.
- (2008). “The Role of Values in Expert Reasoning”. *Public Affairs Quarterly*, 22(1), 1-18.
- (2009). *Science, Policy and the Free-Value Ideal*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- (2016). “Values in Science”. *The Oxford Handbook in the Philosophy of Science*, 609–630.
- Elliott, K. (2011). “Direct and Indirect Roles for Values in Science”. *Philosophy of Science*, 78(2): 303-324. doi: <https://doi.org/10.1086/659222>
- (2013). “Douglas on Values: From Indirect Roles to Multiple Goals”. *Studies in History and Philosophy of Science*, 44(3): 375-83. doi: <https://doi.org/10.1016/j.shpsa.2013.06.003>
- Fuller, S. (1998). “De cómo Kuhn quitó mordiente a la historia de la ciencia y algunos pasos para devolvérselo”. Solís Santos, C. (Comp.). *Alta tensión: historia, filosofía y sociología de la ciencia: ensayos en memoria de Thomas Kuhn* (pp. 145-174). Buenos Aires: Paidós.
- Hussain, A., Ali, S., Ahmed, M. & Hussain, S. (2018). “The Anti-vaccination Movement: A Regression in Modern Medicine”. *Cureus*, 10(7), e2919. <https://doi.org/10.7759/cureus.2919>
- Ipar, E., Cuesta, M. Wegelin, M. & Villarreal, P. (2021). Informe LEDA #1. Discursos de odio en Argentina. Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (LEDA/Lectura Mundi) y Grupo de Estudios Críticos sobre Ideología y Democracia (GECID-IIGG/UBA). <http://www.unsam.edu.ar/leda/docs/Informe-LEDA-1-Discursos-de-odio-en-Argentina-b.pdf>

- Janssen Vaccines & Prevention B.V. (28 de mayo de 2019 - 1 de septiembre de 2021). A Study of Heterologous Vaccine Regimen of Adenovirus Serotype 26 Mosaic4 Human Immunodeficiency Virus(Ad26.Mos4.HIV), Adjuvanted Clade C gp140 and Mosaic gp140 to Prevent HIV-1 Infection Among Cis-gender Men and Transgender Individuals Who Have Sex With Cis-gender Men and/or Transgender Individuals. NCT03964415. <https://clinicaltrials.gov/ct2/show/NCT03964415?term=MOSAICO&cond=HIV+Infections&draw=2&rank=1>
- Kincaid, H., Dupré, J. & Wylie, A. (Eds.). (2007). *Value-free science? Ideals and Illusions*. Oxford; New York: Oxford University Press.
- Kreimer, P. y Zabala, J. P. (2006). “¿Qué conocimiento y para quién? Problemas sociales, producción y uso social de conocimientos científicos sobre la enfermedad de Chagas en Argentina”. *Redes* 12 (23), 49-78.
- Kulenkampff, M., Schwartzman, J. S. & Wilson, J. (1974). “Neurological complications of pertussis inoculation”. *Archives of disease in childhood*, 49(1), 46–49. <https://doi.org/10.1136/adc.49.1.46>
- Logunov, D. Y. *et al.* (2021). “Safety and efficacy of an rAd26 and rAd5 vector-based heterologous prime-boost COVID-19 vaccine: an interim analysis of a randomised controlled phase 3 trial in Russia”. *Lancet* (London, England), 397(10275), 671–681. doi [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(21\)00234-8](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(21)00234-8)
- Ministerio de Salud de la Nación Argentina (2008). Normas Nacionales de Vacunación. Carla Vizzotti (Jefa del Programa Nacional de Inmunizaciones). <https://bancos.salud.gob.ar/sites/default/files/2018-10/0000000042cnt-03-normas-vacunacion-08.pdf>
- Organización Mundial de la Salud (25 de noviembre de 2020). Considerations for Evaluation of Covid19 Vaccines. *World Health Organization*. https://extranet.who.int/pqweb/sites/default/files/documents/considerations-who-evaluation-of-covid-vaccine_v25_112020.pdf

- (2 de septiembre de 2021 a). The Janssen Ad26.COVID-19 vaccine: What you need to know. *World Health Organization*. <https://www.who.int/news-room/feature-stories/detail/the-j-j-covid-19-vaccine-what-you-need-to-know>
 - (2 de septiembre de 2021 b). The Sinopharm COVID-19 vaccine: What you need to know. *World Health Organization*. <https://www.who.int/news-room/feature-stories/detail/the-sinopharm-covid-19-vaccine-what-you-need-to-know>
 - (2 de septiembre de 2021 c). The Pfizer BioNTech (BNT162b2) COVID-19 vaccine: What you need to know. *World Health Organization*. <https://www.who.int/news-room/feature-stories/detail/who-can-take-the-pfizer-biontech-covid-19--vaccine>
 - (2 de septiembre de 2021 d). The Oxford/AstraZeneca COVID-19 vaccine: what you need to know. *World Health Organization*. <https://www.who.int/news-room/feature-stories/detail/the-oxford-astrazeneca-covid-19-vaccine-what-you-need-to-know>
 - (2 de septiembre de 2021 e). The Sinovac-CoronaVac COVID-19 vaccine: What you need to know. *World Health Organization*. <https://www.who.int/news-room/feature-stories/detail/the-sinovac-covid-19-vaccine-what-you-need-to-know>
 - (2 de septiembre de 2021 f). The Moderna COVID-19 (mRNA-1273) vaccine: what you need to know. *World Health Organization*. <https://www.who.int/news-room/feature-stories/detail/the-moderna-covid-19-mrna-1273-vaccine-what-you-need-to-know>
- Pestre, D. (2005). *Ciencia, dinero y política*. Buenos Aires: Buena Visión.
- Plotkin, S.A., Orenstein, W.A., Offit, P.A. & Edwards, K.M. (2018). *Plotkin's vaccines* (7th ed.). Philadelphia: Elsevier.
- Pollack, F. P. et al. (2020). "Safety and Efficacy of the BNT162b2 mRNA Covid-19 Vaccine". *New England Journal of Medicine* 383(27), 2603-2615. doi 10.1056/NEJMoa2034577
- Reisch, G. A. (2009). *Cómo la Guerra Fría transformó la filosofía de la ciencia: Hacia las heladas laderas de la lógica*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

- Steel, D., Whyte, K. P. (2012). “Environmental Justice, Values, and Scientific Expertise”. *Kennedy Institute of Ethics Journal*, 22(2): 163-182. doi: <https://doi.org/10.1353/ken.2012.0010>
- Thompson, S. (30 de abril de 2020). “How long will a vaccine really take?”. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/interactive/2020/04/30/opinion/coronavirus-covid-vaccine.html>
- U. S. Food and Drug Administration (2018). *BLA Clinical Review Memorandum*. Le Blanc, R. (revisor). <https://www.fda.gov/media/125480/download>
- Voysey, M. *et al.* (2021). “Safety and efficacy of the ChAdOx1 nCoV-19 vaccine (AZD1222) against SARS-CoV-2: an interim analysis of four randomised controlled trials in Brazil, South Africa, and the UK”. *Lancet* (London, England), 397(10269), 99–111. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)32661-1](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)32661-1)
- Wakefield AJ, Murch SH, Anthony A, Linnell J, Casson DM, Malik M, Berelowitz M, Dhillon AP, Thomson MA, Harvey P, Valentine A, Davies SE, Walker-Smith JA. (1998). “Ileal-lymphoid-nodular hyperplasia, non-specific colitis, and pervasive developmental disorder in children”. *Lancet*. 1998 Feb 28;351(9103):637-41. doi: 10.1016/s0140-6736(97)11096-0. Retraction in: *Lancet*. 2010 Feb 6;375(9713):445.
- Wolfe, R. M. & Sharp, L. K. (2002). “Anti-vaccinationists past and present”. *BMJ* (Clinical research ed.), 325(7361), 430–432. <https://doi.org/10.1136/bmj.325.7361.430>

La psicoterapia remota. Reflexiones epistemológicas sobre su implantación local durante la pandemia por COVID-19

Maximiliano Azcona

Introducción

En el marco de la emergencia sanitaria declarada por la Organización Mundial de la Salud debido a la propagación pandémica del virus SARS-CoV-2, el gobierno nacional argentino adoptó, desde el 20 de marzo de 2020, una serie de medidas extraordinarias a través del inaugural Decreto de Necesidad y Urgencia (DNU) 297/2020 “Aislamiento social preventivo y obligatorio” (ASPO), que marcó el inicio de la administración del aislamiento de la población, el cual fue adoptando modalidades diversas de acuerdo a las condiciones diferenciales de cada jurisdicción nacional; y prolongándose en las medidas de distanciamiento social preventivo y obligatorio (DISPO) en gran parte del territorio nacional.

Desde marzo del 2020 se limitó el ejercicio de la casi totalidad de las actividades laborales que implicaran el traslado y el encuentro con otras personas de modo presencial, con excepción de aquellas actividades y servicios declarados *esenciales* en la emergencia. Así,

gran parte de las prácticas en psicoterapia presencial, que no se computaban entre las causantes de excepción, se vieron interrumpidas. En el caso del territorio de la Provincia de Buenos Aires, el Gobierno de la Provincia autorizó cinco meses después, el 18 de agosto, la vuelta a la presencialidad de las actividades vinculadas al campo de la psicología, y algunos días después el Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires aprobó el “Protocolo de atención presencial en consultorio de psicología para la contingencia COVID-19” (Res. 1379/2020). Para el caso de la atención psicoterapéutica brindada por médicos psiquiatras, la habilitación de la práctica presencial, con las correspondientes medidas de bioseguridad, estaba posibilitada desde finales del mes de abril, si bien desalentada para casos que no revisitaran urgencia. De esta manera, entre el inicio del ASPO y la vuelta paulatina a la presencialidad, los y las profesionales a cargo de tratamientos psicoterapéuticos se encontraron ante la necesidad de hallar estrategias que permitieran sostener, y en muchos casos iniciar, el trabajo con pacientes a la distancia. Como la mayoría de las y los psicoterapeutas en Argentina trabaja en el ámbito privado (Klinar *et al.*, 2019), debieron apelar a modalidades de ejercicio de la psicoterapia hasta entonces poco frecuentes, mediadas por entornos virtuales y/o dispositivos telefónicos en el contexto de sus domicilios particulares. Así, las telecomunicaciones adquirieron una relevancia inusitada y provocaron un vuelco masivo de la atención psicoterapéutica hacia tales soportes remotos, tanto en el ámbito público de salud como en el privado (Hames *et al.*, 2020). Ante este panorama internacional, se ha comenzado a hablar del *movimiento hacia las prácticas en telepsicoterapia* como una revolución en salud mental (Pierce *et al.*, 2021).

En los apartados que siguen analizaremos: 1) con qué conocimientos, herramientas y experiencias sobre la *telepsicoterapia* contábamos antes de la pandemia; 2) cómo se han modificado las prácticas psicoterapéuticas en el ámbito local y a propósito del contexto de la pandemia; y 3) qué nos enseñan esas modificaciones respecto de la circulación y apropiación de los saberes producidos a partir de

la investigación psicológica y su relación con las experiencias clínicas sedimentadas en las tradiciones profesionales.

La telepsicoterapia a.C.

Las prácticas de atención psicológica remota no son resultado de la pandemia que atravesamos, sino que existen desde antes del coronavirus (a.C.). Surgieron a mediados del siglo pasado y han venido desarrollándose paulatinamente, primero con la llegada de internet y luego con la masificación de los sistemas de audio y video en tiempo real (Soto-Pérez *et al.*, 2010). Desde sus orígenes, una de las principales razones para el desarrollo de la psicoterapia remota ha sido la dificultad de diversos sectores poblacionales por acceder a los lugares y profesionales en los que se ofrece psicoterapia presencial especializada (Backhaus *et al.*, 2012).

En la literatura disponible, han circulado diferentes términos para designar esta práctica, tales como “psicoterapia basada en Internet”, “ciberterapia”, “psicoterapia remota”, “terapia virtual”, entre otros. En los últimos años, la Asociación de Psicología Norteamericana (APA), ha acuñado el término *telepsicología* para designar el uso de una serie de tecnologías de la telecomunicación para brindar servicios psicológicos (APA, 2013). Se han hecho posibles diferentes modos de integración de la tecnología a la psicoterapia: mediante el uso de recursos tecnológicos cotidianos (chat, *e-mails*, llamadas, videollamadas); a partir de intervenciones o recursos digitalizados específicos, conocidos como “psicoterapia asistida por computadora”; o con programas de autoayuda, que no incluyen ningún contacto con un terapeuta durante el tratamiento. Hasta hace no muchos años, el uso de tales tecnologías de modo sistemático y deliberado por parte de los psicoterapeutas de nuestra región era prácticamente nulo (Distéfano *et al.*, 2018).

Ahora bien, una revisión rápida de los conocimientos disponibles –previamente a la pandemia– sobre la naturaleza de la telepsicoterapia, sus posibilidades y obstáculos, nos hace notar que ya contamos

desde hace bastante tiempo con información significativa. Veamos sintéticamente algunas de tales cuestiones.

Diversos estudios han mostrado que el vínculo terapéutico remoto puede sostenerse perfectamente cuando se encuentra mediado por tecnologías (Cataldo *et al.*, 2021). Teniendo en cuenta que la “alianza terapéutica” es el mejor predictor del éxito terapéutico –es decir, mayores grados de fortaleza relacional entre paciente y terapeuta correlacionan significativamente con mejores resultados y cambios clínicos– no es un dato menor que la virtualidad permite generar vínculos terapéuticos propicios sin estar cara a cara (Roussos y Braun, 2018). Otras investigaciones de las últimas décadas han aportado evidencias para creer que, si están dadas las condiciones, es posible efectuar la mayoría de las intervenciones psicoterapéuticas sin estar cara a cara (Feijó, Silva y Benetti, 2018). Tales condiciones tienen que ver con el diagnóstico y la gravedad de la presentación, así como con la edad de los pacientes y con la accesibilidad de la que dispongan pacientes y terapeutas para los recursos tecnológicos necesarios. Antes de la presente pandemia, contábamos con información sobre la predisposición de los usuarios hacia los entornos remotos. Así, por ejemplo, sabíamos que los pacientes tienen una actitud positiva hacia la atención remota (Botella *et al.*, 2009).

Desde hace bastante tiempo la investigación en telepsicoterapia ha abierto diversas líneas de indagación sobre aspectos específicos, vinculados con diferentes variables y tendientes a comprender mejor qué cambia y qué se mantiene en la atención remota respecto de la presencial. Entre tales líneas, podemos nombrar estudios que versan sobre la percepción parcial del lenguaje corporal, o sobre la visibilidad reducida de las microexpresiones faciales, la falta de contacto ocular mutuo, la calidad del audio y video, la detección de los matices de la voz y la variación en los niveles de confianza y empatía (Ceberio, 2009; Fletcher-Tomenius y Vossler, 2009; Walther, Gay y Hancock, 2006). Además, se habían consignado riesgos potenciales previsible al virtualizar la psicoterapia, vinculados al

uso de la tecnología y al cuidado de la información (Schwartz y Lonborg, 2011).

Pese a ello, un robusto conjunto de resultados respalda, desde hace varios años, la conclusión de que la telepsicoterapia es una práctica efectiva: se disponía de evidencia sobre su eficacia en el tratamiento de una amplia gama de psicopatologías (Poletti *et al.*, 2020). Recordemos que, aun así, se trataba de una práctica internacional y localmente realizada por un sector muy minoritario de psicoterapeutas (Bunge *et al.*, 2009; Distéfano *et al.*, 2015), generalmente a partir de tratamientos que comenzaban convencionalmente pero no podían continuar de ese modo (Miró, 2007).

El hecho de que no se tratara de una práctica habitual, podemos suponer, contribuyó a que las conceptualizaciones teórico-clínicas específicas, tendientes a su desarrollo en el marco de los diversos modelos psicoterapéuticos más utilizados, hayan estado relegadas en los programas de formación clínica y en las agendas de investigación psicoterapéutica.

La telepsicoterapia d.C.

La práctica psicoterapéutica presencial fue durante mucho tiempo concebida como “la regla” y la práctica a distancia vista como una excepción utilizable sólo bajo circunstancias especiales que lo requirieran. Al igual que sucede con la gran mayoría de las experiencias nuevas, la psicoterapia a distancia nació y creció bajo una mirada generalizada de desconfianza, temor y renuencia (Van Daele *et al.*, 2020; Pierce *et al.*, 2019).

Esta situación se revirtió súbitamente en todo el mundo en cuestión de semanas: la telepsicoterapia, que tiempo atrás podía ser una opción no muy convincente para la mayoría, devino en la única alternativa posible. Dado que la situación no permitió una transición progresiva o un período de prueba para su implementación masiva, se hicieron evidentes de manera abrupta una serie de requisitos y adaptaciones específicas necesarias para hacer frente a los cambios. Entre

ellas, la disponibilidad de un equipamiento apropiado, incluidas una eficiente conexión a internet, dispositivos adecuados y herramientas tecnológicas –especialmente, las aplicaciones requeridas–. Del mismo modo, disponer de un espacio apropiado y que cumpla con la privacidad indispensable para sostener los encuentros –tanto para terapeutas como para usuarios– constituyó un factor condicionante para su aplicación (Poletti *et al.*, 2020).

Ahora bien, en lo relativo a la percepción de les profesionales que ejercen la psicoterapia en nuestro ámbito local, se ha podido constatar que se ha producido un marcado cambio de opinión sobre la psicoterapia remota (Azcona *et al.*, 2021). En el relevamiento que nuestro equipo¹ ha realizado, la enorme mayoría de les psicoterapeutas (98,8%) ha realizado psicoterapia remota en algún momento durante el ASPO y sólo una parte pequeña la había realizado antes del ASPO (12,1%). Además, para el mes de octubre de 2020, el retorno a la presencialidad había sido sólo parcial –pese a estar permitido– y la gran mayoría (85,3%) afirmaba que continuaría trabajando, parcial o totalmente, de manera remota (*ibíd.*). En sintonía con lo que se pudo relevar en otras latitudes (Martin *et al.*, 2020), aquí se pudo constatar que pacientes y psicoterapeutas han experimentado importantes beneficios de la atención remota, como evitarse el traslado, acceder desde lugares alejados, ahorrar tiempo y dinero, etc. (Azcona, *op. cit.*).

Llegados a este punto, cabe preguntarnos: ¿qué factores permiten explicar mejor este fenómeno de cambio de perspectiva sobre la telepsicoterapia? Y, también, ¿incidió de alguna manera el conocimiento previamente disponible en tal modificación? Si tenemos en cuenta que previo a la pandemia la mayoría de les profesionales no tenía capacitación previa en telepsicoterapia ni tenía conocimientos

1 Docentes, becarios e investigadores de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata hemos realizado un primer relevamiento empírico de las experiencias y perspectivas de les psicoterapeutas de la ciudad de La Plata y alrededores, con vistas a continuar esa línea de investigación como un estudio longitudinal. Integran dicho equipo: Ángel Roldán, Lucía Soria, Ramiro Garzaniti, Celeste Labaronnie, Fernando Manzini, Maite Lardizábal, Pilar Bolpe y quien escribe.

específicos sobre su efectividad clínica, condiciones de posibilidad ni requerimientos éticos y técnicos; y que mantenía una opinión adversa que luego devino en una perspectiva favorable en cuestión de semanas, entonces podemos suponer que *la experiencia personal y colectiva ha sido el principal factor del cambio de perspectiva respecto del tema.*

Esta apelación a la experiencia clínica directa no es un fenómeno aislado producto de la situación excepcional. De hecho, antes de la pandemia por COVID-19, la mayoría de los terapeutas que recomendaban o no la práctica de la telepsicoterapia lo hacían en base a su propia experiencia clínica, utilizando viñetas clínicas de sus propios casos, pero sin ninguna medición sistemática o por referencia a resultados de investigación (Ehrlich, 2019). Esto nos permite hacer algunas consideraciones epistemológicas sobre la construcción y circulación del conocimiento en nuestra disciplina: a) evidentemente, pese a la existencia previa de conocimiento específico de dominio público –en este caso sobre la telepsicología–, prepondera una significativa *falta de aprovechamiento* por parte de las comunidades de psicoterapeutas; b) lo cual nos debería conducir a indagar las razones por las que ello sucede, enfocando el papel que desempeñan los dogmas, las costumbres y la desconfianza a lo nuevo; y c) también correspondería que profundicemos en el rol de las razones extraepistémicas en la motorización de los cambios en las creencias y prácticas. Si bien este no es un tópico nuevo en los estudios sobre el conocimiento científico en general y psicológico en particular, no por ello es menos imperioso su abordaje.

Considerando que lo que mejor explica el repentino cambio de opinión sobre la telepsicoterapia en profesionales que antes de la COVID-19 se mostraban renuentes a su utilización –pese a la preexistencia de conocimientos decisivos– y que desde el 2020 comenzaron masivamente a realizarla y a ponderarla positivamente, parecieran ser factores valorativos apoyados en el conservadurismo de las tradiciones disciplinares que cimientan las experiencias personales.

Cabe preguntarnos, entonces: ¿Cuántos otros prejuicios arraigados impedirán la exploración de alternativas en el trabajo clínico? ¿Cómo propiciar una actitud diferente sobre la producción y circulación de saberes que la investigación reporta útiles y beneficiosos para el ejercicio clínico?

El problema de la brecha existente entre la investigación en psicoterapia y la práctica clínica

Quisiera aprovechar los interrogantes planteados en el apartado previo para dirigirme hacia el problema de la brecha existente entre la investigación en psicoterapia y la práctica clínica.

Dicho problema generalmente se enfoca como una dificultad de los investigadores en psicoterapia para lograr resultados que impacten significativamente en la praxis cotidiana de los clínicos. Y ello se debe a una serie de razones, que podemos mencionar brevemente: 1) en primer lugar, el llamado *problema de validez externa*, referido al hecho de que muchas veces el conocimiento producido no es representativo de amplios sectores de la población mundial: la mayoría de las investigaciones en psicoterapia se realiza en países centrales (ricos, industrializados, democráticos) y sobre personas occidentales, blancas, de nivel educativo y socioeconómico medio. 2) En segundo lugar, las limitaciones que presentan los *ensayos controlados aleatorizados*: su frecuente focalización en síntomas y categorías nosológicas discretas (van Os *et al.*, 2019); la recurrente falta de representatividad de las muestras (Weisz *et al.* 2017); la apelación a criterios de efectividad a partir de medias grupales, invisibilizando así las trayectorias individuales y la variabilidad (Barkham *et al.*, 2018); entre otras. Todo ello contribuye a una rigidez procedimental en aras de asegurar una pretendida rigurosidad experimental (Beutler y Forrester, 2014), que no ha podido sortear cosas tan básicas como los sesgos por lealtad al modelo por parte de los actores del proceso (clínicos, supervisores, revisores, editores) (Perepletchikova *et al.*, 2007). Además, como es sabido, hay modelos teóricos que se avienen mejor a los es-

tudios con ensayos controlados aleatorizados, y por ende desde tales modelos se obtiene mayor cantidad de resultados de investigación. En lo que respecta a los estudios de eficacia terapéutica, ello conduce a una confusión habitual: suponer que un modelo que cuenta con mayor cantidad de pruebas sobre su efectividad es lo mismo que decir que ese es un modelo más eficaz. 3) En tercer lugar, el hecho de que la investigación hegemónica en psicoterapia se rige por un *modelo de desarrollo unidireccional*: el conocimiento debe generarse en la investigación y luego aplicarse clínicamente. Esto propicia, entre otras cosas, que el lenguaje de los investigadores tienda a alejarse de las posibilidades de comprensión de los clínicos y que la realidad de las problemáticas clínicas permanezca a una distancia considerable de las agendas de investigación. Como contrapartida de ello, se han originado perspectivas tendientes a propiciar una mayor integración entre el saber-hacer clínico con la investigación pasible de ser efectuada en entornos clínicos cotidianos, como por ejemplo el movimiento de la “evidencia basada en la práctica” (Barkham *et al.*, 2010) o la “investigación orientada por la práctica” (Castonguay y Muran, 2017), que persiguen modelos de investigación basados en una mayor colaboración entre clínicos e investigadores (Fernández-Álvarez *et. al.*, 2020).

Los anteriormente mencionados –y otros que podrían añadirse– constituyen aspectos significativos de una forma de mirar el problema de la distancia entre la investigación y la práctica clínica que pone el énfasis en lo que los investigadores deberían mejorar para volver su producto mucho más aprovechable a la tarea cotidiana de los clínicos. Aunque podemos coincidir con ese señalamiento, ello no debería llevarnos a omitir la responsabilidad que las comunidades de clínicos tienen respecto al mejoramiento del ejercicio de su praxis. A tal efecto, el reseñado cambio súbito de opinión respecto de la telepsicoterapia, quizás nos permita visualizar otras aristas que también valdría la pena considerar y que suelen quedar relegadas en los análisis que frecuentemente se hacen en torno al tópico en cuestión.

Me refiero al rol de los prejuicios, el conservadurismo de las tradiciones y el papel de la experiencia personal y colectiva en la fijación de creencias en la comunidad de psicoterapeutas. La racionalización de los dogmas, en defensa de la ortodoxia, pareciera haber dificultado la apropiación de la psicoterapia remota antes de la pandemia por COVID-19. En ese sentido, pareciera que la apelación a la experiencia personal y colectiva permanece subestimada respecto de la posibilidad de disponer y acceder a “evidencia empírica”, y no sólo porque les clínicos no leen reportes de investigación con asiduidad (Tortella-Feliu *et al.*, 2016) sino porque la racionalidad y dinamismo de sus prácticas rebasan ampliamente la producción de resultados investigativos con los mejores estándares de prueba.

Por ello, a la pregunta sobre cómo volver clínicamente significativa la investigación empírica podríamos adosarles algunas otras: ¿De qué modo promover la apertura de les clínicos hacia nuevas experiencias basadas en el conocimiento disponible?, ¿cómo motivar la revisión de las creencias en las comunidades psicoterapéuticas?, ¿cómo promover mayor racionalidad en las dinámicas de producción y circulación de los saberes psicológicos? La pandemia que estamos atravesando vino a mostrarnos, entre otras cosas, la necesidad de reflexionar también sobre tales cuestiones. La esperanza de avanzar hacia una nueva normalidad habiendo aprendido lo máximo posible no debería ser negociable.

Conclusiones

Aunque previo a la pandemia de COVID-19 la atención remota era efectuada sólo por un sector muy menor de psicoterapeutas, el contexto del ASPO ha derivado en una masificación inusitada de tales prácticas. En la medida en que psicoterapeutas y pacientes continúen apreciando cada vez más su valor, parece plausible suponer que la atención remota seguirá existiendo en un futuro cercano y en un grado mucho más significativo que el registrado antes de la COVID-19. Así como hay situaciones para las que no es posible o recomendable

la atención remota, hay otras para las cuales resulta sumamente ventajosa; de modo que probablemente estemos ante una modalidad de práctica de la salud que ha llegado para quedarse y para complementar la atención presencial tradicional.

Por ello, toda reflexión que podamos hacer sobre el curioso modo en que una práctica previamente resistida ha logrado instalarse como una opción válida y preferible, constituye una oportunidad para continuar elucidando las dinámicas de producción y circulación de conocimientos psicológicos en nuestro ámbito local que sería una pena desaprovechar.

Referencias bibliográficas

- American Psychological Association. (2013). *Guidelines for the practice of telepsychology*. <https://www.apa.org/practice/guidelines/telepsychology>
- Azcona, M.; Roldán, Á.; Soria, L.; Garzaniti, R.; Labaronnie, C.; Manzini, F.; Lardizábal, M. y Bolpe, P. (en prensa). “La telepsicoterapia durante el COVID-19: incidencia de la capacitación y del ámbito laboral de los terapeutas”.
- Backhaus, A., Agha, Z., Maglione, M. L., Repp, A., Ross, B., Zuest, D., ... & Thorp, S. R. (2012). “Videoconferencing psychotherapy: a systematic review”. *Psychological services*, 9(2), 111.
- Barkham, M., Delgadoillo, J., Firth, N. y Saxon, D. (2018). “Practice-based evidence and the law of variability in psychological treatment”. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, 27, 115– 135.
- Barkham, M.; Hardy, G.; & Mellor-Clark, J. (Eds.). (2010). *Developing and delivering practice-based evidence: A guide for the psychological therapies*. John Wiley & Sons.
- Beutler, L. E., & Forrester, B. (2014). “What needs to change: Moving from ‘research informed’ practice to ‘empirically effective’ practice”. *Journal of Psychotherapy Integration*, 24(3), 168.
- Botella, C.; Quero, S.; Serrano-Zárate, B.; Baños, R.; & Díaz-García, A. (2009). “Avances en los tratamientos psicológicos: la utiliza-

- ción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación”. *Anuario de psicología*, 40(2), 155-170.
- Bunge, E.; López, P.; Mandil, J.; Gomar, M. y Borgialli, R. (2009). “Actitudes de los terapeutas argentinos hacia la incorporación de nuevas tecnologías en psicoterapia”. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*; 18(3): 209-216.
- Castonguay, L., & Muran, J. C. (Eds.). (2017). *Practice-oriented research in psychotherapy: Building partnerships between clinicians and researchers*. Routledge.
- Cataldo, F.; Chang, S.; Mendoza, A. & Buchanan, G. (2021). “A Perspective on Client-Psychologist Relationships in Videoconferencing Psychotherapy: Literature Review”. *JMIR mental health*, 8(2), e19004.
- Ceberio, M. R. (2009). *Cuerpo, Espacio y Movimiento en Psicoterapia: el cuerpo del terapeuta como herramienta de intervención*. Buenos Aires: Teseo.
- Distéfano, M. J., Cataldo, G., Mongelo, M. C., Mesurado, B., & Lamas, M. C. (2018). “Conocimiento y uso de tecnologías digitales en psicoterapia entre los psicólogos de Buenos Aires”. *Perspectivas en Psicología: Revista de Psicología y Ciencias Afines*, 15(1), 79-89.
- Distéfano, M. J.; Mongelo, M. C.; OConor, J. y Lamas, M. C. (2015). “Psicoterapia y tecnología: implicancias y desafíos en la inserción de recursos innovadores en la práctica clínica argentina”. *Revista electrónica de psicología Iztacala*, 18(4), 1342-1362.
- Ehrlich, L. T. (2019). “Teleanalysis: Slippery Slope or Rich Opportunity?”. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 67(2), 249-279.
- Feijó, L. Paris, Silva, N., y Benetti, S. (2018). “Impacto das Tecnologias de Informação e Comunicação na Técnica Psicoterápica Psicanalítica”. *Temas em Psicologia*, 26(3), 1633-1647.
- Fernández-Álvarez, J., Prado-Abril, J., Sánchez Reales, S., Molinari, G., Gómez Penedo, J. M., & Youn, S. J. (2020). “La brecha entre la investigación y la práctica clínica: hacia la integración de la psicoterapia”. *Papeles del Psicólogo*, 41, 81-90. <https://doi.org/10.23923/pap.psicol2020.2932>

- Fletcher-Tomenius, L. and Vossler, A. (2009). "Trust in Online Therapeutic Relationships: The Therapist's Experience". *Counselling Psychology Review*, 24(2) pp. 24–34.
- Hames, J. L., Bell, D. J., Perez-Lima, L. M., Holm-Denoma, J. M., Rooney, T., Charles, N. E., Hoerstring, R. C. (2020). "Navigating uncharted waters: Considerations for training clinics in the rapid transition to telepsychology and telesupervision during COVID-19". *Journal of Psychotherapy Integration*, 30(2), 348-365.
- Klinar, D., Gago, P. y Alonso, M. M. (2019). "Distribución ocupacional de los/as psicólogos/as en la República Argentina relevamiento 2019". XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Martin, J. N., Millán, F., & Campbell, L. F. (2020). "Telepsychology practice: Primer and first steps". *Practice Innovations*, 5(2), 114.
- Miró, J. (2007). "Psicoterapia y nuevas tecnologías". *Cuadernos de medicina psicosomática y psiquiatría de enlace*, 81, 15-20.
- Perepletchikova, F., Treat, T. A. y Kazdin, A. E. (2007). "Treatment integrity in psychotherapy research: Analysis of the studies and examination of the associated factors". *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 75, 829-841.
- Pierce, B. S., Perrin, P. B., & McDonald, S. D. (2019). "Path analytic modeling of psychologists' openness to performing clinical work with telepsychology: A national study". *Journal of Clinical Psychology*, 2019, 1-16. <https://doi.org/10.1002/jclp.22851>
- Pierce, B. S., Perrin, P. B., Tyler, C. M., McKee, G. B., & Watson, J. D. (2021). "The COVID-19 telepsychology revolution: A national study of pandemic-based changes in U.S. mental health care delivery". *The American Psychologist*, 76(1), 14-25. <http://dx.doi.org/10.1037/amp0000722>

- Poletti, B., Tagini, S., Brugnera, A., Parolin, L., Pievani, L., Ferrucci, R., Compare, A., & Silani, V. (2020). "Telepsychotherapy: A leaflet for psychotherapists in the age of COVID-19. A review of the evidence". *Counselling Psychology Quarterly*. <https://doi.org/10.1080/09515070.2020.1769557>
- Roussos, A., & Braun, M. (2018). "Psicoterapia y tecnologías de información y comunicación. Psicoterapia 2.0". *Enciclopedia Argentina de Salud Mental*.
- Schwartz, T. J., & Lonborg, S. D. (2011). "Security management in telepsychology". *Professional Psychology: Research and Practice*, 42(6), 419–425. <https://doi.org/10.1037/a0026102>
- Soto-Pérez, F., Franco Martín, M. Á., Monardes Seemann, C., & Jiménez Gómez, F. (2010). "Internet y psicología clínica: Revisión de las ciber-terapias". *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 15(1), 19-37.
- Tortella-Feliu, M., Vázquez, C., Valiente, C., Quero, S., Soler, J., Montorio, I., & Baños, R. M. (2016). "Retos en el desarrollo de intervenciones psicológicas y la práctica asistencial en salud mental". *Clínica y Salud*, 27(2), 65-71.
- Van Daele, T., Karekla, M., Kassianos, A. P., Compare, A., Haddouk, L., Salgado, J., Ebert, D. D., Trebbi, G., Bernaerts, S., Van Assche, E., & De Witte, N. A. J. (2020). "Recommendations for policy and practice of telepsychotherapy and e-mental health in Europe and beyond". *Journal of Psychotherapy Integration*, 30(2), 160–173. <https://doi.org/10.1037/int0000218>
- van Os, J., Guloksuz, S., Vijn, T. W., Hafkenscheid, A., y Delespaul, P. (2019). "The evidence based group level symptom reduction model as the organizing principle for mental health care: time for change?". *World Psychiatry*, 18(1), 88-96.
- Walther J, Gay G, Hancock J. (2006). "How do communication and technology researchers study the internet? ". *J Commun*, 55(3):632-657.

Weisz, J. R., Kuppens, S., Ng, M. Y., Eckshtain, D., Ugueto, A. M., Vaughn-Coaxum, R., Jensen-Doss, A., Hawley, K. M., Krumholz Marchette, L. S., Chu, B. C., Weersing, V. R., y Fordwood, S. R. (2017). “What five decades of research tells us about the effects of youth psychological therapy: A multilevel meta-analysis and implications for science and practice”. *American Psychologist*, 72(2), 79-117. <https://doi.org/10.1037/a0040360>

Deformación profesional: notas sobre filosofía, pandemia y ansiedad

Tatiana Staroselsky

Introducción

Los diferentes oficios tienen sus estrategias para lidiar con la ansiedad, que son también sus formas de ponerse en marcha. A partir de la declaración de la pandemia de la COVID-19 leímos sociólogos desplegando gráficos y proyecciones, psicólogos espantados tratando de adivinar las marcas que dejará esto en nuestra ya precaria vida psíquica y economistas preocupados por el mercado como si se tratara de su mamá conectada a un respirador. En este contexto, la filosofía hizo también lo que pudo y entregó escritos variados. Un año y medio después de su contexto de producción, vale la pena intentar leer en algunos de aquellos textos afiebrados algo más que lo atinado o equivocado de las diferentes predicciones que arriesgan.

En este ensayo me propongo, específicamente, buscar en esos textos pistas de los modos que encuentra la filosofía actual para lidiar con el presente. Con ese objetivo, ofrezco una lectura de algunos textos compilados en *Sopa de Wuhan* para explorar el cómo de la escritura filosófica en situación. Se trata de un libro de la editorial ASPO,

que compila columnas y notas publicadas por filósofos y otros intelectuales en diferentes medios de comunicación, y que busca, como se lee en la “Nota editorial” que acompaña la edición, “reflejar las polémicas recientes en torno a los escenarios que se abren con la pandemia del Coronavirus, las miradas sobre el presente y las hipótesis sobre el futuro” (Amadeo, 2020a, p. 13). ASPO, la editorial creada por Pablo Amadeo, lleva editados tres libros. En el caso de *Sopa de Wuhan*, el trabajo fue compilar textos disponibles en internet durante el primer mes de la pandemia, generando “una captura de pantalla (en movimiento)” (Amadeo, 2020b, p.13). En *La Fiebre*, la compilación de textos publicados en diferentes medios se conjugó con la publicación de escritos producidos para el libro desde América del Sur –con la excepción de un texto breve de Agamben–. Por último, *Posnormales* se despegó de los medios y entregó textos originales con un ritmo menos apegado a las primeras impresiones espantadas que caracterizaron al primer mes de la era COVID.

Antes de comenzar, cabe realizar tres aclaraciones. En primer lugar, que este análisis renuncia a la pretensión de exhaustividad: no me ocupo aquí de todos los modos en que quienes hacemos filosofía lidiamos con la pandemia, y lo que queda afuera –empezando por todas las formas de la docencia– no es poco. En segundo lugar, que ningún extravío intelectual, que ningún mal texto, es suficiente para opacar la importancia del gesto que se produce toda vez que un filósofo cree que lo que está pasando en el mundo es suficientemente importante como para desviarlo al menos un rato de su última obsesión o de la corrida contra algún *deadline*. En tercer lugar, que los escritos de *Sopa de Wuhan* son, como no podrían dejar de serlo, textos ansiosos: datan de marzo del 2020, cuando lo novedoso de la situación era su rasgo más pregnante. Aun así y como argumentaré a continuación, los filósofos que allí escribieron desplegaron ansiedades específicas en las que me parece interesante detenerse. Es por ello que me referiré a continuación a dos tendencias que aparecen de forma recurrente en este conjunto de textos y que considero que ayudan a comprender

y problematizar la forma (o mejor *una* forma) en que la filosofía lidia (o evita lidiar) con algo así como el mundo, en tanto dejan en evidencia dos aspectos de nuestra deformación profesional que considero que es interesante revisar: el miedo al presente y el miedo al engaño.

Miedo al presente

El pavor al presente se materializa en los textos filosóficos que analizan la pandemia en, digamos, dos huidas previsibles cuando el ahora abrumba: la huida hacia el pasado y la huida hacia el futuro. En la primera estrategia el pensamiento tiende a dirigirse a las causas primeras: ¿Cómo llegamos a esta situación?, ¿es o no nuestra culpa?, ¿era previsible?, ¿se podía haber prevenido?, ¿cuál es el pecado original de la humanidad que nos trajo hasta acá?, son algunas de las preguntas que aparecen en este registro. Otra forma de escape hacia el pasado tiende a ir en busca de etimologías o tras los rastros de la historia conceptual: por ejemplo, Giorgio Agamben se remonta al 1500 para ofrecer una historia del concepto de contagio (2020b, p.31) y Paul Preciado (2020) estudia el vínculo histórico entre inmunidad y comunidad.

Quienes tienden a escapar hacia adelante, por su parte, persiguen las consecuencias finales. En el contexto actual, la estrategia se basó en proyectar mundos posibles y su resultado fueron futuros de lo más disímiles que abarcan utopías y distopías sumamente variadas. De un lado, optimistas del cambio de paradigma que creen que de la crisis salimos mejores, o al menos comunistas. Representante estrella de este enfoque, Slavoj Žižek ha sostenido que “el Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de Kill Bill y podría conducir a la reinención del comunismo” (2020, p.21). En la vereda de enfrente, nihilistas de los de toda la vida tendieron a sospechar que, como mucho, logramos salir. Byung-Chul Han, por ejemplo, dedica su primera reflexión sobre la pandemia al “mundo del mañana” (2020, p.97). Allí, dice que Žižek se equivoca en su entusiasmo comunista y arriesga otra predicción:

China podrá vender ahora su Estado policial digital como un modelo de éxito contra la pandemia. China exhibirá la superioridad de su sistema aún con más orgullo. Y tras la pandemia, el capitalismo continuará aún con más pujanza. Y los turistas seguirán pisoteando el planeta. (Han, 2020, p.110)

Agamben también se sumó al equipo de los pesimistas y sostuvo que lo que se busca imponer es un futuro en el que “dejemos de reunirnos y hablar por razones políticas o culturales y sólo intercambie- mos mensajes digitales; que en la medida de lo posible las máquinas sustituyan todo contacto –todo contagio– entre los seres humanos” (Agamben, 2020b, p.33)¹.

El director de teatro Rafael Spregelburg se refirió a estas predicciones en su texto “El año del cochino”, publicado en *La fiebre* (2020): como Ludovica Squirru, la mediática astróloga argentina de los años 90, Žižek y Han se vieron tentados a predecir. Comprensivo y poco solemne, el autor del texto se ríe un poco de algunas pretensiones intelectuales desvariadas, pero entiende que fue un momento raro para los grandes pensadores: hacía rato que no había tanto público para la filosofía, tanta demanda de sentido. En *Posnormales*, Leonora Djament reflexiona sobre esta tendencia a crear ficciones sobre el futuro. En sus palabras:

Como pocas veces en la historia, si se me permite la exageración, la escatología se volvió una narrativa cotidiana, desde la futurología indocumentada hasta la prospección

1 Es importante señalar que Agamben matizó su postura respecto del coronavirus en reflexiones posteriores, específicamente en sus “Aclaraciones”, que se incluyen en la edición de *La fiebre* (Agamben, 2020c). Spregelburg ha dicho que, si bien el filósofo italiano yerra en su diagnóstico, “será filosofía –también– verlo desdecirse” (2020, p.91). Sin embargo, Agamben no se termina de desdecir: insiste en cuestionar el valor que los gobiernos otorgan a la *nuda vida* (2020c, p.254) y en sospechar del estado de excepción (2020c, p.255), y cierra su texto con la misma frase tecnófoba con la que termina “Contagio” (2020b, p.33; 2020c, p.256) y que aquí se cita.

empresarial pasando por renovados mesianismos. En cada uno de los textos sobre la pandemia, el virus se vuelve un catalizador que permite observar una concepción específica sobre el futuro, sobre la temporalidad y sobre la posibilidad de imaginar y, por lo tanto, proponer y hacer un mundo distinto. (2020, p.373)

El escape al futuro no se limita, sin embargo, a las meras predicciones, sino que se nutre también de una facción más normativamente orientada. Para algunos pensadores, no saber lo que depara el futuro no impide hacer algunas promesas y fijar algunos objetivos para la humanidad, cuanto más no sea para descansar en la idea de que hay futuro y algo así como humanidad en el horizonte. En esta línea, el filósofo alemán Gabriel Markus sentencia:

Cuando pase la pandemia viral necesitaremos una pandemia metafísica, una unión de todos los pueblos bajo el techo común del cielo del que nunca podremos evadirnos. Vivimos y seguiremos viviendo en la tierra; somos y seguiremos siendo mortales y frágiles. Convirtámonos, por tanto, en ciudadanos del mundo, en cosmopolitas de una pandemia metafísica. Cualquier otra actitud nos exterminará y ningún virólogo nos podrá salvar. (2020, p.134)

De un modo curioso, algunos tópicos iluministas olvidados irrumpen en pleno siglo XXI al calor de la crisis. En Markus se trata de un cosmopolitismo metafísico que hace oídos sordos a las desigualdades que estructuran el mapa mundial. En el caso de Han, la apelación es a la razón con mayúsculas y a la potencia transformadora de la agencia humana. En sus propias palabras:

No podemos dejar la revolución en manos del virus. Confíemos en que tras el virus venga una revolución humana.

Somos NOSOTROS, PERSONAS dotadas de RAZÓN, quienes tenemos que repensar y restringir radicalmente el capitalismo destructivo, y también nuestra ilimitada y destructiva movilidad, para salvarnos a nosotros, para salvar el clima y nuestro bello planeta. (Han, 2020, p.111. Las mayúsculas son del autor)

Teniendo en cuenta estas propuestas y recomendaciones, cabe preguntarse: ¿es el trabajo de la filosofía decidir qué tenemos que hacer? ¿No le queda grande el encargo de planear la revolución planetaria a una disciplina que no es capaz siquiera de torcer un poco su propio concepto de razón y que persiste en el dualismo ingenuo de un “nosotros las personas” y un “bello planeta” al que tenemos que salvar? Tomando en serio algunas ideas que marcaron los giros filosóficos propios del siglo XX, es interesante pensar qué cuestionamientos podría orientar dejar de lado la teleología y la apelación a una historia universal lineal², qué potencialidades habitan en la suspensión de la creencia en la humanidad como motor homogéneo del cambio, qué puede pensarse si se desconfía al menos un poco de la razón entendida casi como el milagro de la excepción humana, qué preguntas habilita la incerteza que se abre cuando dejamos de conceptualizar a nuestro entorno como un bello paraíso natural que estamos profanando.

Miedo al engaño

Centrémonos ahora brevemente en el miedo al engaño a partir de un ejemplo: el mejor es quizá este comienzo del texto de Alain Badiou, de –la fecha es importante– el 21 de marzo del 2020: “Siempre he considerado que la situación actual, marcada por la pandemia viral,

2 Las críticas que Walter Benjamin (2009) dirige, centralmente en sus Tesis “Sobre el concepto de historia”, a la concepción lineal del tiempo, a la teleología como matriz para pensar la historia y a la ideología del progreso resultan particularmente relevantes.

no tenía nada de excepcional” (Badiou, 2020, p.67). Para cualquier lector no acostumbrado a lidiar con filósofos, las preguntas comienzan a amontonarse: ¿Siempre desde cuándo, si se trata todavía de una novedad? ¿Y cómo que no tiene nada de excepcional lo que para casi todos los mortales es de las cosas más excepcionales que nos pasaron en la vida? ¿O es que la filosofía debe, por definición, transitar en sentido contrario de toda experiencia, de todo sentido compartido? La pregunta que quiero poner a consideración es la siguiente: ¿Es tan importante decir otra cosa?

Arribamos a una deformación profesional con doble filo: la filosofía ha trabajado mucho y muy bien con la desconfianza, ha pensado desde la sospecha, buscado verdades no evidentes, cuestionado el sentido común, corrido velos, tomado con pinzas. Aun así, la ansiedad de ser engañado puede rozar lo patológico en nuestro campo, y como muestra alcanzan dos de los grandes éxitos de la disciplina: la alegoría de la caverna que presenta Platón en la *República*, y la hipótesis del genio maligno que introduce Descartes en sus *Meditaciones metafísicas*. La filosofía siempre se preocupó por dejar en claro que su mirada va más allá de los relatos y que no se va a dejar entusiasmar con hechizos, que los filósofos despertamos del sueño dogmático, que estamos fuera de la Matrix.

El caso de Agamben es productivo como ejemplo. En su primer escrito sobre la pandemia, el pensador se refirió a las medidas que tomaron los diferentes gobiernos asesorados por epidemiólogos y especialistas como “medidas de emergencia frenéticas, irracionales y completamente injustificadas para una *supuesta* epidemia debido al coronavirus” (Agamben, 2020a, p.17. El enfatizado es mío). Esta muestra de desconfianza, este miedo a ser engañado, el pavor de creer en una mentira orquestada por el poder, aparecen como caras ocultas de un ejercicio de la sospecha que tiene, también, consecuencias productivas. Ahora bien, ¿dónde está el límite entre el ejercicio lúcido de la crítica, incluso de la sospecha, y el hundimiento en arenas conspirativas? ¿Dónde se traza la frontera entre explorar los puntos ciegos

del discurso mediático y despreciar todos los sentidos construidos comunitariamente como meras ilusiones de mentes inferiores, cooptadas, ilusas?

El filósofo español Santiago López Petit sostuvo, por la misma época, que “algunos *ilusos* hasta creen en ese nosotros invocado por el mismo poder que declara el estado de alarma” (López Petit, 2020, p.56. El enfatizado es mío). El motivo se replica. Como en las teorías conspirativas que circulan por internet, las mayorías aparecen como ilusas y una minoría iluminada es garante de la verdad. Sin embargo, ¿hay una ilusión más peligrosa que la de ser la excepción? ¿Hay punto de vista más sesgado que el de quien cree que nada condiciona sus reflexiones? ¿Hay distancia más insalvable que la que el pensador impone entre sus propias percepciones y las creencias siempre equivocadas de sus conciudadanos?

Consideraciones finales

Incluso dentro de los usos del oficio, de eso que propongo pensar como deformación profesional, no es injusto esperar otra cosa de los ejemplares más célebres de nuestro campo: el camino menos intentado y, a la vez, el que estaba más a mano, es a mi criterio la huida hacia la pregunta en un mar de respuestas que –a más de un año y medio de pandemia quedó clarísimo– han envejecido mal.

Ansiosa, la filosofía se respondió encima. Sin embargo, aportes de pensadores provenientes de otros campos dan sobradas muestras de que hubo quienes supieron *explorar* la ansiedad en lugar de limitarse a ejercerla. En este punto, me parece importante realizar una aclaración: no me refiero a aquello que se dijo tanto de que la filosofía se hace de más lejos, con distancia y perspectiva, con tiempo para madurar las ideas, como si nuestro trabajo empezara justo cuando los acontecimientos acaban, como si la reflexión fuera posible solamente de manera retrospectiva. Aun si consideramos que esa fue alguna vez una manera apropiada de lidiar con los acontecimientos –me permito dudarlo–, Walter Benjamin argumentó ya en 1928 de manera muy

lúcida que ya no podía serlo. Al respecto, en “Espacios en alquiler”, un breve texto incluido en *Calle de mano única*, sostuvo:

La crítica es una cuestión de adecuada distancia. Está en casa en un mundo donde lo que importa son las perspectivas y las proyecciones, y donde aún era posible asumir un punto de vista. Entretanto, las cosas han arremetido con demasiada fuerza contra la sociedad humana. La imparcialidad, la mirada independiente, se han vuelto mentira, cuando no expresión completamente ingenua de llana incompetencia. (Benjamin, 2014, p.103)

A su vez, sobran los ejemplos de textos filosóficos que supieron responder a tiempo, que interpretaron o tradujeron casi en vivo algo que latía y que era difícil decir, sin esperar a que las cosas terminaran de pasar para sentarse a escribir. El feminismo, sin ir más lejos, lo hizo toda la vida; la teoría crítica radiografió al nazismo desde su surgimiento. No se trata de tener cuidado, de ser cautelosos, miedosos, en la escritura. Me refiero a otra cosa.

Ninguno de los sentidos que los filósofos le encontraron a la pandemia será recordado como el ganador, porque no se trataba de hacer apuestas. En el futuro, no leeremos los textos de marzo del 2020 para concluir que se equivocaron quienes vieron en este fenómeno un catalizador del cambio, pero que tuvieron razón y fueron brillantes quienes entendieron desde el principio que la humanidad no aprendería nada de esta experiencia. La filosofía no se trata de anticipar acontecimientos, o mejor, la filosofía no sirve para eso. Así como no es el trabajo de los filósofos determinar si la pandemia tiene causas ambientales o no, o juzgar si las medidas sanitarias que tomaron los gobiernos son apropiadas o exageradas en relación a la contagiosidad del virus, tampoco es su trabajo –nuestro trabajo– hacer apuestas sobre si de esto salimos mejores, peores o iguales, y mucho menos dar lecciones sobre qué debería hacer la humanidad tras esta crisis.

¿Cuál es, entonces, el trabajo de la filosofía? ¿Qué debería haber hecho el humilde pero existente *star system* del campo durante la pandemia? ¿Qué reflexiones hubiésemos querido leer? No se sabe o, en todo caso, dependerá de cada lector, pero un camino transitable o al menos más apropiado sería, en principio, reorientar las energías puestas en diseñar el futuro de la humanidad y empezar a hacer preguntas sobre el presente –y por qué no el futuro– del propio oficio.

En esa línea, quizá nuestro campo pueda sacar algunas ideas de una excursión transdisciplinar. En “El tamaño de las preguntas”, parte de *Posnormales*, el cientista social Esteban Rodríguez Alzueta escribe estas líneas:

Le decía los otros días a una amiga que no eran estos momentos para ponerse a aventurar programas. Porque los programas, se sabe, están hechos de respuestas anticipadas y lo que necesitamos son preguntas. Los programas nos proyectan hacia delante, pero lo que necesitamos es habitar la espesura de las palabras, comprender el tamaño de las preguntas que vamos elaborando con esas palabras. Por lo menos lo que yo necesito ahora son preguntas, nuevas preguntas. (2020, p.24)

Para cerrar, me interesa citar unas líneas de “La ansiedad”, un ensayo breve de la escritora argentina Mariana Enriquez, producido también en la etapa inaugural de la era COVID. Allí, Enriquez logra nombrar y explorar aquello que en otros casos motiva respuestas desesperadas, apuradas, pretenciosas. Narra la autora:

Desde otro medio me mandan una serie de preguntas a ver si las puedo contestar: “¿Qué miedos genera el aislamiento? ¿Qué trauma nos trae? ¿Qué va a pasar con la humanidad? ¿Cómo construimos la nueva normalidad?”. Todas las preguntas me dejan muda. Todos los traumas, todos los miedos, no sé qué va a pasar con la humanidad, cómo pensar en

“humanidad”, qué significa eso, por qué tenemos que pensar en la nueva normalidad si la pandemia recién empieza, al menos en la Argentina. Todas estas palabras que escucho, todo este ruido de opiniones y datos y metáforas y recomendaciones y vivos de IG y la continuidad de las actividades en formato virtual, toda esta intensidad, ¿no es acaso pánico puro? ¿Qué agujero se intenta tapar? ¿Qué fantasía de extinción? (2020, párrs. 4 y 5)

No sé qué le pido a la filosofía, qué pienso que debería –que deberíamos– hacer, pero sí me animo a definir, aprovechando la centralidad actual de los discursos médicos, una cierta forma de mala praxis: dudar de todo y de todos, del sentido común y de la televisión, de los sistemas y de los gobiernos, pero no desconfiar nunca, al menos un poco, al menos por el ejercicio, al menos en chiste, de las propias certezas y de las propias pretensiones.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2020a). “La invención de una epidemia”. En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 17-19
- (2020b). “Contagio”. En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 31-33
- (2020c). “Aclaraciones”. En Amadeo, P. (ed.). *La fiebre*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 253-256
- Amadeo, P. (2020a). “Nota editorial”. En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), p. 13
- (2020b). “Nota editorial”. En Amadeo, P. (ed.). *La fiebre*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 13-14
- Badiou, A. (2020). “Sobre la situación epidémica”. En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 67-78

- Benjamin, W. (2009). Sobre el concepto de historia. En Reyes Mate, M. (2009). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*. Madrid: Trotta. pp. 49-302
- (2014). *Calle de mano única*. El Cuenco de Plata
- Djament, L. (2020). "Nuestro principio de esperanza (II)". En Amadeo, P. (ed.). *Posnormales*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 373-386
- Enriquez, M. (2020). "La ansiedad". *Revista de la Universidad de México*. Disponible en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articulos/41725f69-40a0-4229-b7d2-8bc714717cd2/la-ansiedad>
- Han, B. C., (2020). "La emergencia viral y el mundo de mañana". En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 97-111
- López Petit, S. (2020). "El coronavirus como declaración de guerra". En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 55-58
- Markus, G. (2020). "El virus, el sistema letal y algunas pistas...". En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 129-134
- Preciado, P. (2020). "Aprendiendo del virus". En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 163-185
- Rodríguez Alzueta, E. (2020). "El tamaño de las preguntas". En Amadeo, P. (ed.). *Posnormales*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 21-28
- Sprengelburd, R. (2020). "El año del cochino". En Amadeo, P. (ed.). *La fiebre*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 89-117
- Žižek, S. (2020). "El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill...". En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), pp. 21-28.

De Cottard a House, médicos ficticiales y metáforas epistemológicas

Analía Melamed

En *La enfermedad y sus metáforas* Susan Sontag estudia las construcciones discursivas que rodean históricamente a las enfermedades. Se trata de diversos subterfugios retóricos que intentan explicarlas, negarlas o calificar a las sociedades e individuos que las padecen con metáforas bélicas, mitos o estigmatizaciones. Sobre esta base, contrapone las grandes epidemias del pasado, que se abatían sobre el individuo en calidad de miembro de una comunidad, con la afeción personal en la modernidad cuyo papel, especialmente desde la perspectiva del romanticismo, fue el de individualizar a las personas, volverlas singulares e interesantes. Así, por ejemplo, en el siglo XIX la apariencia tuberculosa en las mujeres aristocráticas y en los artistas era señal de distinción, de buena crianza, de un espíritu vulnerable y delicado. Por ese culto de la tuberculosis, ligada a la promoción del yo como imagen, la autora sostiene que quizás el legado más importante de los románticos a nuestra sensibilidad no sea la estética de la crueldad ni la demanda de una libertad personal ilimitada, sino la

idea nihilista y sentimental de “lo interesante”. “El ideal de la salud perfecta”, cita Sontag a Novalis, “sólo es interesante científicamente”; lo realmente interesante es la enfermedad, “...que pertenece a la individualización”. En cambio, un enfermo de cólera o de tífus, no se pregunta “por qué yo” o “por qué a mí”, la enfermedad y la muerte en epidemia se disuelve en un mal colectivo y anónimo (Sontag, 2003, pp.14-17). Esta oposición se resume para Sontag en dos novelas de Tomas Mann: en *La montaña mágica* la tuberculosis refina la inteligencia y vuelve singular al personaje de Hans Castorp; en *La muerte en Venecia* una pasión secreta y el cólera derrumban y anulan la compleja personalidad de Gustav von Aschenbach (2003, p.17).

No sólo la enfermedad sino los tratamientos, las medicinas y los médicos resultan alcanzados por una vasta producción discursiva y metafórica. De manera que en este trabajo propongo enfocar la retórica sobre la enfermedad y la cura desde la perspectiva de la figura de los médicos y su presencia en numerosas ficciones, en cuanto que pueden considerarse metáforas epistemológicas. Retomo el concepto de metáfora epistemológica de Umberto Eco en *Obra abierta*, quien lo introduce en los siguientes términos:

El arte más que conocer el mundo, produce complementos del mundo, formas autónomas que se añaden a las existentes exhibiendo leyes propias y vida personal. No obstante, toda forma artística puede muy bien verse, si no como sustituto del conocimiento científico, como metáfora epistemológica; es decir, en cada siglo, el modo de estructurar las formas del arte refleja –a guisa de semejanza, de metaforización, de apunte de resolución del concepto en figura– el modo como la ciencia o, sin más, la cultura de la época, ven la realidad (1985, pp.88-89).

Sobre esta base, es posible sostener que más allá de la discusión sobre la autonomía del arte, ciertos estratos de las manifestaciones

artísticas ponen en juego, con sus propios recursos, un estado de la organización del saber de su época. De ahí que las figuras médicas y del saber médico de la ficción remiten justamente a las diversas concepciones de la enfermedad y de la cura y a las posibilidades que se le asignan al conocimiento y a la ciencia. En este marco, propongo considerar a dos personajes separados por casi 100 años y que pertenecen a universos ficcionales distintos: el Dr. Cottard de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust y el Dr. House de la serie de televisión homónima, de principios del siglo XXI. Ambas figuras de médicos forman parte de poéticas aparentemente ajenas entre sí, pero sin embargo dialogan en cuanto están ligadas a la consideración y el alcance del saber científico, así como a una suerte de ontología de la enfermedad.

Proust, hijo de un médico célebre, criado en un mundo de médicos, enfermizo desde la niñez (sufrió asma, insomnio, afecciones cardíacas, oculares, etc.), fue lector de numerosos textos de medicina, todo lo cual explica la profundidad de sus conocimientos médicos y la precisión en la descripción de síntomas y de enfermos/as. También entre las causas extraliterarias de su interés por la medicina se encuentran, además de los elementos biográficos mencionados, otra que cobra cierta relevancia para nuestras lecturas en pandemia o pospandemia. Adrien Proust, el padre del escritor, fue un médico célebre que intervino en la epidemia de cólera de 1870 en París e introdujo el concepto de cordón sanitario. Marcel nació en 1871 y es posible conjeturar que en su hogar el lugar de la enfermedad como amenaza haya sido vivida con intensidad (Tadié, 1996).¹

1 El “cólera asiático”, que devastó en seis pandemias sucesivas a Europa y se extendió a Estados Unidos en el siglo XIX, se originó en Bengala (India) y llegó a Occidente por tierra y mar. Para trazar un mapa de los itinerarios de las oleadas anteriores de la epidemia, Proust padre viajó a lo que entonces era Persia, La Meca, Turquía y Egipto para rastrear el origen de cada una de ellas. Como conclusión de sus investigaciones solicitó repetidamente que los buques con enfermedades a bordo no pudieran atravesar el canal de Suez recién excavado. Sostuvo que era necesario cerrar el canal a todos los barcos, de cualquier nacionalidad, con cólera a bordo o con exposición reciente. Esto sin embargo

En una carta de 1905 a Anna de Noailles, Proust anuncia que su libro va a tratar sobre médicos. Y, aunque esto no resulta cierto, la mirada médica es innegable, como afirma el crítico Jean-Yves Tadié, todo en la novela es patología y síntomas, toda descripción deviene un diagnóstico (1996, p. 81). Sin embargo, los médicos y la medicina son tratados a menudo de manera irónica, hasta cómica, porque quedan comprendidos en el desarrollo de una suerte de escepticismo novelesco a partir de la impugnación ficcional del paradigma indiciario (Melamed, 2010). En efecto, según el historiador Carlo Ginzburg (1983), la novela proustiana está construida sobre la base de un saber de lo individual, que se encuentra también en la criminología, en la crítica de arte, en la psicología, y que da particular relevancia a las pistas, síntomas, huellas. Pero en la novela proustiana el estudio obsesivo de síntomas y huellas lleva invariablemente a un mayor desconcierto e incertidumbre. Esto se pone de manifiesto particularmente en la medicina que desarrolla un saber de lo individual, porque más allá del ideal científico galileano de leyes universales sobre la naturaleza, debe vérselas con la interpretación de síntomas singulares en cada paciente. De manera que, como toda práctica interpretativa, como los enamorados y los *snoobs*, los médicos se encuentran con el carácter contingente y equívoco de los signos en una novela cargada de pistas falsas y de simuladores (Melamed, 2010).

Esta impotencia médica puede apreciarse en la enferma paradigmática que es la tía Lèonie, personaje de la infancia en Combray con la cual el héroe se identificará más tarde². Su afección es un enigma que ni siquiera la muerte descifra, por el contrario, confirma al mis-

fue objetado fuertemente por Ferdinand de Lesseps, presidente de la Compañía del Canal de Suez. En la *Academie des Sciences*, de Lesseps se opuso a los cordones estrictos atribuyendo la enfermedad a las miasmas locales. Como era de esperar la posición de *De Lesseps and Company* triunfó y la quinta pandemia de cólera de 1884 llegó en barcos que habían pasado por el Canal.

2 El crítico Jean-Pierre Richard asocia a esa tía a la que la enfermedad aísla del mundo y encierra entre las paredes de su habitación, desde cuyas ventanas controla todos los movimientos del pueblo, con la imagen del propio Proust rodeado de sus manuscritos, recluido en un cuarto tapizado de corcho (Richard, 1974, p.19).

mo tiempo a los médicos que sostenían que padecía una enfermedad orgánica como a los que opinaban que era psicósomática. Así, la oscilación de Lèonie entre enferma imaginaria o paciente cuya enfermedad es gravísima e incurable, anticipa en la novela a todo un catálogo de enfermos, enfermedades y síntomas que se corresponde con el interés y la desconfianza hacia los médicos. Hay diagnósticos y tratamientos extravagantes, entre ellos, médicos que diagnostican de acuerdo a los gustos literarios del paciente, y los que recomiendan paseos por razones estéticas, prácticas que terminan matando a los enfermos.

El ejercicio de la medicina se entremezcla en la ficción con el arribismo o la vanidad y sobre todo con el difícil intento de ascender socialmente. En el personaje del Dr. Cottard se advierten con mayor profundidad toda esta gama de matices. Se trata de un médico de provincias desesperado por el ascenso y reconocimiento social en los círculos mundanos parisinos. Podría decirse que su torpeza inicial se vincula con el hecho de que lleva la incertidumbre de la medicina a la vida cotidiana. En efecto, este personaje expresa el punto de vista implícito en toda la narración sobre que, en ningún plano, es posible decidir entre hipótesis contradictorias, de manera que es imposible obtener alguna certeza. Así Cottard, en las relaciones sociales. “...Nunca sabía de modo exacto en qué tono tenía que contestarle a uno, y si su interlocutor hablaba en broma o en serio. Y por si acaso, añadía a todos sus gestos la oferta de una sonrisa condicional y previsor...” (Proust, 1992, p.241). La ingenuidad y una especie de tara retórica del médico le impiden también atravesar el sentido literal del lenguaje, lo cual le dificulta comprender el lenguaje cifrado de los salones en los que pretende ascender socialmente. El carácter hipotético de todas sus afirmaciones, es sin dudas una deformación profesional propia de un científico, que lo convierte en una figura menospreciada en la vida social, pero que finalmente hace de él un médico prestigioso.

La mirada de Proust burlona y desconfiada hacia los médicos se vincula con el carácter difuso y mutante que le atribuye a la enfer-

medad: entre orgánica e imaginaria, entre individual y social, todas las dimensiones de la vida son patologizadas, el fetichismo y el esnobismo, la pasión amorosa en sus diversas formas y los celos. La enfermedad, con una fuerte impronta de Schopenhauer, está ligada al deseo, sea al deseo de reconocimiento social o al deseo amoroso. Se trata de una potencia metafísica en relación a la cual el médico no es más que otra víctima. El cuerpo se recubre de indicios engañosos que suscitan diversas y controvertidas interpretaciones. El médico se debate en la distancia insalvable entre la enfermedad abstracta, tal como la describen los libros, y el síntoma concreto y múltiplemente interpretable. Por este motivo como se consigna en la entrada “Médicos” del *Dictionnaire Marcel Proust*, Proust previene (en una carta) que “los médicos más inteligentes son peligrosos porque no creen en la medicina” (Bouillaguet y Rogers 2014, p.608). Y la medicina en general, muestra en *En busca del tiempo perdido*, no es más que el compendio de los errores sucesivos y contradictorios de los médicos.

El médico resulta así una figura con matices trágicos, que lucha contra el mal que desconoce, que lo excede y por el que sin dudas resultará vencido. Bien podría utilizarse para los médicos proustianos la misma metáfora, referida al amor en la novela, de Jerjes azotando al mar porque devoró sus naves. En este sentido, la imagen del médico proustiano puede vincularse a la del cuento de Kafka “Un médico rural”, donde en un clima onírico y terrorífico, el médico del pueblo, requerido a mitad de la noche, se ve sometido por fuerzas sobrenaturales y fuera de su control. No sólo no cura a su paciente, sino que ni él mismo y ni su asistente pueden librarse de esas fuerzas oscuras e incontrolables.

Casi un siglo más tarde, en el contexto de las ficciones producidas en la industria cultural, numerosas series se ocupan del mundo médico. Constituye un subgénero en el que encontramos obras como *Gray's Anatomy*, *The good Doctor* (una versión anterior al *Dr. Milagro*), *New Amsterdam*, entre muchas otras. Posiblemente sea la serie *Dr. House* la que desarrolla el personaje médico más fuerte e intere-

sante. Estrenada en 2004 por la cadena FOX y finalizada en 2012, fue creada por David Shore, con argumento de Paul Attanasio, sobre la base de una columna médica escrita por la Dra. Lisa Sanders en el periódico *The New York Times*. El personaje central es el Dr. Gregory House (Hugh Laurie), un genio médico, irónico, satírico, poco convencional, inconformista, enfermo, que encabeza un equipo de diagnóstico en el ficticio Hospital Universitario Princeton-Plainsboro de Nueva Jersey. House y su equipo de médicos, tratan de curar a los pacientes en las patologías más extrañas. El interés de la trama está en parte centrada en la cuestión de la enfermedad, pero las interacciones sociales entre el equipo médico y las peculiaridades personales del Dr. House, constituyen gran parte de su atractivo. Antisocial, adicto a los analgésicos, ingenioso, transgresor y arrogante, su leitmotiv es “Todo el mundo miente”. Tiene además un enorme repertorio de frases sarcásticas e hirientes, entre ellas: “Una verdad innegable de la condición humana es que todo el mundo miente. La única variable es sobre qué”; “Tratar pacientes es el inconveniente de ser médico”; Sobre morir con dignidad dice: “¡No existe tal cosa! Nuestros cuerpos se rompen, a veces cuando tenemos 90 años, a veces antes de nacer, pero siempre pasa y nunca hay dignidad en ello. No me importa que puedas caminar, ver, limpiarte el culo. Siempre es feo. ¡Siempre! Podemos vivir con dignidad. No podemos morir con dignidad”; “Los argumentos racionales no suelen funcionar en gente religiosa. Si lo hicieran, no habría gente religiosa”; “Dije que era adicto, no que tenía un problema”; “Así es como funciona la vida: o pides disculpas o disparas a la gente. Ambas no”.

El personaje y la trama resultan en *Dr. House* de la aplicación al plano médico de una estructura narrativa que evoca al policial negro. Así mismo, y de manera bastante explícita por diversos detalles de personajes y episodios, refiere al Sherlock Holmes de Conan Doyle (hay varios paralelismos entre personajes, alusiones a situaciones, etc.). El desarrollo de los argumentos gira en torno a la presentación de enfermedades como problemas a resolver y la estructura de la na-

rración se asemeja a la de las novelas de Doyle: presentación del caso; subtramas ajenas al caso; deducción del caso; avance en subtramas ajenas; resolución del caso; conexión con subtramas que remiten al siguiente capítulo.

Afin a la figura del médico como investigador-detective, tenemos a la enfermedad que se presenta a la vez como enigma y como caso individual relativamente puntual y aislado. La resolución, la cura, restablece el equilibrio, y es lo que da margen al Dr. House para seguir desplegando sus sarcasmos, su cinismo y su egolatría ante colegas y pacientes. Se advierte aquí un paralelismo entre el desorden y la enfermedad que presuponen la clásica idea médica de equilibrio, que tiene resonancias morales y políticas justamente en sus proyecciones a lo social considerado como organismo. Como señala Sontag, en la analogía política de la enfermedad, se suele atribuir el nacimiento de la enfermedad a algún tipo de desequilibrio y la finalidad del tratamiento sería restaurar el equilibrio justo (2003, p.37).

Por lo hasta aquí expuesto, puede advertirse que en estas figuras ficcionales de las que hemos esbozado sólo algunos rasgos, se pone de manifiesto el modo de operar de sistemas específicos de pensamiento. En *Dr. House* se pone en juego en diversos planos un modo de pensamiento que confronta y distingue, como dos polos opuestos, salud y enfermedad. En efecto, la ficción discurre entre el desequilibrio y el equilibrio en la tensión entre problema/caso/enigma, por una parte, investigación/resolución/cura, por el otro. Esta contraposición se corresponde a su vez con la distinción, en el plano del conocimiento, entre verdad y falsedad –la frase de cabecera del Dr. House “Todo el mundo miente” revela no sólo una pasión por la verdad, sino la confianza en la capacidad de distinguirla– y que se proyecta a una tercera distinción en el plano moral y político entre el bien y el mal.

Ese binarismo epistemológico, moral y político del Dr. House es completamente diferente al que rodea a las figuras médicas del universo proustiano, en el que los conceptos de salud y de cura – como también el de normalidad– son inexistentes. La medicina, para

Proust sería más bien el arte de prolongar las enfermedades, en la medida en que las terapias y medicamentos se convierten en otra enfermedad y finalmente en un estilo de vida. En ese sentido afirma que sólo la muerte es el gran médico. Además, afín al espíritu romántico que señala Sontag, Proust a menudo aproxima la posibilidad de creación artística al sufrimiento. La enfermedad puede ser el signo de la productividad intelectual y del genio, como en Baudelaire, Flaubert, Rimbaud y tantos otros, en los que considera que las enfermedades han dado lugar a su mejor literatura. En cuanto a la distinción entre verdad y falsedad, en tanto la novela pone en crisis el paradigma indiciario que está en la base de las prácticas médicas y detectivescas, y las interpretaciones de signos y de síntomas se muestra siempre como múltiples y contradictorias, la verdad –el diagnóstico correcto– se convierte en difusa e inalcanzable. Algo semejante puede decirse respecto de las distinciones entre el mal y el bien: como puede verse en numerosos episodios –como el de las alegorías del vicio y la virtud en Padua y en diversos episodios y personajes como el de la señorita Vinteuil– el mal y el bien son inescindibles y no es posible encontrarlos sino uno en el otro, inseparables.

Para concluir, quisiera derivar de lo dicho algunas hipótesis que surgen como consecuencia de la penosa situación de pandemia a partir de 2020. En primer término, la pandemia puso de manifiesto lo incierto y provisorio del conocimiento y parece haber devuelto a la figura del médico cierto matiz trágico y hasta metafísico. La reaparición de una epidemia en el siglo XXI vino a mostrarnos hasta qué punto no se trata de un hecho del pasado como sugería Sontag en la década del 60, sino que vuelve con sus metáforas bélicas, mostrando el nexo indisoluble entre individuo y comunidad, y convirtiendo a la enfermedad en un sufrimiento común y despersonalizado. Así, el contexto de pandemia en todos sus aspectos y matices volvió a menudo impotentes a los sistemas de pensamiento ordenados en distinciones más o menos fijas, y mostró hasta qué punto funcionan como una suerte de enmascaramientos que simplifican, con efectos tranquiliza-

dores, una realidad fluida y a menudo informe. Dichos sistemas de pensamiento binario, dominantes en muchas ficciones, sin dudas no preparan para lidiar con la complejidad y la hibridez de situaciones extremas. La pandemia, entre la incertidumbre y la contingencia, da lugar incesantemente a sentimientos e ideas ambiguas, como las que afirmaba Proust, para quien creer en la medicina sería una locura suprema si no fuera una mayor no creerle (1991, p.340).

Referencias bibliográficas

- Bouillaguet, A y Rogers, B., (Direct.). (2014). *Dictionnaire Marcel Proust*. Paris: Honoré Champion.
- Eco, U. (1985). *Obra abierta*. Barcelona: Ariel
- Ginzburg, C. (1983). “Señales. Raíces de un paradigma indiciario” en Gargani, A. (comp.) *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana*. México: Siglo veintiuno.
- Melamed, A. (2010). “Proust contra el paradigma indiciario”. En V Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria. FaHCE, UNLP. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/16350>
- Proust, M. (1991). *En busca del tiempo perdido. El mundo de Guermantes*. Madrid: Alianza.
- (1992). *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Madrid: Alianza.
- Richard, J.P. (1974). *Proust et le monde sensible*. Paris: Editions du Seuil.
- Sontag, S. (2003). *La enfermedad y sus metáforas*. Buenos Aires: Taurus.
- Tadié J.-I. (1996). *Marcel Proust: Biographie*. Paris: Gallimard.

¿Imágenes de la pandemia? Reversiones, narraciones y ausencias

Leopoldo Rueda

Introducción

En este trabajo propongo analizar algunas imágenes y producciones audiovisuales realizadas en el contexto de la pandemia y la consecuente cuarentena. Me interesa especialmente indagar los temas que plantean, el modo en que lo hacen, los focos que proponen y también aquellos temas que eluden.

El marco teórico general que ordena el análisis es la perspectiva pragmatista de raigambre deweyana, cuya pauta metodológica propone considerar las producciones artísticas atendiendo a su vinculación con la experiencia. Esto implica, siguiendo a Dewey, una doble dimensión de análisis, en tanto se trata de indagar en lo que hace el arte con y en la experiencia (2008, p.3). En este sentido, creo que la perspectiva deweyana nos invita a formular dos preguntas que deberían plantearse cuando la filosofía aborda algún objeto artístico: ¿Qué nos dicen las obras de arte sobre la experiencia y de qué modo lo dicen? Y también: ¿en qué sentido afecta a nuestra experiencia el hablar sobre ella a través de obras de arte? Este doble juego, casi ite-

rativo, que se mueve entre ambas cuestiones, entre arte y experiencia, y experiencia y arte, no deja nunca de gravitar en las indagaciones deweyanas y también en mis propias indagaciones.

Los ejemplos que aquí analizaré están específicamente enmarcados en productos de la cultura digital, que ponen además en escena a esa misma cultura digital, con la característica, además, de que en todos ellos se recurre de algún modo u otro al humor y al chiste. Del vasto conjunto de producciones audiovisuales generadas en la pandemia, he elegido algunas pocas teniendo en cuenta tres temas: reversiones de las imágenes del pasado, prácticas narrativas, y la vinculación con la enfermedad y la muerte. Con el recorte que nos ofrecen estas coordenadas me preguntaré específicamente acerca de qué puede ser visible y que no acerca de la pandemia, qué puede volverse imagen y humor, y qué parece todavía quedar por fuera de todo esto.

Imágenes reversionadas

Uno de los temas más recurrentes que las producciones artísticas han planteado es aquel de la distancia con el pasado y la tradición. Este problema se vuelve especialmente agudo a partir de la pandemia y por ende no es raro que lo encontremos especialmente tematizado. En efecto, nos encontramos frente a una distancia con el pasado, aquel de la prepandemia, cuya medida resulta todavía difícil de precisar. Una perspectiva apresurada podría quizás pensar que ya nada volverá a ser de la misma manera; otra más mesurada podría poner el foco en las enormes continuidades que siguen organizando nuestro estar en el mundo. En todo caso, la relación con ese pasado es una relación que necesita ser planteada a efectos de poder dar sentido a esa nueva manera de vivir.

Es por ello que se vuelve interesante analizar la proliferación de imágenes que de una u otra manera ponen en escena esa distancia y/o proximidad con el pasado. Se trata de imágenes en las que tenemos que resaltar dos características. La primera refiere a que, como fenómeno peculiar de la cultura digital, son producidas tanto por ar-

tistas como por simples usuarixs de las redes. Por otro lado, se insertan dentro de procedimientos artísticos clásicos: a saber, la parodia y el pastiche de otras imágenes. Si bien la parodia y el pastiche –tal como las analiza por ejemplo Genette (1989)– son categorías que provienen de la teoría literaria, creo que bien pueden ser funcionales para analizar este tipo de imágenes. A través de estos procedimientos, medir la distancia con el pasado se convierte de alguna manera en dimensionar la distancia con las imágenes del pasado.

Un ejemplo de esto ya ha sido recuperado por Bianca Racciope en su presentación en el marco del *VI Coloquio Internacional de Filosofía del Conocimiento*, quien ha referido a las producciones artísticas que recuperaban obras de arte o imágenes del pasado y proponían, por ejemplo, quitar a la gente. Dentro de las reversiones que más circularon encontramos todo un género en el que se incorporan barbijos a las obras de arte o donde los tapabocas participan de una configuración clásica como las naturalezas muertas. Tenemos también una Mona Lisa vacunada o una Venus hisopada. Las tres gracias, ya no desnudas sino en ropas de enfermería y en rigurosas *crocs*, nos ofrecen ahora las vacunas salvadoras¹.

La *Lección de Anatomía* de Rembrandt reversionada ahora como una lección de Zoom (creativx desconocidx)² reúne de alguna manera dos de los temas que propongo plantear. La simple imagen en su versión casi de meme no asume ni la separación radical ni la continuidad, sino que escenifica las nuevas modalidades de enseñanza y aprendizaje a través de ciertas plataformas. ¿Puede existir una lección de anatomía vía Zoom? En cualquier facultad de medicina hasta no hace mucho se ofrecía un saber que se incorporaba viendo y tocando directamente, extrayendo partes del cuerpo y haciendo preparados, oliendo a formol. La imagen también, quizás sin quererlo, señala una

1 Todas estas producciones pueden encontrarse en el museo digital Covid Art Museum <https://www.instagram.com/covidartmuseum>

2 Una versión de esta imagen puede verse en https://m.facebook.com/hisgol/photos/a.907013269319150/3043416949012094/?type=3&__tn__=C-R

distancia que –como novedad– nos ha impuesto esta pandemia respecto a los cuerpos y, especialmente, a los cuerpos muertos, a los que no podemos tocar, casi tampoco ver y mucho menos despedir.

La cuarentena ha trastocado, al menos de modo transitorio, lo que valoramos y apreciamos, lo que consideramos urgente y necesario. Por eso, en un mural de Alemania, Gollum compite con Scrat por un papel higiénico. En cada una de sus sagas –*El señor de los anillos* y *La era del hielo*– ambos personajes están atravesados por la búsqueda de un objeto perdido, imposible de recuperar. En la reversión que nos presenta el artista grafitero Eme Freethinker es el papel higiénico, y ya no el mítico anillo del poder o la bellota, lo que se ha vuelto “el tesoro”³. El desabastecimiento de papel higiénico, o el miedo al desabastecimiento, generaron en la población la competencia por un objeto cotidiano que la nueva situación revistió de un nuevo valor, hecho que el mural plantea y hasta ridiculiza. Una ridiculización que puede pensarse hasta como una forma de crítica social a las conductas de las personas y al modo en que ordenaron sus prioridades y asignaron valores a las cosas.

Creo que estas formas de reversionar las imágenes del pasado cumplen algunas funciones en nuestra experiencia que vale la pena revisar. Por un lado, los nuevos elementos que se incorporan en nuestro paisaje cotidiano son llevados a la producción artística, así como también aparecen allí las disputas por la formación de una nueva sensibilidad todavía naciente. Me pregunto entonces si estas imágenes no cumplen una función educativa, pero de una educación de la sensibilidad, que trataría de incorporar y en cierto modo normalizar los nuevos elementos como parte de un paisaje común, sin dejar de plantear la extrañeza inherente a la situación.

Por otro lado, hay una función humorística que no puede dejarse de lado y cuya interpretación no puede sino ser por el momento hipotética. En estas reversiones que venimos comentando se apela

3 De este mural se han realizado varias versiones. Puede encontrarse la que referimos en la página personal del artista <https://www.instagram.com/p/B-4DBYCoiaa/>

de algún modo u otro a imágenes de obras de arte socialmente ligadas al gran arte del pasado, aquel que en cierto modo consideramos como un patrimonio simbólico de los grandes logros humanos en este campo. Las reversiones paródicas en general mantienen en este sentido una memoria o recuerdo de las situaciones del pasado, pero la yuxtaposición con la nueva situación genera ese carácter burlesco y cómico, quitándole al mismo tiempo, como analiza Genette, la dignidad y cierta investidura al objeto parodiado.

Suponiendo entonces la investidura social y artística que de por sí conllevan las imágenes ahora parodiadas, lo que no queda claro es qué es lo que se pretende parodiar. Y esto ya que en principio se abren dos posibilidades: podría o bien tratarse de una parodia sobre el pasado, la antigua normalidad que nos es ahora extraña, o bien sobre el presente, en una nueva normalidad que debe ahora dejar de ser extraña, pero cuyo carácter cómico no deja de ser puesto de relieve.

La intimidad y las prácticas narrativas en la pandemia

El surgimiento de las redes sociales ha colaborado, como señalan muchxs teóricxs, a una expansión de las prácticas narrativas que hacen de la intimidad un asunto que merece ser contado, narrado y publicado. El fenómeno sin embargo no es nuevo, sino que su comienzo puede rastrearse en los ya antiguos *blogs* a través de los cuales, como señaló Paula Sibilia, se convocaba a las personalidades para que se muestren y que aparecían como síntoma de un fenómeno aún mayor en tanto “la privatización de los espacios públicos es la otra cara de una creciente publicitación de lo privado” (2008, p. 27-28).

A raíz de la pandemia y de las disposiciones de aislamiento, no había sino esperar una expansión de este fenómeno, determinada ahora no sólo por la privatización de los espacios públicos sino por la peligrosidad de dichos espacios y de lo público en general. Esto se expresó en numerosos “diarios” de cuarentena, vivos de Instagram y pequeños relatos donde las personas narraron sus esfuerzos por construir una nueva vida cotidiana. Lo distintivo de la situación es

que ahora no se trataba sólo de que las personas mostraran su intimidad, sino que aparece un problema transversal como lo es el construir una nueva cotidianidad para la cual no había modelos ni recetas preestablecidas.

Acá aparece una continuidad y al mismo tiempo una diferencia con la situación previa. Por un lado, la exposición de la intimidad parece profundizarse, sobre todo a partir de la virtualización de la mayoría de las actividades. Pero en otro sentido, la intimidad que ahora es expuesta no es ya necesariamente una intimidad producida *ad-hoc* para ser mostrada, sino que aparece también aquello que no queremos mostrar. Personas pasando por detrás, partes de nuestras casas no adaptadas a la estetización que imponen las redes sociales, ruidos, conversaciones de otros contextos, discusiones privadas frente a las cámaras, etc. son situaciones que quizás sean impensables en los clásicos términos de espacio privado e íntimo y espacio público. Precisamente las producciones artísticas reflexionaron a través del humor sobre esta desdelimitación de los espacios, en la que los sujetos nos encontramos en un entre-dos, casa-aula, casa-oficina, casa-asamblea, casa-teatro, casa-club.

Las múltiples dimensiones de esta clase de fenómenos son artísticamente exploradas en el especial de comedia *Inside* de Bo Burhan⁴. Allí el artista produce desde su casa-estudio todo un show donde distintos videoclips de canciones van abordando diversos temas. Apelando a una fantasía de artista completo, Burhan realiza desde el guión hasta la música, la filmación y las luces. Previsiblemente, parte del espectáculo es mostrar el proceso de producción en la soledad de una pequeña habitación. Las marchas y contramarchas, la desesperación, las dudas, etc. son también parte del espectáculo.

En *Inside* la puerta cerrada se vuelve una obsesión. La salud mental, el miedo a envejecer, el *sexting*, las tendencias suicidas, la cruel-

4 El especial es una producción de Netflix. Las canciones que allí aparecen pueden encontrarse en el canal de YouTube del artista https://www.youtube.com/channel/UC81hVmI5eEBIt3s3HQPjd_w

dad, el empobrecimiento de la experiencia, son todos temas que aparecen tratados en este especial donde escenario y vida cotidiana se entremezclan y le dan fuerza narrativa.

El yo encerrado que aparece allí es un yo que incesantemente busca al otro, se pregunta por su estatus y la relación con sí mismo. No sabe si alguien verá finalmente lo que está haciendo; le habla, casi apático, a una cámara. La cámara es su única compañía en la habitación y se constituye como el único otro posible. Una cámara que le devuelve su propia imagen; una imagen que se transforma por el paso del tiempo y la prolongación del encierro. Condenado a mirarse a sí mismo, las paredes y su propio cuerpo son las pantallas en las que se refleja.

El humor y la ausencia de un otro atraviesan como problema narrativo toda la producción. Así, consternado canta: “Intenta ser gracioso estando encerrado en una habitación/ intenta ser gracioso cuando no hay nadie riendo en el público”. De hecho, sólo risas artificiales salidas de una consola son ocasión de un chiste triste. También los coros son hechos por su propia voz digitalmente transformada. Se pregunta: ¿Qué lugar tiene la comedia en un momento como este? La parodia es el único recurso que parece quedar; la única solución absurda desde el comienzo: “sanar el mundo con comedia /hacer una diferencia literal, metafóricamente”. Parece así preguntarse ¿qué heroicidad puede tener la comedia?, ¿qué heroicidad puede tener el arte en un momento como este?

Atrapado en confusos niveles metalingüísticos, parece un sujeto encerrado completamente en sí mismo que no puede dejar de mirarse y parodiarse. Dentro de las parodias que hace, una especialmente interesante es la que critica al género de YouTube conocido como “reacciones a”, donde las personas se filman a sí mismas comentando una canción, un video o un producto. Por ello, canta una canción, luego hace un video reaccionando a su propia canción, y cuando esta termina hace una reacción a su propia reacción a su propia canción y luego repite el mismo procedimiento. Se filma a sí mismo en nu-

merosas capas. Pero siempre surge una perspectiva novedosa sobre su propio yo: la segunda reacción juzga a la primera por haber sido pretenciosa e intelectualmente esnob (su “necesidad desesperante de parecer inteligente”), pero la tercera reacción descubre un esnobismo peor aún: criticarse a sí mismo por snob no es sino ser más snob aún. En otro momento, reacciona también a un juego de consola, juego en el cual él mismo es el personaje. Allí toda la aventura consiste en andar sobre la habitación, encontrar una linterna, tocar el piano y llorar cuatro veces... hasta que el día se termine.

Así, *Inside* expone prácticas narrativas en las que se ponen de relieve las dimensiones prefabricadas de la intimidad, a las cuáles se intenta ahuyentar y que sin embargo no dejan una y otra vez de aparecer. La emocionalidad, el modo de comportamiento, la selección de qué se hace visible y las narrativas sobre el yo son estereotipadas de manera magistral, y el estereotipo funciona precisamente porque en alguna medida todas estas maneras de contarse públicamente son estereotípicas. Cada unx podrá entonces reconocerse en cierta medida en alguna de todas estas actitudes.

Canciones como “Welcome to the internet”⁵ abordan específicamente el modo en que las conductas de los navegantes digitales pueden ser predeterminadas por la agencialidad de las redes, redes que pueden “interesarnos en todo, todo el tiempo”. Sin embargo, la tesis sobre la agencialidad de las redes no implica aquí una tesis equivalente sobre la desagencialización de lxs navegantes, a los cuales Bo Burhnan caracteriza como *insaciables sujetos*. La premisa de este fenómeno es con justeza que “la apatía es una tragedia y el aburrimiento un crimen”.

De este modo, *Inside* hace de la práctica del ensimismamiento una obra en la que se exponen, mediante el reconocimiento, los perfiles colectivos que la cultura digital ha trazado. Y estos perfiles son los que la comedia parece querer desnudar, desnudando progresivamen-

5 Disponible en YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=k1BneeJTDcU>

te el cuerpo del comediante. Por ello, en el marco de la cultura digital, las prácticas narrativas guardan una estrecha aunque ambigua relación con la noción específica de perfil. Aquí el concepto de “perfil” debe entenderse, tal como señala Fernanda Bruno, referido a que trazar un perfil digital no se trata tanto de un intento por caracterizar a los individuos, sino de producir un saber identificable sobre los individuos para actuar sobre los similares. Por ello su carácter es más interpersonal que intrapersonal, siendo su objetivo intentar predecir la probabilidad de que se manifieste un factor conductual o un interés en el futuro (Cf. Bruno, 2013, p.161)

En *Inside*, la cuarentena y el encierro en la habitación parecen la ocasión para poner precisamente de relieve el modo en que la cultura digital define esos perfiles, trazándonos entonces como sujetos perfilados. El yo encerrado en la habitación se debe contar a sí mismo desarrollando esos perfiles a través de la parodia. Esos perfiles se vuelven imágenes posibles de ser proyectadas en las paredes y en el cuerpo mismo del artista.

Ahora bien, volvamos a la pregunta inicial, ¿qué puede hacer la comedia en un momento como este? El especial de comedia, autoirónico, parece querer demostrar cómo esa cultura digital encierra a lo sujetos en una suerte de ombliguismo, genera afectos tristes y subjetividades que sólo pueden realizar un ejercicio cruel de la ironía pero que en definitiva son incapaces de tejer las tramas y las redes de una acción colectiva más potente.

La muerte y su ausencia

En *Algo que pasó en la cuarentena* –corto de comedia negra de *Te lo resumo así nomás*⁶– Ana convive con el cadáver de su novio. Inferimos que no se murió de COVID-19, y que la situación es desesperante no por la muerte en sí misma, sino por la imposibilidad de concretar el trámite de su entierro. Ana debe preparar el cuerpo

6 Disponible en YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=Mn0u3xYKqxA>

y conservarlo, para lo cual sólo cuenta con instrucciones de la funeraria y su aire acondicionado. El velatorio deberá realizarse por Zoom, y al *kitsch* que de por sí ya está contenido en todo ritual, se le suman ahora las complejidades de las conexiones virtuales. Un llanto desconsolado comienza a entrecortarse y cuando vuelve interrumpe otros diálogos. La madre del difunto que no advierte que está muerta, el eco y acople de un micrófono, un rezo con *delay*, etc., son todas situaciones que se acumulan e imposibilitan llevar adelante los rituales de despedida y del duelo.

Esto nos lleva a la pregunta de qué lugar tiene la muerte y el duelo en las producciones artísticas de la pandemia y quizás sirva para dimensionar este aspecto, ponerlo en relación con las producciones iconográficas de otras epidemias a efectos de poder comprender las continuidades y singularidades de nuestro propio momento. Recupero para ello el trabajo de Anne DesOrmeaux (2007) *The Black Death and its effect on fourteenth -and fifteenth-century* sobre el arte durante y después de la peste negra. En este sentido, vistas a la luz de hoy, las producciones iconográficas de la peste negra resultan especialmente llamativas sobre todo en relación con la tematización de la muerte. El origen desconocido de la enfermedad, las pústulas, los elevadísimos niveles de mortalidad y la imposibilidad de hallar algún tratamiento generó toda una producción artística donde la muerte y los cuerpos muertos o en descomposición tienen un lugar central. Diversas imágenes de la época exponen con detalle los efectos de la enfermedad sobre el cuerpo, donde especialmente las llagas, bubones negros en axilas, ingle, brazos y piernas son ya retratados, ya aludidos.

Presuntamente de origen divino, muchas de las imágenes refieren a la enfermedad mediante la alegoría de las flechas que aparecen ahora clavadas en aquellos lugares donde se solían encontrar los bubos. Pero en un procedimiento que recuerda a nuestros memes, si las flechas eran la enfermedad, entonces quien resistiera y sobreviviera a las flechas podría ser ungido como símbolo de esperanza. Así es

como la imagen de San Sebastián, ya popular, se connota con nuevos significados a raíz de la nueva situación⁷.

Las imágenes de tumbas *transi* –que proliferaron como género artístico peculiar del momento– se trataban de monumentos de un doble piso, donde el piso de arriba representaba el cuerpo del difunto mientras que el piso de abajo representa el cuerpo en estado de descomposición. Así, estas tumbas buscaban mostrar el doble juego entre realidad e ilusión: el cuerpo real y sano no era sino una ilusión que la escultura del cuerpo enfermo, infesto y degradado venía de desmontar. Así también en una imagen con dos lados, una pareja de recién casados⁸ se revela como la pareja de recién muertos⁹, en una época en la que como se decía se podía estar sano a la mañana, levantar fiebre por la tarde y morir al día siguiente. También en las danzas macabras, género de producción visual y musical que se popularizó en la época, los vivos y los muertos, ricos y pobres marchan juntos; los esqueletos con sus movimientos exagerados y extraños imitan a los movimientos causados por la enfermedad. Así, la experiencia colectiva de los cuerpos que se caían muertos en las calles, la manera en que se moría, y los miedos y angustias que se padecían son recogidas y expresadas por la producción iconográfica de la época, incluso humorísticamente.

Esto sugiere un primer contraste con lo que venimos analizando de las producciones artísticas de esta pandemia que principalmente ponen su foco en la cuarentena y en las medidas de cuidado, mas no en los muertos que se acumulan ni en el padecimiento de la enfermedad. Es llamativo en este sentido que la única imagen que tenemos de muertxs es la de los gráficos científicos, numerados, correlacionados con otras variables: cantidad de infectadx, cantidad de muertes, can-

7 <https://art.thewalters.org/detail/6193/saint-sebastian-interceding-for-the-plague-stricken/>

8 <https://www.clevelandart.org/art/1932.179>

9 <https://www.musees.strasbourg.eu/oeuvre-musee-oeuvre-notre-dame/-/entity/id/672888>

tividad de recuperadxs. La muerte se hace número para sólo así volverse imagen.

Cada cual lleva a sus muertos en su memoria, los deudos despiden a lxs suyxs detrás de un vidrio. Existen relatos de cómo se atravesó la enfermedad, pero no hay producciones visuales –al menos no masivamente– que aborden ambas experiencias. Las producciones visuales parecen por el momento evadir el tema. Por ejemplo, en *Inside* ni siquiera se refiere a la pandemia. Y cuando lo hace sólo se lo cuenta como un episodio casi privado. Bo relata que luego de padecer durante muchos años de ataques de pánico y tener que retirarse de los escenarios, en enero del 2020 decide volver a presentarse...y entonces “algo super gracioso pasó” (risas artificiales del público).

Las imágenes que proliferan en la cultura digital parecen eludir sistemáticamente las muertes de la pandemia y las consecuencias de la enfermedad. Esto quizás se deba a que la muerte y la enfermedad se volvieron un asunto estrictamente médico. En todo caso, no aparece, por lo menos hasta ahora, una reflexión artística que trate de condensar el significado colectivo y singular de tanto sufrimiento.

Conclusión

En este breve recorrido he explorado algunas pocas de las muchísimas imágenes que proliferaron en la pandemia. La experiencia, de reconocida novedad, ha tratado de plasmarse en todas estas producciones que tratan de contar de alguna manera cómo se han vivido estos tiempos. Sin duda la relación con el pasado y la necesidad de narrarnos de nuevo, de volver a contarnos son temas en cierto modo solidarios entre sí. La pandemia ha afectado nuestra vida de un modo todavía difícil de dimensionar. Las estrategias artísticas que apuntan a reflexionar sobre el propio pasado y sobre el modo en que nos contamos y nos narramos a nosotros mismos son, creo, esfuerzos para darle alguna dimensión a esta experiencia.

Además, como hemos visto, el tema de la cuarentena y sus consecuencias ha sido el más abordado, en desmedro de la cuestión sanita-

ria misma. Me pregunto entonces en qué medida este acento, incluso con su veta humorística, no ha sido solidaria con otros problemas que se pusieron de relieve en este tiempo, como el negacionismo, el llamado a la desobediencia de las medidas de cuidado, la búsqueda de soluciones mágicas, etc. Quizás estas sean preguntas apresuradas, demasiado abiertas y generales. Y quizás también son preguntas que presuponen demasiadas perspectivas y posturas personales en un momento que todavía nos es muy cercano como para evaluar con claridad lo que hemos hecho y las consecuencias que tendrá. Sin embargo, aun cuando este sea el caso, creo que son preguntas que guardan un valor heurístico que nos ayudan a seguir reflexionando acerca de estos tiempos aciagos.

En este sentido, siguiendo la propuesta metodológica deweyana arriba señalada, creo que estas manifestaciones artísticas son potentes reflexiones acerca de la experiencia de la pandemia, poniendo de relieve aspectos singulares y continuidades. La manera en que se configuran las imágenes, los temas que tratan y también aquellos que olvidan, son significativos y nos dicen bastante acerca de cómo experimentamos, sobrellevamos o atravesamos la pandemia. Acerca de cuáles fueron las preocupaciones centrales y qué otras preocupaciones fueron dejadas de lado. Son también maneras de intervenir en esa experiencia, intentando darle otro sentido, mostrando lo que no se tematiza, lo ridículo, lo banal de determinados comportamientos o lo difícil también que es escapar a lo banal. Son intervenciones en tanto también instauran ciertas preguntas, muestran los disloques entre el pasado y el presente, y lo difícil, imposible o hasta innecesario que puede ser suturar esa distancia en un escenario nuevo. Volver sobre estas imágenes es entonces volver a pensar la pandemia y la cuarentena.

Referencias bibliográficas

- Bruno, F. (2013). *Máquinas de ver, modos de ser: vigilância, tecnologia e subjetividade*. Porto Alegre: Sulina.
- DesOrmeaux, A. L. (2007). “The Black Death and its effect on fourteenth -and fifteenth-century art”. LSU Master’s Theses. 1641. https://digitalcommons.lsu.edu/gradschool_theses/1641.
- Dewey, J. (2008). *El arte como experiencia*. Traducción: Jordi Claramonte. Barcelona: Paidós.
- Genette, G. (1989 [1962]). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Traducción: Celia Fernández Prieto. Madrid: Taurus.
- Racioppe, B. (2021). “Reconfiguraciones del arte en pandemia. Instagram como plataforma de exhibición”. En *Actas del VII Coloquio Internacional de Filosofía del Conocimiento* [En prensa]
- Rodríguez, P. M. (2018). “Gubernamentalidad algorítmica Sobre las formas de subjetivación en la sociedad de los metadatos”. *Barda*, 2(6), 14-35.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Traducción: Paula Sibilia y Rodrigo Fernandez Labriola. Buenos Aires: FCE.

Precariedad y pandemia: estrategias de supervivencia de las artes escénicas platenses

Ludmila Hlebovich

Introducción

La precariedad en las artes y, más puntualmente, en la danza y el teatro en Argentina es una cuestión que se encuentra presente desde antes de la pandemia y que viene siendo tematizada desde las humanidades, las ciencias sociales y también desde la misma producción artística. Sin embargo, la situación de crisis sanitaria y económica producto de la COVID-19, especialmente durante el año 2020, conlleva una radicalización de la precariedad. Esto, a su vez, da lugar a la pregunta por sus manifestaciones “escénicas” particularmente en un momento en el que los espacios culturales se cierran, en principio, sin certidumbres en cuanto a las posibilidades y modos de retorno. En este marco, para la presente contribución propongo una indagación de la producción de obras de danza y de teatro del “circuito independiente” de La Plata durante los primeros meses de la pandemia¹.

1 Como señalan del Mármol et al. (2017), el concepto de “independencia” en el campo artístico platense posee usos y significaciones diferentes en vinculación con los conceptos de “lo contemporáneo” y “lo autogestivo” a la vez que en tensión con los conceptos de “lo oficial”, “lo comercial” y “lo masivo”. Con todo, y sintéticamente,

Si bien aquí me concentraré en dos obras, una del campo de la danza y otra del teatro, y la filosofía tradicionalmente ha tenido tratos diferenciados con una y otra disciplina, la lectura que presento tiene como trasfondo la discusión sobre los motivos de desatención de la filosofía especialmente con respecto a la danza (Cfr. Levin, 1983; Sparshott, 1983). Una de las explicaciones de que la filosofía desatienda a la danza plantea que esta forma de arte no ocupa un lugar central en la cultura, lo que se debe a y se propicia por –en un círculo vicioso– el escaso acceso a recursos materiales como salas, medios de difusión y, en general, por tener un lugar económico marginal (Sparshott, 1983). Otro de los motivos, asociado al anterior, es el hecho de que la filosofía haya tratado a la danza de modo idealizado y abstracto, por ejemplo, entendiéndola no como un arte sino como “metáfora del pensamiento” sin atender a sus condiciones y posibilidades específicas de producción (Cfr. Badiou, 2009; Pouillaude, 2017).

La presente exploración busca evitar esos sesgos o dificultades. Para esto, me apoyaré en las obras y en entrevistas en las que lxs autorxs hablan sobre sus producciones. A su vez, recurriré a dos tipos de fuentes teóricas. La primera remite al análisis que Walter Benjamin (2007) realiza de la relación entre experiencia y pobreza en su célebre ensayo de 1933. Se trata de un planteo que se corresponde con una situación de crisis muy distinta a la contemporánea pero que, no obstante, puede dialogar productivamente con nuestra época. En este sentido su filosofía ha sido recuperada recientemente por Hito Steyerl (2014) para pensar la precariedad de la imagen. En efecto, es posible identificar al menos dos sentidos y dos polos de la precariedad. Por un lado, un polo negativo que se determina por la falta de recursos y la sobreabundancia de información que torna impermeable nuestra percepción e imposibilita la experiencia. Y, por otro lado, un polo positivo que se define por

en las artes escénicas lo independiente se caracteriza por tratarse de una forma de producir que no cuenta con un financiamiento regular por parte del Estado y, a la vez, que tiene una circulación dada mayormente en espacios culturales cuya capacidad no supera las 300 personas (Cfr. Capasso et al., 2020).

cierta potencia que el despojamiento conlleva para la creatividad. Pero, además, es preciso atender a que la dialéctica benjaminiana propone volver la atención sobre el polo negativo para no pasar por alto aquello que lo excluido de antemano puede hacer visible. La segunda fuente consiste en una serie de estudios del ámbito de las ciencias sociales enfocados en la precariedad del sector de danza y teatro platense durante la pandemia (Capasso *et al.*, 2020; del Mármol y Díaz, 2020). A partir de aquí buscaré poner de relieve que la precariedad radicalizada por la pandemia se encuentra problematizada en la inmanencia de las obras dando lugar a ciertas torsiones en la comprensión y perspectivas que la danza y el teatro tienen respecto de este asunto.

Las formas de la escena en pandemia

Durante los primeros meses del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) las actividades culturales quedaron en suspenso y el sector de la danza y teatro se encontró ante la necesidad de buscar estrategias para sobrellevar su programación dadas las modificaciones en las condiciones de la producción artística. La pandemia implicó la correlativa suspensión de ensayos y de presentación de obras, pero también de clases y de otros trabajos que se llevaban a cabo en los centros culturales del circuito independiente y que conformaban en buena medida las fuentes de ingreso para los artistas. Esto resaltó la fragilidad del sector, es decir que acentuó una informalidad y precariedad que es previa a la pandemia. Frente a esta situación, distintos estudios subrayan, por un lado, una serie de medidas para el campo cultural por parte del Estado que, sin embargo, no dejan de ser medidas paliativas y, por otro lado, observan una autogestión cada vez más fuerte del sector en estos momentos críticos que, no obstante, se ve muchas veces debilitada por las tensiones que parecería conllevar la regulación estatal (Capasso *et al.*, 2020; del Mármol y Díaz, 2020)².

2 Entre las medidas por parte del Estado se puede mencionar las correspondientes al Fondo Desarrollar, el Plan Podestá del Instituto Nacional del Teatro, el programa Puntos de Cultura, las Becas Sostener del Fondo Nacional de las Artes y el programa

En este contexto, una parte de las producciones en danza y teatro consistieron en reponer los registros o grabaciones de obras previas a la pandemia. Esta fue la estrategia de un primer momento, pero luego también se desplegaron producciones realizadas puntualmente en el marco de aislamiento, indagando procedimientos propios de las artes escénicas en vinculación con distintos medios tecnológicos. Desde aquí se generaron al menos tres formatos. Uno de ellos se basó en elaborar un pasaje de las obras ya existentes a un formato audiovisual. Otro fue el de creación de obras en el marco del ASPO y en formato enteramente virtual, conjugando distintos dispositivos, plataformas y técnicas de creación. Un tercer formato consistió, al igual que el anterior, en proponer la creación de obras en el marco del ASPO, pero se diferenció en cuanto exploró modos de presencialidad que buscaron defender al menos algunas dimensiones de la experiencia escénica pre-pandémica. De este modo, se resistió al traspaso a la virtualidad, en buena medida teniendo en cuenta que este ámbito aloja desde antes de la pandemia distintas artes audiovisuales con su historia, sus herramientas y sus procedimientos específicos. De este tercer formato me detendré en dos obras: una es *Mi parte es todo*, con dramaturgia y dirección de Braian Kobla y la actuación de Agustín Recondo, Ana Belén Recabarren, Alejandro Santucci, Denisse Van Der Ploeg, Juan Castiglione, Ilenia María Contin, Manuela Villanueva Fernández, Mariel Santiago y Valentín Prioretti. La otra obra es *Cuadernos de cuarentena*, de Agustín Lostra, Constanza Copello y Mónica Menacho.

“Mi vida en cuarentena” del área de cultura de la Provincia de Buenos Aires. Por otro lado, entre las organizaciones autogestivas se encuentran: la Red de Profesorxs de Artes Escénicas Autogestivxs (PAEA), que nuclea a trabajadorxs de La Plata, Berisso y Ensenada; la Asociación Argentina de Actores; la Asociación Argentina de Trabajadores de la Danza; el colectivo Artistas Solidarios; el colectivo Red de Artes Escénicas de Argentina; el Foro Danza en Acción; el Movimiento por una Ley Federal de Danza y otras asociaciones civiles preexistentes como ACIADIP (Asociación de Coreógrafos, Intérpretes y Afines de Danza Independiente Platense).

Mi parte es todo y Cuadernos de cuarentena

Mi parte es todo se estrenó en septiembre de 2020 cuando las restricciones no eran tan fuertes como al principio del ASPO y comenzaban a ser posibles actividades al aire libre y *shoppings*, pero no estaban habilitadas las salas de teatro. Desde ese momento, la obra se ha venido realizando en la Plaza Rivadavia ubicada en calle 1 entre 51 y 53, es decir, al aire libre. Lxs espectadorxs nos encontramos a la hora pautada con auriculares y un audio que previamente se nos ha enviado por mensaje de celular. El director da la señal y lxs espectadorxs simultáneamente empezamos a escuchar el audio que consiste en varias voces que guían sobre personajes y acciones que suceden en la plaza pero que se encuentran camuflados con las demás personas y situaciones de este mismo espacio.



Mi parte es todo. Fotografía de Pablo Jaime Eleno

Por su parte, *Cuadernos de cuarentena* es una obra que llega por correo y en tres entregas cada siete días, iniciadas en agosto de

2020³. Con el interés de elaborar modos de vinculación y comunicación con lxs espectadorxs en el contexto de aislamiento, recupera el formato del arte correo, cuya referencia principal en Argentina ha sido el trabajo del artista platense Edgardo Antonio Vigo. *Cuadernos* llega en tres sobres de papel madera donde se halla lo que sus autorxs han llamado “retazos compositivos” pero que también pueden comprenderse como “pequeñas obras” producto de un proceso de investigación durante esos primeros catorce días del ASPO (Menacho, 2021). Estos retazos aparecen como textos, fotos, enlaces a construcciones audiovisuales en YouTube o pequeños objetos.



Cuadernos de cuarentena. Fotografía de Mónica Menacho

Entre esas dos obras se encuentran similitudes si se observan algunas preguntas de las que estos trabajos parten, las cuales apuntan

3 Para agilizar la lectura a partir de ahora me referiré a *Cuadernos de cuarentena* simplemente en términos de *Cuadernos*.

a la forma o modo de producir en el contexto del primer año de la pandemia en La Plata. *Mi parte es todo*, en la sinopsis para la difusión, formula la pregunta sobre “cómo hacer posible una ficción en este contexto”⁴. A su vez, *Cuadernos* explicita los siguientes interrogantes: “¿Cómo recuperar algo de la experiencia de lo escénico, del cuerpo y materialización en este momento particular?”, “¿Qué hace unx con la imposibilidad? ¿Qué hace unx con su propia precariedad?”⁵.

La precariedad se encuentra directamente tematizada en estas obras. En *Mi parte es todo* aparece en las historias de los personajes: un actor *que al mismo tiempo es* estudiante de diseño gráfico y que trabaja de repartidor de Glovo, una chica que quiere ser artista y *a la vez* se gana su sueldo como niñera, un músico amateur *que también* es operador de un *call center* de Movistar, y una arquitecta *que además* vende marihuana. La configuración de estos personajes expone una situación de precarización general y especialmente en el ámbito del arte⁶. Puntualmente con respecto al caso del teatro, del Mármol y Díaz recuperan la afirmación de que, con escasas excepciones, “en La Plata nadie vive de actuar”. Se da más bien una situación de pluriempleo en ramas no siempre relacionadas a la actividad artística (del Mármol y Díaz, 2020). No obstante, más allá de las historias de los personajes, me interesa señalar especialmente cómo la radicalización de la precarización producto de la pandemia se expone y problematiza en la necesidad de encriptar la ficción en el espacio público y en los gestos cotidianos. No se trata de una obra que habla *sobre* la precariedad en pandemia, con barbijos y relatando un contexto apocalíptico en el que el teatro desaparece porque no es una actividad esencial para la sobrevivencia del ser humano. En cambio,

4 La sinopsis de *Mi parte es todo* puede encontrarse en el siguiente sitio web: <http://www.alternativateatral.com/obra74295-mi-parte-es-todo>.

5 La sinopsis de *Cuadernos de cuarentena* es recuperada de las cuentas de Instagram de lxs autorxs.

6 Kobla ha trabajado esta cuestión también en *Oveja perdida ven sobre mis hombros que hoy no sólo tu pastor soy sino tu pasto también*, en la que un grupo de cuatro jóvenes *freelancers* organiza un reclamo a la empresa multinacional para la que trabajan.

la obra invita a contemplar durante 25 minutos que *algo* concreto que está sucediendo (la ficción, la obra, un trabajo) se encuentra al mismo tiempo invisibilizado pero, ahora, con la mirada y la escucha de artistas y espectadorxs en el espacio público. En efecto, si no se hace correr el audio provisto, es muy difícil percibir las escenas o, a lo sumo, se nota que hay *algo* que le está ocurriendo a una comunidad de aproximadamente veinte personas que se escapa.

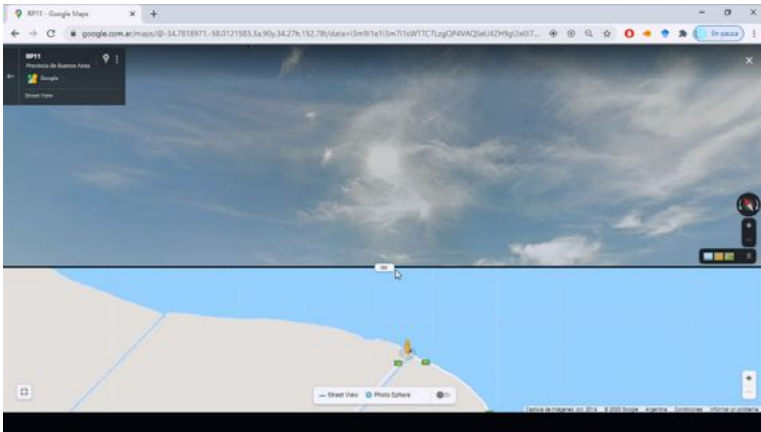


Mi parte es todo. Fotografía de Pablo Jaime Eleno

Por su parte, y como se ha señalado, *Cuadernos de cuarentena* toma la pregunta “¿qué hace unx con su propia precariedad?” como uno de los disparadores para la creación⁷. Esta pregunta se funda, comenta Mónica Menacho, en los pocos recursos que deja la situación del ASPO para la experiencia escénica y especialmente para la dimensión corporal-física y vincular (Menacho, 2021). Es notorio

7 Cfr. sinopsis de la obra. Ver nota 5.

que en esta obra la precariedad se asocia fundamentalmente al cuerpo en una situación general en la que el tacto y la experiencia de lo táctil, primordiales en las investigaciones en danza, queda sustraída al espacio de lo individual y con múltiples restricciones para prevenir los riesgos de contagio. En *Cuadernos*, la exploración corporal se presenta justamente por un cuerpo que no puede estar presente sino de modo virtual. Esto se observa especialmente en “Stalker”, un audiovisual que expone la precariedad en un recorrido o viaje del cursor del *mouse* como resto o fantasma del cuerpo de la bailarina hacia el mar.



Cuadernos de cuarentena, “Stalker”: Ir al mar

Pero, además, reduciendo cierto umbral habitual que marca las distancias prudentes entre bailarinxs y espectadorxs, ese cuerpo fantasmático llega a la casa de la persona espectadora de la obra. En concreto, entre los distintos objetos que vienen en los sobres de papel, quien recibe el sobre halla, no sin cierta inquietud, una fotografía de su propia casa y luego un mechón de pelo atado con delicadeza. No obstante, una vez que se encuentran en manos de sus destinatarixs, la obra también da lugar a una plasticidad de dicho umbral habitual en otro sentido: ¿Cuánto tiempo se puede tener los sobres sin abrirlos?

¿Cómo se recepciona una obra en el espacio privado y cotidiano? Al respecto, las autoras comentan que se dieron modos muy distintos de recibir y recorrer el material, incluso hubo algunos casos que dejaron pasar varios meses antes de abrir los sobres. De cualquier forma, esa plasticidad queda configurada desde el momento en que artistas y espectadorxs pautamos un punto de encuentro para recibir una obra que, a la vez, evade y genera resistencia a los formatos habilitados (los virtuales) y no habilitados (las salas de teatro y centros culturales). Asimismo, *Mi parte es todo* halla un espacio y una forma, una fisura o coyuntura, para que el lenguaje teatral sobreviva en un contexto de restricciones y permisos que parecía reducirlo todo a la virtualidad. Buscando las propias respuestas frente a esa necesidad de supervivencia, la hipótesis que se tornó plausible fue la de hacer una obra invisible: “ante un contexto extraordinario se requieren respuestas extraordinarias” afirma Kobla (2021).

¿Qué hacer con la precariedad?

A partir de lo comentado podría comprenderse que cuando para estas obras lxs artistas se preguntan qué hace unx con la imposibilidad, cómo hacer posible una ficción y recuperar algo de la experiencia de lo escénico, del cuerpo y su materialización, parecería subyacer un concepto positivo de precariedad. En efecto, es notorio que en los últimos años y desde distintas disciplinas artísticas se tematiza la potencia creativa de la precariedad. La artista y filósofa alemana Hito Steyerl (2014) defiende la “imagen pobre” en el contexto de la reorganización de la producción mediática y de la tecnología digital a partir de la sustitución del marco regulatorio y proteccionista del Estado nación por la privatización de los medios de comunicación. En este contexto, según Steyerl, la imagen pobre, es decir, la imagen de mala calidad y resolución subestándar, pero con amplia y veloz circulación mediática, es una alternativa que se filtra en la privatización desregulada de todo contenido intelectual, privatización que impone la imagen comercial de alta resolución. No obstante, y recuperando la

filosofía de Benjamin en la que Steyerl se apoya, se vuelve preciso recuperar la dialéctica que opera en los conceptos benjaminianos como el de pobreza. En cada época, sostiene Benjamin, es fácil practicar contraposiciones radicales entre diversas áreas y que se aprecie, por un lado, lo “positivo”, es decir, un aspecto “fructífero”, “vivo”, “cargado de futuro” y, por otro lado, se ubique lo inútil, desechable, atrasado y muerto para siempre. Pero es necesario percibir que toda negación es el “fondo sobre el cual se dibuja su contrario” y que es decisivo practicar una nueva división sobre el polo negativo excluido de antemano para hacer visible nuevamente algo diferente y positivo, y así continuar al infinito (Benjamin, 2013, p.737, las citas previas del párrafo tienen la misma referencia).

Desde Benjamin, se puede comprender que en cuanto las obras tematizan la precariedad desde la exploración de formas posibles de producción en el contexto de la pandemia se da un movimiento y una tensión fértiles en la inmanencia de estas obras entre los dos polos del concepto de precariedad. En este sentido, las obras no recaen en la consideración de que la precariedad sería compensada por las imágenes, los vínculos desde las imágenes, el tiempo de ocio, la libertad, la independencia o autonomía de lxs artistas de regulaciones estatales. Respecto de este último punto y en palabras de del Mármol y Díaz:

la creencia de que producir por fuera y sin apoyos significativos del Estado tiene la ventaja de permitir un hacer libre de condicionamientos comienza a debilitarse y toma cada vez más fuerza la idea de que es necesaria cierta articulación con el Estado y cierta regulación de la actividad por parte del mismo. (2020, p.23)

Además, tales autoras reconstruyen el hecho de que la pandemia y la cantidad de artistas que requirieron de ayuda alimentaria contribuyó a desarmar el persistente supuesto de que lxs trabajadorxs del

arte pertenecen a clases medias o altas y que por lo tanto tienen un soporte económico en este tipo de situaciones.

Volviendo la atención sobre el polo negativo del concepto de pobreza, las obras tratadas se inscriben en un terreno de producción escénica que no sólo se aleja de la romantización o estetización del contexto de crisis para la creación precaria, sino que denuncia la situación persistente de precariedad generando desde aquí algunas torciones en las formas de hacer obra. Al respecto, Constanza Copello (2021) comenta que *Cuadernos* trajo consigo un corrimiento de los lugares conocidos de experiencia escénica, lo que, según ella, persiste y es necesario incluso ahora que se vislumbra el retorno a las salas. Tal corrimiento se basa en recurrir a distintas herramientas (objetos concretos pero también recursos virtuales) para poder llevar adelante una idea. En este mismo sentido, Kobla considera que ahora, tras la vuelta a los teatros, no se trata de pensar que obras como *Mi parte es todo* conforman piezas híbridas, provisionarias y de transición (Kobla, 2021). Por el contrario, observa que hay allí un potencial del lenguaje del teatro que amerita continuar desarrollándose y, en todo caso, repercutir con renovadas preguntas en la vuelta a los edificios tradicionales en vistas a desplegar los dislocamientos de las convenciones y normas que las salas instalan en los procesos creativos y en el público. Si bien las búsquedas de dichos dislocamientos son previas a la pandemia, la experiencia de hacer ficción en el espacio público y en las condiciones dadas permite reelaboraciones específicas y promisorias que requieren atender a los modos en que lo corporal individual y colectivo, lo espacial y lo temporal han quedado reconfigurados o, por lo menos, movilizadas con la pandemia. Por todo lo comentado hasta aquí, considero que las exploraciones que estas obras llevan adelante generan una tensión entre los dos sentidos de precariedad no desde un anclaje en cierto *contenido* de denuncia, sino colocando en relación dialéctica la forma y el contenido para, a fin de cuentas, habitar la pregunta sobre qué trastrocamientos son posibles y deseables para estas artes, pero también sobre cómo defenderlos.

Agradecimientos

Agradezco a Constanza Copello, Mónica Menacho y Braian Kobla por su generosidad y disposición para las entrevistas y diálogos en torno a sus procesos creativos.

Referencias bibliográficas

- Badiou, A. (2009). “La danza como metáfora del pensamiento”. En *Pequeño manual de inestética* (pp. 105-120). Buenos Aires: Prometeo.
- Benjamin, W. (2007). “Experiencia y pobreza”. En Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (Eds.). *Obras II/1*. Buenos Aires: Abada.
- (2013). *Obras V/1*. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (Eds.). Buenos Aires: Abada.
- Capasso, V., Camezzana, D., Mora, A. S., y Saez, M. (agosto, 2020). “Las artes escénicas en el contexto del ASPO: Demandas, iniciativas políticas y horizontes en la danza y el teatro”. *Cuestión* 2(66), pp.1-19.
- Copello, C. (2021). *Obras en pandemia: Cuadernos de cuarentena* [Comunicación personal].
- del Mármol, M., y Díaz, J. (mayo-agosto, 2020). “Precariedad, crisis y nuevas miradas sobre el Estado. Condiciones de trabajo en el ámbito teatral platense antes y durante la pandemia”. *RELACult-Revista Latino-Americana de Estudios em Cultura e Sociedade*, 6(2), pp.1-30.
- del Mármol, M., Magri, G., y Sáez, M. (marzo, 2017). “Acá todos somos independientes”. *El genio maligno. Revista de humanidades y ciencias sociales*, 20, pp. 44-64.
- Kobla, B. (2021). *Obras en pandemia: Mi parte es todo* [Comunicación personal].

- Levin, D. (1983). "Philosophers and the dance". En Copeland, R. y Cohen, M. (Eds.) *What is dance? Readings in theory and criticism* (pp.85-93). Oxford University Press.
- Menacho, M. (2021). *Obras en pandemia: Cuadernos de cuarentena* [Comunicación personal].
- Pouillaude, F. (2017). *Unworking Choreography: The Notion of the Work in Dance*. Oxford University Press.
- Sparshott, F. (1983). "Why philosophy neglects dance". En Copeland, R. y Cohen, M. (Eds.) *What is dance? Readings in theory and criticism* (pp. 94-102). Oxford University Press.
- Steyerl, H. (2014). *Los condenados de la pantalla*. Buenos Aires: Caja Negra.

Coordinadores

Di Gregori, María Cristina

La Dra. Cristina Di Gregori es Profesora Extraordinaria, categoría Consulto por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es Profesora Titular Interina en la misma institución y Directora del Centro de Investigaciones en Filosofía integrado al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la UNLP y con doble dependencia CONICET. Dirige el proyecto de investigación acreditado en la Secretaría de Políticas Universitarias, titulado “Prácticas humanas y ambientes tecnológicos: conocimiento, arte, política y subjetividades en la filosofía”. Integra el Grupo de Estudios Pragmatistas (CieFI). Ha publicado, como coordinadora, varios libros entre los que destacan *El conocimiento como práctica: Investigación, valoración, ciencia y difusión* (FaHCE, 2014, junto con Leopoldo Rueda y Livio Matarollo) y libro *Regreso a la Experiencia. Lecturas de Peirce, James, Lewis y Dewey* (Biblos, 2014), junto con Federico E. López. Además, es autora de numerosos artículos publicados en revistas nacionales e internacionales con referato y de capítulos de libro, publicados tanto a nivel nacional como internacional sobre cuestiones de teoría del conocimiento, pragmatismo y filosofía contemporánea.

López, Federico E.

Es Doctor, Licenciado y Profesor de Filosofía por la FaHCE, UNLP. Desarrolla su labor como docente e investigador en el CieFI-IdI-

HCS-FaHCE-UNLP-CONICET, donde se desempeña como Profesor Adjunto de Teoría de la Argumentación y Jefe de Trabajos Prácticos de Gnoseología. Además, dicta cursos de posgrado sobre epistemología y filosofía de las ciencias en el ámbito de la UNLP y se desempeña como profesor de Lógica en el Colegio Nacional Rafael Hernández (UNLP). Junto con Cristina Di Gregori es coordinador del libro *Regreso a la Experiencia. Lecturas de Peirce, James, Lewis y Dewey* (Biblos, 2014) y junto con Victoria Sánchez y Daniel Busdygan de *Conocimiento, arte y valoración: perspectivas filosóficas actuales* (UNQ, 2016). Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libro, en ediciones nacionales e internacionales, sobre cuestiones de teoría del conocimiento y teoría de la argumentación. Ha participado en proyectos de investigación radicados en el país y en el exterior, y actualmente es codirector de un proyecto de investigación sobre cuestiones de epistemología y filosofía de la tecnología, radicado en CIEFi, IdIHCS, UNLP - CONICET.

Autores

Azcona, Maximiliano

Es Doctor en Psicología por la UNLP, Magister en Epistemología e Historia de la Ciencia por la Universidad de Tres de Febrero (UNTREF) y Licenciado y Profesor Psicología (UNLP). Se desempeña como Profesor Adjunto a cargo de Epistemología de las Ciencias Sociales (FaHCE-UNLP) y como Ayudante diplomado ordinario de las cátedras de Epistemología y Metodología de la Investigación Psicológica y de Psicología Experimental (Psicología-UNLP). Actualmente trabaja como Becario Postdoctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIEFi - IdIHCS y ha sido seleccionado para ingresar a la Carrera del Investigador Científico y Tecnológico de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires (CIC) en la categoría de Investigador Asistente. Es autor de numerosos artículos y capítulos de libro sobre cuestiones epistemológicas y met-

odológicas en torno a cuestiones de psicología. Dirige un proyecto de investigación sobre “Debates epistemológicos y metodológicos en torno a la construcción de conocimiento en psicoanálisis” e integra un proyecto sobre “Prácticas humanas y ambientes tecnológicos: conocimiento, arte, política y subjetividades en la filosofía reciente”, ambos radicados en el IdIHCS, UNLP-CONICET. Es Consejero Directivo por el Claustro de Graduados en la Facultad de Psicología de la UNLP. Ha recibido el Premio Egresado Distinguido de Posgrado (2017) por parte de la Presidencia de la UNLP.

Hlebovich, Ludmila

Es Licenciada en Filosofía por la UNLP, Ayudante Diplomada en la Cátedra de Introducción a la Filosofía (UNLP) y docente de Antropología Filosófica en la Licenciatura en Lenguajes Expresivos (UCASAL). Se encuentra realizando el Doctorado en Filosofía (UNLP) con una beca doctoral del CONICET y con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones en Filosofía (IdIHCS, UNLP-CONICET). Ha sido becaria del Consejo Interuniversitario Nacional y del Servicio Alemán de Intercambio Académico para la realización de dos estancias de investigación en Bergische Universität Wuppertal. Ha publicado numerosos capítulos de libros, reseñas y artículos sobre cuestiones de filosofía contemporánea y estética. Asimismo, es miembro del comité editorial de la *Revista de Filosofía* (FaHCE, UNLP). Ha formado parte de proyectos de extensión y actualmente integra equipos de investigación sobre filosofía contemporánea y artes escénicas (IdIHCS, UNLP).

Mattarollo, Livio

Es Doctor, Licenciado y Profesor de Filosofía por la FaHCE, UNLP. Actualmente es becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones en Filosofía (IdIHCS, FaHCE UNLP-CONICET),

donde integra el Grupo de Estudios Pragmatistas. Además, se desempeña como Ayudante Diplomado en la cátedra de Lógica (Facultad de Psicología, UNLP), como profesor de Filosofía en el Colegio Nacional (UNLP) y como profesor en el Taller de Tesis (Maestría en Filosofía, UNQ). Ha publicado en carácter de coordinador, junto con Cristina Di Gregori y Leopoldo Rueda, el libro *El conocimiento como práctica: Investigación, valoración, ciencia y difusión* (FaHCE, 2014), y ha publicado varios artículos y capítulos de libros tanto el ámbito nacional como internacional. Ha recibido el Premio Egresado Distinguido (2014 y 2019) y el Premio Egresado Distinguido de Posgrado (2020) por parte de Presidencia de la UNLP.

Melamed, Analía

Es Doctora en Filosofía por la UNLP con una tesis sobre “La vejez del arte en la obra de Marcel Proust” dirigida por Julio C. Moran. Es Profesora en Filosofía por la FaHCE, UNLP. Es docente investigadora de la UNLP, categoría II y se desempeña como Profesora Titular en la cátedra de Introducción a la Filosofía, FaHCE, UNLP y de Problemas Filosóficos Contemporáneos, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS), UNLP. Dicta el seminario Estética correspondiente a la Maestría de Estética de la Facultad de Artes, UNLP. Se desempeña como Editora Responsable de la *Revista de Filosofía* de la FaHCE, UNLP. Integra la Comisión Directiva del CleFi, IdIHCS, FaHCE, UNLP-CONICET. Es miembro de la comisión del Doctorado en Filosofía, UNLP. Dirigió y codirigió tesis de doctorado, maestría y licenciatura aprobadas. Dirige y codirige becarios/as y tesis de doctorado y maestría. Ha participado como expositora en numerosos eventos científicos nacionales e internacionales. Ha dirigido las II y III Jornadas Marcel Proust, FaHCE, UNLP. Ha codirigido el VI y VII Coloquio Internacional de Filosofía del Conocimiento, FaHCE, UNLP. Ha publicado artículos en revistas y capítulos de libros en el ámbito de la Filosofía, la Educación y la Estética. Ha compilado el libro *Desde la cátedra. Variaciones sobre filosofía, arte y comunicación*,

Serie Cuadernos de Cátedra, Ediciones de la FPyCS, UNLP, 2013. Ha coordinado la publicación de *Actas de las Jornadas Marcel Proust: Literatura y filosofía*, FaHCE, UNLP, 2014 y *Actas de las Jornadas Marcel Proust*, 2017.

Morales, Elías

Es estudiante avanzado del profesorado y la licenciatura de filosofía en la FaHCE-UNLP. Actualmente, es becario de grado por el programa de Becas de Estímulo a las Vocaciones Científicas del Consejo Interuniversitario Nacional (EVC-CIN) y colaborador en el proyecto de investigación “Prácticas humanas y ambientes tecnológicos: conocimiento, arte, política y subjetividades en la filosofía reciente” (CieFI-IdIHCS-FaHCE-UNLP-CONICET). Recientemente ha participado como expositor y autor en jornadas de investigación realizadas en distintas Universidades nacionales y es autor de artículos publicados en revistas con referato. Fue adscripto a la cátedra de Gnoseología (FaHCE, UNLP) durante el período 2020-2021. Actualmente se desempeña como docente de nivel secundario en la ciudad de La Plata.

Rueda, Leopoldo

Profesor de Filosofía (UNLP) y Doctorando en Filosofía (FaHCE-UNLP). Realiza su tesis investigando la teoría estética de John Dewey. Cuenta con el apoyo de una beca doctoral radicada en el CieFI-IdIHCS-FaHCE-UNLP-CONICET. Se desempeña como Auxiliar Docente Rentado en Introducción a la Filosofía (FaHCE) y es investigador en formación con lugar de trabajo radicado en el CieFi. Integra el Grupo de Estudios Pragmatistas y el Grupo de estudios sociales del arte, la cultura y la política en América Latina. Ha presentado y publicado trabajos referidos principalmente a la estética deweyana y proustiana. Es autor de varios artículos y capítulos de libro sobre cuestiones de pragmatismo y estética, y es coordinador, junto con

Cristina Di Gregori y Livio Mattarollo, del libro *El conocimiento como práctica: Investigación, valoración, ciencia y difusión* (FaHCE, 2014). También ha colaborado como reseñista y crítico de obras performativas en diversos medios locales. Ha integrado proyectos de investigación relacionados a desarrollar las perspectivas filosóficas contemporáneas sobre el conocimiento, el arte, la educación y la investigación

Sánchez García, Victoria Paz

Es docente investigadora (CleFI-IdIHCS-FaHCE-UNLP-CONICET), desempeñándose como Jefa de Trabajos Prácticos en Didáctica Especial y Diseño Curricular en Filosofía y como Ayudante Diplomada Rentada en la cátedra de Teoría de la Argumentación. En pregrado, es profesora ordinaria de Lógica en el Liceo Víctor Mercante (UNLP) y de Filosofía con Niñxs en la Escuela Graduada “J.V. González” (UNLP). Es representante por el claustro de graduados de la Junta Asesora Departamental (FaHCE, UNLP). Ha publicado el libro *El Pragmatismo Conceptualista de C. I. Lewis* (México, UNAM 2015) y capítulos de libros y artículos en revistas internacionales. Es Investigadora Asociada Asistente de la CIC, Bs. As. Participa de distintos proyectos de investigación en el área de teoría del conocimiento en la FaHCE-UNLP y de didáctica y enseñanza de la filosofía en la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA). Ha participado de proyectos de extensión vinculados a la enseñanza de la filosofía en la Escuela Graduada “J.V. González” (UNLP). Fue becaria doctoral y posdoctoral del CONICET, y realizó una estancia de investigación posdoctoral en el IIF, UNAM, México. Ha recibido una mención por Egresada distinguida de Posgrado, otorgado por la UNLP, en 2015. Ha participado de numerosos eventos científicos nacionales e internacionales en carácter de expositora y organizadora, ha dictado conferencias y seminarios de grado y posgrado, y ha realizado diferentes cursos y capacitaciones vinculados a la docencia y a la investigación.

Staroselsky Tatiana

Es Profesora y Doctora en filosofía por la FaHCE-UNLP, donde se desempeña actualmente como ayudante en las cátedras de Lógica y Teoría de la argumentación. Es integrante del CIEFI-IdIHCS-FaHCE-UNLP-CONICET y ha sido becaria doctoral del CONICET, el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y la Red de Macrouiversidades de América Latina y el Caribe, y ha realizado estancias académicas en la Universidad Humboldt de Berlín y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Participa en equipos de investigación sobre cuestiones de filosofía contemporánea y de extensión universitaria. Además, ha sido expositora en eventos nacionales e internacionales y ha publicado varios artículos académicos en libros y en revistas especializadas, sobre distintos aspectos del pensamiento de Walter Benjamin. Es parte del comité editorial de la *Revista de Filosofía* de la FaHCE y del colectivo editorial de la *Revista boba*.

Contagios y contiendas es un libro necesario. A partir de la propuesta inicial, Cristina Di Gregori y Federico López guían a las/los autores en un recorrido por la ciencia, el arte y la filosofía atravesadas, interpeladas y contaminadas por la pandemia del COVID-19 que pone de manifiesto la caducidad del paradigma disciplinario de impronta positivista.

En sus páginas, otros puentes se tienden entre temas y perspectivas que, tal como lo demostró la experiencia pandémica, permiten establecer conexiones innovadoras. La medicina interrogada por la historia de la epistemología o las metodologías de argumentación filosófica, la salud pública asediada por la política o el psicoanálisis, la incidencia de las nuevas tecnologías en prácticas terapéuticas y artísticas, estas son algunas de las redes que se tejen en los capítulos del libro como resultado de discusiones y debates surgidos al calor de la contingencia epidemiológica en agosto de 2021. Este libro es necesario porque demuestra una vez más cómo las humanidades y las ciencias sociales se encuentran en los cimientos del sistema científico y se constituyen en la vía de acceso a su comprensión integral, sin posibilidad de ser escindido en compartimentos estancos.

Gloria Chicote

Di Gregori, María Cristina. Se desempeña como Profesora Extraordinaria Consulta en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y es Directora del Centro de Investigaciones en Filosofía (IdIHCS, FaHCE, UNLP-CONICET). Dirige el proyecto “Prácticas humanas y ambientes tecnológicos” e integra el Grupo de Estudios Pragmatistas (CleFi). Ha publicado, como coordinadora, varios libros entre los que destacan *El conocimiento como práctica: Investigación, valoración, ciencia y difusión* (FaHCE, 2014, junto con Leopoldo Rueda y Livio Mattarollo) y, junto con Federico E. López, *Regreso a la Experiencia. Lecturas de Peirce, James, Lewis y Dewey* (Biblos, 2014). Es autora de numerosos artículos y capítulos en publicaciones especializadas sobre cuestiones de teoría del conocimiento, pragmatismo y filosofía contemporánea.

López, Federico E. Es Doctor en Filosofía por la FaHCE, UNLP. Desarrolla su labor como docente e investigador en el CleFi-IdIHCS-FaHCE-UNLP-CONICET. Actualmente es codirector de un proyecto de investigación sobre cuestiones de epistemología y filosofía de la tecnología, radicado en el CleFi. Junto con Cristina Di Gregori es coordinador del libro *Regreso a la Experiencia. Lecturas de Peirce, James, Lewis y Dewey* (Biblos, 2014) y junto con Victoria Sánchez y Daniel Busdygan de *Conocimiento, arte y valoración: perspectivas filosóficas actuales* (UNQ, 2016). Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libro sobre cuestiones de teoría del conocimiento y teoría de la argumentación, y ha participado en proyectos de investigación radicados en el país y en el exterior.